

“VEINTE AÑOS NO ES NADA”

(TRES EDICIONES)

Textos y pretextos de dos décadas de democracia (1977-1997)

José Luis Gutiérrez. Editorial Espasa, Madrid, 1998

TEXTOS, A MODO DE RESUMEN DEL LIBRO, RECOGIDOS EN ESTA PAGINA WEB :

Prólogo de Luis María Anson

Epílogo de Adolfo Suárez

Introducción. Veinte años: el periodismo entendido como una manera de caminar. Por José Luis Gutiérrez

CAPITULO I. Los viajes de Felipe González

CAPITULO II. 23-F. Crónicas de la sombra

CAPITULO IX. Un premio y tres “terceras”

PROLOGO

En la alta competición del periodismo

Luis María Anson. *De la Real Academia Española.*

Sólo una veintena de profesionales forman hoy el circuito de la alta competición periodística. Entre ellos se encuentra José Luis Gutiérrez. Lo saben los periodistas, lo reconocen sus adversarios, le temen los políticos y financieros, le aplauden los ciudadanos, le respetan los más y los mejores. José Luis Gutiérrez es, además, un todo terreno, capacitado profesionalmente para cualquier tarea en el periódico impreso, en el periódico hablado, en el periódico audiovisual, es decir, en la prensa, la radio y la televisión. Ha destacado especialmente en la dirección. Su paso por el campo de minas de *Diario 16* fue un prodigio de habilidad, un ejercicio circense, un alarde de buen hacer profesional. Gutiérrez tiene autoridad, firmeza, capacidad de mando. Y también flexibilidad, bonhomía, mano izquierda. Capaz de dar una orden tajante en un segundo, puede negociar incansable durante semanas. Es un profesional duro, un periodista implacable, un comentarista independiente, pero tiene algo de capitán Haddock, con su barba apenas recortada, su aire amenazador y su bondad de fondo que el interlocutor adivina en seguida. Tal vez por todas estas circunstancias, José Luis Gutiérrez ha sabido manejar a las gentes de fuera y de dentro del periódico, conciliar a los profesionales enfrentados y acertar en la dirección de *Diario 16*, consiguiendo esa vibración en los titulares y en las informaciones que es la que comunica con el lector. Al lado del director que lleva dentro, función a la que volverá de forma irremediable, José Luis Gutiérrez tiene una pluma excelente. Es uno de los mejores articulistas, de los más altos columnistas del periodismo español. En él se aunan las tres circunstancias que otorgan calidad al artículo periodístico: información, capacidad de análisis, vigor literario. En las columnas de Gutiérrez hay siempre una dosis bien medida de información propia, rastreada a través de infinidad de contactos, de llamadas y conversaciones; hay una sagacidad anticipadora para analizar la información proporcionada, para la síntesis y la previsión; hay, finalmente, un estilo especialmente cuidado y sustentado en una vasta cultura histórica y literaria para multiplicar el efecto de lo que se dice. Su columna «Panorama a babor», publicada durante muchos meses en *ABC*, se puede poner como un modelo de periodismo de opinión a los alumnos de las facultades de Ciencias de la Información.

Para ofrecer el libro espléndido que el lector tiene entre las manos, José Luis Gutiérrez ha tenido que hacer una labor ingente: espigar de entre los millares de artículos, comentarios y reportajes por él publicados en los últimos veinte años en muy diversos medios, los textos más significativos para explicar lo que ha sido la transición española de la dictadura a la democracia, la adulteración del sistema de libertades que ha supuesto el *felipismo*, las incógnitas del futuro incierto. Hay

textos en este libro de extraordinaria penetración. Gutiérrez no cayó nunca en la trampa de aceptar la fraseología política de las definiciones simplificadas. La democracia española no ha llegado a ser plena porque está herida por las oligarquías de los partidos, genuflexa durante trece años por la tentación totalitaria del *felipismo*, incierta ante el rumbo que puedan tomar los acontecimientos futuros.

Durante veinte años, José Luis Gutiérrez le ha tomado todos los días el pulso a nuestra nación. Conoce a fondo su patología. Ha diagnosticado científicamente las enfermedades de España. Ha acertado casi siempre. Vale la pena leerle con detenimiento. Vale la pena meditar sobre las enseñanzas desarrolladas con clara sencillez por este maestro de periodistas que es José Luis Gutiérrez. Resulta fácil augurarle éxito en su nueva navegación, como ocurrió con sus libros anteriores. Gutiérrez no clama en el desierto. Es un escritor, es un periodista con muchos lectores.

EPILOGO

UN «NOMBRE PROPIO» DE LA LIBERTAD DE EXPRESIÓN

POR ADOLFO SUAREZ

(Carta del ex presidente del Gobierno al autor, leída el 12 de febrero de 1998 en el acto de presentación en Madrid de la primera edición de este libro, en el que oficiaron como presentadores el histórico líder de la UGT, Nicolás Redondo, el ponente, “padre” de la Constitución de 1978, Gabriel Cisneros y y el ex Presidente del Gobierno y principal artífice político de la Transición, Adolfo Suárez, que no asistió al acto a causa de la larga y dolorosa enfermedad que padecía su esposa, Amparo Illana, fallecida en mayo de 2001).

Querido José Luis:

Después de haber leído con atención, respeto y, si quieres, hasta suspicacia, tu espléndido libro *Veinte años no es nada*, en el que recoges textos y pretextos de dos décadas de democracia en España, resulta —por las razones que ya sabes— que no puedo asistir al acto de presentación del mismo.

Esto me obliga, en razón de cortesía y amistad, a enviarte esta carta y apuntar en ella algunas de las impresiones que la lectura de tu libro me ha suscitado.

Así como el establecimiento de la democracia en España tiene nombres propios —los primeros, el pueblo español y el de S. M. el Rey— las libertades de expresión e información que hace más de veinte años se instauraron entre nosotros también los tiene. Uno de ellos es el tuyo.

Por eso este libro tiene una importancia singular. No se trata tan sólo de una recolección de artículos de aquellos años, escritos por una pluma sagaz, elegante y profunda. Se trata también de la descripción de los sentimientos de uno de los hombres que, con las palabras y la pluma, más hicieron por las libertades y su consolidación. Los sentimientos, las opiniones y hasta las desilusiones respecto a personas y actuaciones políticas y sociales.

A mi entender, uno de los valores principales del libro reside en la capacidad del autor para cabalgar sobre las desilusiones y superarlas en una nueva ilusión, más fuerte y más coherente, porque no se basa en hombres y mujeres concretos —en personajes—, sino en convicciones, ideas y creencias: las de la democracia, las libertades y los derechos humanos. Por eso hay que calificar a tu libro de optimista, a pesar de expresiones que pudieran inducir a pensar lo contrario.

Te envío estas líneas también desde el agradecimiento personal. En el libro he visto apenas la sombra del político Adolfo Suárez, pero en el artículo titulado «Despedida a Chus Viana. Llanto por un amigo», me he reconocido a mí mismo

como persona, en mi amistad hacia él y en mis sollozos ante su pérdida.
Y, sobre todo, en las palabras de Pablo Sebastián, al ver apenas el penacho de humo blanco que se elevaba sobre el cielo azul de Madrid desde el pabellón del cementerio en que Chus Viana fue incinerado: «Ahí sube Chus Viana...»
Gracias por tu recuerdo y amistad.
Un fuerte abrazo,

ADOLFO SUÁREZ

Madrid, 6 de febrero de 1998

INTRODUCCION

VEINTE AÑOS: EL PERIODISMO ENTENIDO COMO UNA MANERA DE CAMINAR

Por José Luis Gutiérrez

Los estudiosos convienen en coincidir en el origen prostibulario y suburbial del tango, nacido a finales del pasado siglo, aunque no se pongan de acuerdo —milla arriba, milla abajo— en el lugar exacto del alumbramiento: Montevideo o Buenos Aires y, en esta última, las calles del Temple, Chile o Junin.

La procedencia de este orillero ceremonioso y malencarado es el arrabal, y la música de su más esencial gramática, mestiza: tango español, milonga y vagos aromas de habaneras se entreveran en su obstinado compás *de dos por cuatro*.

Lugones, Carriego o Borges se adentraron en él e intuyeron su índole sexual y también su sustancia pendenciera, ese ritual de machos que acompasa el sexo, la cicatriz y los puñales con los acordes del bandoneón, cuando el coraje hace que el pelear tenga todo el alma de una fiesta.

Fue el tango, por tanto, inicialmente belicoso y procaz —brazos y piernas que se entrelazan en fugaces y fogosos tirabuzones, como culebras violentas y lascivas—, adorno musical de toda esa épica tan porte-ña hecha de suburbios, malevaje y estancieros, de hoscos cuchilleros, hombres de esquinas rosadas, *guapos* y temibles maestros del cuchillo. (En la guerra de las Malvinas, un periodista de allá llegó a imaginar un inverosímil *cuerpo a cuerpo* entre uno de estos legendarios cuchilleros gauchos frente a las feroces gumias de hoja curva, como un *boomerang*, de los míticos *gurkhas* nepalíes de los cuerpos expedicionarios de Su Graciosa Majestad.)

Será posteriormente cuando el tango incorpora toda su carga de nostalgia o, mejor, de melancolía, esa indefinible sensación entre la tristeza, la evocación y el desánimo. O mejor dicho: de «mufa», ese sentimiento existencial, inequívocamente porteño, mezcla de tristeza, descontento y malhumor, esa sensación que podía palpase y respirarse, porque empapaba las paredes, en el Café de la Paz de Buenos Aires.

Entre tales emociones, estrechamente unidas a la facultad de la memoria, el tango como evocación de Buenos Aires se adentra en la nostalgia de sí mismo, en sus más arriscados y violentos orígenes.

El tango, como decíamos, nace pendenciero, arrabalero y lujurioso porque es danza de malhechores y marginados, y tiene que ser París, a principios de siglo,

quien lo descubra e incorpore a sus salones para divertirse con él, propiciar, como antes hizo con el vals, el acercamiento, los sugerentes roces y el contacto cómplice de los cuerpos y, de paso, otorgarle esa encomienda que supone dispensar, desde la condición de inigualables fedatarios que ostentan los franceses, el más óptimo de los salvoconductos para que las gentes mullidas y *capitonés* no se escandalicen. Después, se dedicaron a esa mediocre cleptomanía que consiste en imitar y copiar lo ajeno. Porque los famosos «apaches» parisinos no son otra cosa que orilleros de guardarropía y con patillas. De esta forma, bajo la protección de París, el tango acabó franqueando, incluso, el Metropolitan neoyorquino y otros templos del *bel canto* y la música *culta*.

La gran ameba de las multinacionales engulló este compás argentino, al igual que haría posteriormente con el *rock*, el *rap* y hasta el *break dance*, ese baile contorsionista, callejero y circense que los delincuentes juveniles utilizaban a modo de tregua —un *break*— en las cruentas y estrepitosas batallas callejeras entre las tribus urbanas neoyorquinas. He aquí la guerra, nuevamente, como fiesta...

De igual forma comenzó la reconversión del tango canalla, obscuro y descarriado, ese «reptil de lupanar» que decía Lugones, en el baile legendario profanado por los amanerados trinos de Julio Iglesias, ese bardo blasfemo y atolondrado que un verano se sirvió de él para vender gaseosas y transformarlo en irreconocible pasto sonoro para los insaciables magnetófonos de aeropuertos y supermercados.

Cuando la editorial Espasa Calpe me propuso recoger en un libro una selección de mis textos periodísticos que, como en el caso de otros colegas, condensara una apretada antología de originales publicados en los medios por los que he deambulado a lo largo de los veinte últimos años, he de confesar una cierta ofuscación inicial ante lo aparentemente indeterminado de tal objetivo, más allá de la comprensible satisfacción que a todo autor ha de suscitarle el tener la posibilidad de rescatar sus textos del lívido y amarillento sueño de los servicios de documentación y las hemerotecas.

Abrazados por balduques y carpetas, hasta hace bien poco no les aguardaba otro destino que la espera resignada a que algún piadoso historiador, algún estudioso condescendiente decidiera echarles una distraída ojeada para recabar un dato de aquel informe, un testimonio de aquella entrevista, una percepción valorativa de cualquier crónica, artículo, columna o editorial, que pasarían así a incorporarse a la correspondiente cita a pie de página.

Sin embargo, el creciente protagonismo de la galaxia mediática, la relevancia que la prensa tiene hoy día en las sociedades modernas ha engrandecido súbitamente la función de informadores, comentaristas y *opinión makers* hasta el punto de convertirlos en referentes fundamentales para explicar y entender el pasado que ha cimentado el presente y la explicación de éste, a su vez, como rampa y anclaje del futuro.

Así, entiendo que la explicación de nuestro más inmediato pasado y

especialmente el que aquí se acota, el de los últimos veinte años, fragmento histórico que coincide justamente con el de un inusualmente largo período democrático, no sería posible sin el testimonio de los testigos y hasta protagonistas que, desde los medios informativos, vivimos en primera línea y relatamos lo que ocurrió, cómo ocurrió, quiénes, cuándo y por qué hicieron lo que hicieron.

La prensa, lo he escrito, es planta de hoja caduca, y las cromáticas y perecederas clorofilas, las negras savias que entintan sus foliaciones, no parecen tener otro fin que el de servir de envoltorios o de efímeras alfombras en un pasillo recién aseado, aún humedecido por las *fregonas* de las señoras de la limpieza. Por ello, toda antología de textos periodísticos tiene algo de resurrección, de acceso a la humilde inmortalidad de papel que otorga esa otra «planta», ésta de hoja perenne, a esa conifera del conocimiento que es el libro.

De paso se reverdecen y refrescan los hechos, los análisis y las opiniones para someterlos a la prueba implacable de lo acaecido para contrastar pronósticos y hasta adivinaciones y manías con el decurso de los acontecimientos, porque, como es bien sabido, después de la batalla todos somos generales.

Además, advertiremos en el lance la supremacía de los hechos simples y escuetos frente a interpretaciones o conjeturas, a las ópticas más o menos engoladas de expertos y doctores de la prospectiva y hasta de las opiniones interesadas de los estraperlistas.

Es ya un tópico, por lo archicitado, el criterio según el cual las mejores páginas de la literatura española de hoy se encuentran en los periódicos. Quizá ello se deba a que no hay escritor que se precie que no acuda atraído por el resplandor de los medios como método más eficaz para la divulgación y promoción de sus obras, pero también porque en ocasiones esta idea es propalada interesadamente por algunos de sus posibles beneficiarios, que se retroalimentan de un estado de opinión que ellos mismos, endogámicamente, han contribuido a crear y consolidar.

VOLVER: TANGO, PERIODISMO Y NOSTALGIA.

NO es este, obviamente, el caso que nos ocupa. Entre otras cosas porque cualquier tentativa de indagación en el pasado acarrea un doble riesgo: en primer lugar, todos los retornos siempre están inevitablemente marcados por la melancolía y la tristeza, por el síndrome del «Adiós muchachos», y volvemos al tango. De la misma manera que el regreso a los escenarios de la infancia, el reencuentro con viejos y recordados lugares y objetos provoca ese estado de ánimo de suave languidez tan próximo a la irresoluble nostalgia, la relectura, la simple visita a los textos de años más ingenuos, juveniles e ilusionados suscita una reacción en el ánimo muy similar. Se trata, a fin de cuentas, de un recorrido sentimental y, en el momento de poner en hora la máquina del tiempo en torno a aquellas fechas juveniles, ardientes e ilusionadas de las primeras elecciones democráticas en medio siglo, las del 15-J de 1977, el *Volver*, la composición de Alfredo Le Pera y Carlos Gardel, brota instantánea, evocadora: «Yo adivino el parpadeo / de las

luces que a lo lejos / van marcando mi retorno... Volver / con la frente marchita / las nieves del tiempo platearon mi sien. / Sentir, que es un soplo la vida / que veinte años no es nada...», etcétera.

Los viejos escritos operan ante nuestro espíritu de igual forma que el regreso a la casa que nos vio nacer, el reencuentro con aquel árbol o aquella montaña de la niñez, con los recobrados objetos que constituyen el testimonio incommovible que nos brinda la circunstancia pasajera y fugaz.

Lo dicho antaño seguramente contrastará poderosamente con todo lo que sucede hogaño, pero estoy dispuesto a afrontar el reto y someterme al supremo veredicto de los lectores.

Comencé a interesarme por este glorioso y magnífico oficio siendo adolescente, apenas un niño, cuando albergaba la secreta pasión de pa-recerme a aquel mítico «señor Efe» tan omnipresente en los periódicos de provincias, que viajaba por todo el mundo, que poseía un mágico y misterioso don de la ubicuidad y era capaz de escribir con soltura, seguridad y escueta sabiduría sobre las cuestiones más dispares. Muchos años después, oficiando ya como corresponsal en México, descubriría un alma gemela en el personaje de un cómic vagamente leninista que se editaba en la capital azteca, «Los agachados» de Rius, cuyo protagonista era un indígena embozado en su *sarape*, bautizado como «Reuter Nopalzin» por su padre, admirador de un inexistente, ubicuo y proteico periodista, un británico trotamundos llamado «míster Reuter». A buen seguro que al bueno del señor Nopalzin nadie le habló de aquel barón judío, Von Reuter, desaparecido al unísono con el pasado siglo.

Entonces aprendí que el periodismo consistía esencialmente, como enseñaban los anglosajones, en salir a la calle, mirar, ver y contar lo que veías desde la cabal presunción del respeto a la verdad. Más tarde sería testigo de cómo los periodistas, esos «rufianes», como se describe a sí mismo —y a todos nosotros— un conocido colega, han seguido un camino similar al de los orilleros del bandoneón.

HUMILDES «JÜNTAPALABRAS».

De orígenes ciertamente humildes, como modestos y hasta hambrientos *juntapalabras* —«¿Están ahí los periodistas?, pobrecitos, que pasen y coman...», se apiadó, conmisericordia, la duquesa—, sus orígenes son casi tan turbulentos como los del tango. De hecho, el descubrimiento de América no fue, contra lo que pudiera creerse, un *scoop* más del desaparecido Antonio Herrero Losada —el gran director, durante tantos años, de Europa Press, que un día de noviembre invadió las redacciones del mundo con aquel histórico *flash*: «Franco ha muerto. Franco ha muerto. Franco ha muerto»—, sino la *exclusiva* de un *copy boy* llamado Rodrigo de Triana que estaba de guardia aquel día en la sala de teletipos de *La Pinta*, desde la que soltó la noticia: «¡ Tierra!»

De aquellos pobres miserables que retrató Billy Wilder en su *Front Page, Primera página*, hemos pasado a los investigadores implacables que derriban presidentes, a expertos de densa formación que informan, desmenuzan y analizan las situaciones y problemas más complejos de la sociedad de hoy, a los estirados y circunspectos profesionales que comparten los salones del poder y acceden a las academias, en un camino hacia la respetabilidad y el reconocimiento sociales similar al de la danza que a principios de siglo comenzaron a mascullar los orilleños en las miserables atmósferas de aguardiente de los almacenes y prostíbulos porteños. Y al igual que las transnacionales del disco engulleron el tango, los grandes consorcios industriales y empresariales también se han acercado a ese malevaje de las palabras que es el periodismo, entendido en su sentido más originario y romántico.

Al tango lo domesticaron las grandes disqueras americanas —lo mismo que Gianni Versace acabó exhibiendo en las pasarelas y los escaparates de la Quinta Avenida, en el MOMA neoyorquino, las subversivas cadenas y remaches de los *punkies* londinenses: es la vieja historia de siempre—, y del periodismo como subversión ya se ocuparán la Time-Warner y otras multinacionales del alma. Por ello, si tras un somero ejercicio de antropología cultural queremos respetar lo poco que queda ya de las viejas esencias intrépidas y pendencieras del oficio, tendremos que ser algo más cuidadosos a la hora de enjuiciar la labor de los colegas de *Paparazzo* —«el pan como hermanos, la noticia como marranos...»—, los últimos malevos del periodismo que sobreviven, no vaya a ser que, presos de una sobredosis de respetabilidad de los apóstatas que reniegan de sus orígenes, acabemos lanzándolos irremisiblemente a los archivos de la World Wildlife Fund, como cualquier especie en vías de extinción. De hecho, los colegas de *Paparazzo* —y de todos nosotros—, los *paparazzi* deberían ir anillados como los quebrantahuesos.

Pero en sus más hondas entrañas este oficio —el más bello del mundo, que diría uno de sus más gigantescos cultivadores—, en el que he aprendido casi todo de lo muy poco que sé, por más que sus profesionales de hoy se adornen con todos los hábitos y blasones de cualquier egresado universitario, sigue conservando aún muchos de sus originarios ademanes bohemios, desordenados y hasta pendencieros. En esto, el periodismo, como el tango —y parafrasearemos de nuevo a Borges—, es vivido y entendido como una manera de caminar.

Hemos de mencionar también a esa casta voraz e invasora que forman algunos políticos, que no conocen otro lenguaje que el del poder y han renunciado a cualquier posicionamiento moral y hasta ideológico, que se introducen en el interior de los *media* para cambiarles el metabolismo societario y transformarlos en plataformas propagandísticas a su servicio. De ello algo sabemos en este país.

EXCOMBATIENTISMO.

Estos veinte años hemos visto en este oficio cómo viejas y aparentemente indisolubles amistades, lazos inmovibles han saltado en pedazos, y amores, familias, amistades, lealtades y camaraderías se han transformado en odios balcánicos, fanáticos, en guerras sangrientas y desaforadas, en un proceso precisamente inverso al de cualquier excombatientismo porque, a fin de cuentas, de eso se trata: ¿Para esto hemos ganado una guerra? La guerra consistió, como se sabe, en vencer las poderosas resistencias históricas a la llegada de la libertad y la democracia a España. Entre los excombatientes, una abigarrada mezcla en la que tanto abundaban y abundan los fingidores, despedazándose entre sí, en lugar de olvidar las querellas y dedicarse a hablar del penúltimo remedio contra la artritis, la artrosis, la próstata o el asma.

A todos ellos acaso les venga bien la conseja que escuché de Enrique Tierno, que algunos de los contendientes debería considerar: «Amigo Gutiérrez, no merece la pena tomarse las cosas tan a pecho... A fin de cuentas, para cuatro días que va uno a vivir, tres de ellos laborables...» Aunque Tierno se equivocaba porque a él ni siquiera después de muerto le deja el *felipismo* en paz, y ya se han ocupado de emborronar su sepulcro con inelegantes pintadas.

¿Cuál es la razón, las razones, las causas o las concausas de estas absurdas y terribles pugnas? Las respuestas —que son muchas y complejas, como la misma índole del conflicto— acaso haya que buscarlas en un país tan escasamente acostumbrado a convivir en democracia, que conserva vivos muchos de los hábitos del anterior régimen, cristalizados tras cuarenta militarizados años de paz, inmovilidad y silencio. Aquí ha habido una tentativa de instaurar un régimen hegemónico, prolongación del anterior, en el que las normas democráticas sólo fueran un simple barniz formal, y acaso esa sea la principal causa de la guerra mediática entablada entre quienes trataron de instaurar tal sistema y quienes se opusieron a ello. Esperemos que tales intenciones no sean sustituidas por proyectos subrepticamente equivalentes.

Porque el periodismo, además de un oficio glorioso, es, sobre todo, una vocación, una militancia en el sacerdocio magnífico de la libertad. Si a los periodistas se les despoja de toda la esencia doctrinal que emana de las declaraciones de derechos humanos, del derecho a la palabra, de la libertad de expresión, la práctica de su trabajo se convierte en algo muy parecido a un simple ejercicio de casticismo, un mero ademán instrumental que, incluso con el buen oficio y hasta el virtuosismo, puede ser puesto al servicio de la más abyecta de las tiranías, y los ejemplos en esta dirección son numerosos.

El Pulitzer John Williams, fallecido en 1976, que fuera fundador de la IRÉ, *Investigation Reporters and Editors*, acaso el más señalado de los periodistas de investigación americanos, creía imprescindible para el ejercicio del periodismo altos estándares de *moral cívica* en los periodistas.

En España no hemos tenido la suerte de contar con el formidable grupo de

editores de prensa americanos que, a partir de junio de 1957, lanzarían aquel manifiesto, *The peoples right to know*, el derecho a conocer, el acceso a la información de los ciudadanos, que culminaría apoteósicamente con la caída de Richard M. Nixon por el caso Water-gate en 1974 y que sentaría las bases doctrinales para la aprobación por el Congreso norteamericano, en 1976, de la *Freedom Information Act*, auténtica «Constitución de la Prensa» que se configura como el texto legislativo más avanzado y progresivo del mundo. No en vano la libertad de prensa es libertad *fundante* de las democracias modernas.

SOBREIDEOLOGIZACIÓN.

En el otro lado de la labor informativa, en el ámbito de los profesionales españoles, la sobreideologización, impregnada de sentidos autoritarios de doble procedencia —el franquismo, primero, como ecosistema antidemocrático, zafiamente irrespirable; los lamentables ademanes de muchos representantes de la izquierda hispana después, especialmente la encuadrada en las familias comunistas, genéticamente predispuestos a la incompreensión de la realidad informativa moderna, liberal y democrática, únicamente interesados en la simple, pura y dura propaganda militante, en la censura sin contemplaciones, en las mordazas para plumas molestas, en la actuación política en el interior de las empresas periodísticas—, ha convertido a muchos periodistas en simples y dóciles terminales del partido, el grupo o la secta de turno, aunque haya sido y todavía sea el llamado *felipismo* el que ocupe el más preeminente *lugar de deshonor* en este nada enaltecedor podio. Así, frente a la concepción liberal, respetuosa con la libertad de prensa como derecho de los ciudadanos que impera en todos los países democráticos avanzados, en España se ha creado toda una «doctrina» sobre la función de la prensa que no es otra cosa que un abigarrado puzzle de restricciones y excusas, huérfano de cualquier sostén teórico intelectual y democráticamente presentable, para reprimir el libre flujo de la información plural, limpia y sin contaminar, desde los centros emisores a los ciudadanos.

En buena medida esta corriente viene alimentada del espíritu corporativista que se aclimató en nuestro país durante los cuarenta años de Franco. Desde estas posturas no se admite la pluralidad, ni siquiera la dualidad de medios y hasta de propagandistas. Son los defensores del *pensamiento único* revitalizados por Felipe González, el refugio que les queda para tratar de perpetuar mendaces evangelios por quienes tienen algo que ocultar. Así, los medios son simples cotas que hay que conquistar *militarmente* y silenciarlas o incluso orientarlas para ser disparadas en la dirección contraria, como si fueran un nido de ametralladoras. De todo ello tenemos variados y recientes ejemplos. El país es así, podríamos decir desde posturas resignadas y hasta fatalistas, a pesar de que todo este acervo autoritario subyacente es uno de los más serios obstáculos que impiden a España navegar libremente hacia horizontes más civilizados y modernos, más europeos. Finalmente, alguno de mis colegas ha sucumbido a la peor de las toxicomanías,

a esa narcosis de la que tan difícil resulta escapar: el poder político que se deriva del poder informativo. Sólo así se entiende que en la décima potencia industrial del mundo, en un país integrado sin mayores problemas en la Europa democrática, se dé un escenario mediático tan carnívoro y medieval como el que padece España, donde los más descarnados intereses económicos y políticos, el baile de decenas de miles de millones, se enmascaran tras una supuesta, pueril e in-tragable defensa de la libertad de prensa, que pasa a convertirse así en el más prostituido de los disfraces.

Pero volvamos al oficio. Se ha dicho que el periodista que nace antes de hacerse, que se desliza por esa rampa vocacional, debería contar con una curiosidad sin límites, sentido de la minuciosidad y el detalle, escepticismo, incredulidad incluso, tesón, perseverancia —y trabajo, trabajo, trabajo: en esta profesión he conocido a los más auténticos, sacrificados y magníficos *Stajanov*—> el más vehemente impulso por llegar a la raíz de las cosas, a las causas últimas de los conflictos como requeridas cualidades instrumentales para ejercer la profesión. Sólida formación cultural, escribir mucho y leer aún más, añadiría yo.

No sé en qué medida me adornan tales virtudes ni de qué manera el lector valorará los contenidos, forma y estilo de los originales de esta apretada y sucinta antología, pero supongo que nadie discutirá lo vasto de la curiosidad ni la actividad de la pluma.

VEINTE AÑOS REVISITADOS.

La paciente recolección, la relectura de textos de estos veinte años, me han hecho ciertamente apiadarme por el titánico esfuerzo que para Frank Friedel debió suponer sobrenadar en aquel blanco océano de papel, en los cuarenta mil kilos de documentos que hubo de manejar y consultar para elaborar la densa biografía de Franklin Delano Roosevelt.

En cifras cuantitativamente mucho más modestas, una decena de rebosantes archivadores guardan en su interior la producción periodística de este autor durante los veinte años revisitados, miles, decenas de miles de originales de todos los géneros y subgéneros —demasiados «linneos» empeñados en ponerle puertas genéricas al campo—, desde el editorial al pie de foto; la crónica o la crónica viajera; perfiles, entrevistas, informes, reportajes, columnas, artículos, artículos del di-rector, editoriales, críticas —desde la de libros a la deportiva o la gastronómica—, necrológicas, comentarios... La política, la economía, la cultura, el sindicalismo, el deporte, el cine, el teatro, la televisión, la música, los movimientos sociales, las tendencias y evoluciones del pensamiento, las corrientes ideológicas, las historias, la Historia mal o bien contada, de ello me ha tocado ocuparme, porque en este oficio hay que hacer de todo sin que se nos caigan los anillos y cualquier asunto debe ser objeto de esa preceptiva curiosidad de la que hablaba antes.

Todos los oficios tienen sus *enfermedades profesionales*, sus *deformaciones*, según la jerga al uso. Se ha dicho que el periodista es voluble y tornadizo en sus querencias políticas, acaso porque el contacto con los protagonistas de la realidad le lleva a ese pragmático relativismo de tratar de entender a cada cual y a cada uno en cada momento, con sus correspondientes *fragmentos de verdad*, aunque siempre hay «verdades» que son más *verdad* que otras. Y porque también unos pocos aprovechados, muy diestros en la suerte del cambio de camisa, han contribuido, sin duda, a consolidar esta imagen.

Pienso que desde la sinceridad que ha de presidir un preámbulo como éste, puedo mostrar, con una cierta y contenida satisfacción, la constatación de un hecho: en las grandes cuestiones, en las grandes ideas —no así respecto a las personas— que me preocupan, los criterios y posicionamientos han permanecido invariables a lo largo de estos veinte años.

La Historia, las historias familiares, la personalidad, la formación, el propio itinerario parecen haberme movido a lo largo de estos años hacia la defensa terminante y radical de la libertad sin exclusiones ni sectarismos y parece que, dada la dirección que toma el discurrir histórico, no he ido muy desencaminado. Pero creo que todos debemos ser fieles a nuestra historia y correctamente leales a las ideas en acción, evolución y progreso.

EN ESPAÑA, DEMOCRACIA ES SUBVERSIÓN.

La indagación en los textos de estos veinte años muestra claramente la persistencia en la defensa de los viejos principios democráticos, la separación de poderes, la defensa de la independencia del Poder Judicial, la denuncia de todas las imperfecciones que arrastra nuestra democracia desde sus mismos inicios. Dolorosamente he podido comprobar a lo largo de estos veinte años que ese denso entramado secular de corrientes y hábitos autoritarios y reaccionarios que han inmovilizado España siguen profunda y fuertemente enraizados entre nosotros, y el asumir y defender los principios antes citados que inspiran a las democracias avanzadas, aquí siguen siendo un ejercicio política y socialmente perturbador que ocasiona tribulaciones, persecuciones, peligros y sinsabores a quien se mantiene en su defensa. Es decir, en España la democracia sigue siendo una forma de subversión.

Este perfil de «proscritos» de quienes así pensamos y actuamos se acentuó de forma insoportable durante los trece años de gobiernos de Felipe González y lo

que aún es peor, todavía se mantiene. Hay toda una densa y multipolar retícula de dependencias con focos activos en el campo institucional, en las finanzas, la política, la cultura y los *media* que segrega poderosas sustancias de rechazo ante el menor atisbo de libertad que pueda poner mínimamente en cuestión los privilegiados *status* de algunos de sus integrantes.

DERECHOS HUMANOS.

También y muy especialmente en el caso de la prensa. Los cientos de artículos, columnas, comentarios o declaraciones que a lo largo de estos años he escrito sobre la prensa son coincidentes con las ideas antes descritas, la defensa de medios independientes, plurales y libres, por entender que la libertad de prensa es un derecho democrático esencial que emana directamente de uno de los derechos humanos fundamentales ya recogido en la primera de sus Cartas, la Declaración de Derechos del Buen Pueblo de Virginia de 1776, en la que se establece que la libertad de prensa «es uno de los baluartes de la libertad y no puede ser restringida jamás, a no ser por gobiernos despóticos».

La Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano aprobada por la Asamblea Nacional francesa en 1789 señala que «la libre comunicación de pensamientos y opiniones es uno de los más preciosos tesoros del hombre». De ella se hace eco la Declaración Universal de Derechos Humanos de la ONU de 1948. Todos estos antecedentes, y algunos otros, fueron fuentes de inspiración para los ponentes de la Constitución española de 1978, que cuenta con un impecable artículo 20 que ha sido flagrantemente incumplido, burlado, a lo largo de estos veinte años y muy especialmente durante los trece años de gobiernos *felipistas*.

Esta concepción de la prensa violentó y sigue violentando a quienes continúan anclados en los viejos hábitos censores del régimen anterior o los de aquellos que, desde supuestas posiciones «de izquierda», asumen y ponen en práctica conductas idénticas y no ven en los periódicos otra cosa que sutiles o descarados instrumentos de propaganda. Los supuestos extremos —que no son tales, sino idénticos polos de una misma pulsión autoritaria y antidemocrática— se tocan, como vemos, porque desde ambos ámbitos se ha tratado de afianzar esa hipótesis meramente instrumental y castiza sobre el ejercicio del periodismo como un simple oficio, sin mayores apoyaturas, sin los referentes de las cartas de derechos humanos que configuran a la libertad de expresión como derecho angular de los sistemas democráticos. Aunque parezca increíble, en España este «debate» aún prosigue y cualquier exceso o accidente en el camino —el

penúltimo, la persecución de los *paparazzi* al coche de Diana Spencer por las calles de París— sirve de excusa a los teóricos del silencio para transformar la anécdota en categoría, lanzar de nuevo a los foros de debate la manoseada artimaña de la «autorregulación» y extender la sombra de la sospecha y el desprestigio sobre toda la prensa en su conjunto.

De ahí la necesidad de insistir en los principios que inspiran a la prensa democrática, aún a riesgo de ser tachado de idealista o de ingenuo. No olvidemos que la desaparecida constitución soviética también consagraba como derecho, en increíble burla, la libertad de prensa.

FELIPISMO-PRENSA: ENTONACIÓN PROFÉTICA.

Uno de los textos recogidos en este libro es una columna intitulada «PSOE-Prensa: se atisba el conflicto». Lo interesante de aquel comentario reside, sin duda, en la entonación profética, porque está fechado en un lejano mes de septiembre de 1982, antes de que se produjera la abrumadora victoria electoral del PSOE el 28 de octubre de 1982. Mucho antes, el que suscribe había elaborado un informe por encargo del entonces responsable de Prensa en la comisión ejecutiva federal del Partido Socialista, Guillermo Galeote —de triste final, que acabaría sentado en el estrado del Tribunal Supremo por el *caso Filesa* aunque finalmente resultara absuelto—, en el que ya desarrollé tal preocupación. Nunca pude imaginar que la situación culminaría en los avatares prebélicos que con los años llegó a alcanzar, la persecución de medios y profesionales llevada a cabo por Felipe González y sus colaboradores, las tentativas para modificar el Código Penal con un proyecto legislativo inadmisibles, que pretendía, de la mano del entonces ministro de Justicia Tomás de la Quadra, tipificar la difamación como delito en el Código Penal y añadir una traba más a la ya densa legislación de protección del honor ya existente.

Aquella iniciativa, que felizmente no prosperó, suscitó una vasta reacción de profesionales del periodismo que crearon la Plataforma para el Derecho a la Información de los Ciudadanos, que contó con la adhesión de miles de periodistas de toda España. De aquella plataforma nacería posteriormente la Asociación de Escritores y Periodistas Independientes (AEPI), algunos de cuyos miembros hubieron de sufrir la más descomunal campaña de agresiones, insultos y calumnias que se recuerda —digna de un manual neonazi de linchamiento público— por parte del llamado *felipismo*, a pesar de que su presidencia fuera ostentada por el premio Nobel Camilo José Cela y entre sus fundadores figuraran tres directores de periódicos nacionales y muy relevantes comentaristas.

Directores cesados fulminantemente, periódicos cerrados o perseguidos, empresas periodísticas invadidas o destruidas de la noche a la mañana —uno de los casos más increíbles y brutales fue la desaparición de Antena 3 Radio, líder de la radio

convencional en España, un negocio saneado que generaba razonables beneficios económicos, que fue desmantelada y entregada a su competidor—, amenazas y chantajes de tonalidad siciliana, con la vida íntima en juego, periodistas, editores o magistrados, configuraron un paisaje mediático dantesco, desconocido en los países occidentales. La última víctima de tal forma de proceder fue este autor, cesado como director de *Diario 16* el 31 de enero de 1996, por un empresario-títere del *felipismo*, un mes antes de que Felipe González perdiera las elecciones generales del 3 de marzo del mismo año.

LIBERTAD SIN IRA.

En julio de 1997 las calles de España, inesperadamente, se llenaron de manifestantes airados. Nadie les había convocado, fueron comportamientos cívicos espontáneos e inesperados, con millones de españoles gritando contra ETA. El motivo: el asesinato de Miguel Ángel Blanco, un joven concejal del PP de un pueblecito gui-puzcoano, Ermua, secuestrado pocas horas antes por la organización terrorista. Aquellos mares de ciudadanos pacíficos, jóvenes en su inmensa mayoría, rescataron una canción como emblema musical de su protesta, «Libertad sin ira», que había sido compuesta para el lanzamiento de *Diario 16* en octubre de 1976, un periódico liberal —prolongación de un semanario histórico, *Cambio 16*, que apareció en octubre de 1971— que nacía con la democracia y, poco después, la melodía, sus versos ilusionados y juveniles, se convertirían en un bien mostrenco, en la canción-insignia de la joven democracia española.

En el que después sería el Grupo 16 he desarrollado casi toda mi *carrera* y de sus principales publicaciones —*Cambio 16* y, sobre todo, *Diario 16*— son la inmensa mayoría de los textos recogidos en esta antología. La historia del Grupo 16 y de sus principales publicaciones es, ciertamente, una historia triste, la que se deriva de la destrucción de un *holding* periodístico señero, con docenas de publicaciones y varias emisoras de radio —por el que pasó una de las mejores promociones de periodistas y profesionales de la información de la Historia de España—, reducido a cenizas por enemigos de la libertad y, sobre todo, por el cuidadoso diseño para su derribo y destrucción ejecutado, paciente, minuciosamente, por Felipe González y sus colaboradores durante los trece años en los que *el/elpismo* ocupó el poder político en el Gobierno de España.

No es este preámbulo el lugar para describir su *dramatis personae*, quiénes y por qué lo diseñaron; cómo y con qué medios y personas lo llevaron a cabo. Sólo dejar constancia de que la destrucción del que fuera exitoso y muy influyente Grupo 16 se configura como una de las grandes tragedias de la accidentada historia de la prensa libre en España y sus responsables tienen cara y ojos, nombre y apellidos.

PERIODISMO DE INVESTIGACIÓN.

A este autor le cabe la satisfacción de haber sido uno de los iniciadores y pioneros del llamado periodismo de investigación en España y, también, de las tertulias radiofónicas. En 1982 propuse una fórmula parecida a un responsable de entonces de la Cadena Ser, y unos meses después tomaba parte, de forma efímera, en la primera de ellas: *La Trastienda*. La práctica del periodismo de investigación la inicié casi desde el primer momento en que llegué a *Cambio 16*, en mayo de 1975. Esta especialidad informativa había alcanzado en América una abrumadora notoriedad y esplendor a raíz de la dimisión del presidente de Estados Unidos Richard M. Nixon el 9 de agosto de 1974, como consecuencia de las revelaciones de dos reporteros del *Post*, Bob Woodward y Cari Bernstein, en el caso Watergate. Algunos casos españoles —los sobornos de la Boeing y la Lockheed en España, las vinculaciones de Ramón Mendoza con los terminales del KGB soviético en el comercio exterior de la URSS, entre otros— publicados en *Cambio 16* tuvieron notable resonancia en su momento.

Nadie hubiera podido imaginar que un reducido grupo de periodistas, entusiásticamente aquejados del llamado *Watergate syndrome*, acabarían por suscitar, veintidós años después, uno de los principales argumentos que condujeron a la derrota de Felipe González en las urnas, al haber sacado a la luz todo el denso entramado de corrupción montado tras la llegada de los socialistas al poder a lo largo de dos décadas, junto con la investigación de los GAL.

En julio de 1992, en plena apoteosis del V Centenario del Descubrimiento de América, en el año de la Expo sevillana y las Olimpiadas de Barcelona, quien esto escribe fue nombrado director de *Diario 16*. Deseo, en este punto, expresar reconocimiento al jefe del Estado, el rey don Juan Carlos, quien a lo largo de los años en los que fui director del periódico —y también posteriormente, meses después de mi cese— tuvo atenciones con mi persona y con el periódico que agradezco. En octubre de 1992, coincidiendo con el XVI aniversario del nacimiento del diario, el monarca envió al periódico un mensaje de felicitación en el que reconocía el papel «muy relevante» que la prensa —y muy especialmente, *Diario 16*— ha tenido en la llegada de la democracia a España. Dos años después el Rey me concedió, junto con el director de *Le figaro Magazine* de París, Patrice de Plunkett, una amplia entrevista que se convirtió en una larga conversación, publicada simultáneamente en España y Francia y que tuvo un notable impacto nacional e internacional. Y la Reina Sofía tuvo la gentileza de amadrinar el nuevo diseño del periódico, en marzo de 1995.

En julio de 1992 el periódico atravesaba ya una etapa ciertamente delicada, tras el cese, en 1989, de Pedro J. Ramírez. Su situación era de quiebra, la deuda

acumulada era de muchos miles de millones, y las pérdidas rebasaban los 240 millones de pesetas mensuales, sin considerar los gastos financieros, según queda claro en el balance del año 1993.

La grave situación era, sobre todo, consecuencia del persistente acoso al que fue sometido el Grupo 16 por parte *del felipismo* durante toda una década, en consonancia con la decisión «estratégica» —esa fue la palabra que utilizó con la mayor naturalidad un conocido dirigente socialista— de hacerlo desaparecer, pero también otras causas que agravaron la situación fueron los errores y excesos cometidos en la dirección y gestión del Grupo en años anteriores. Concretamente en el cese de Pedro J. Ramírez, que dirigió el rotativo desde mayo de 1980 hasta marzo de 1989, período en el que el diario pasó de ser un rotativo casi testimonial, con apenas unos pocos miles de ejemplares de venta, a los 140.000 ejemplares de circulación diaria con los que contaba en 1989. Cuando el presidente del Grupo, Juan Tomás de Salas —creador de la «familia 16»—, acudió a la redacción del periódico a comunicar oficialmente la noticia del cese de Ramírez, le introduje en mi despacho de director adjunto y le dije, textualmente, aquel 8 de marzo, día de la mujer trabajadora: «Juan Tomás, acabas de cometer el mayor error de tu vida...» Tras añadir que, por supuesto, yo *acataba* su decisión, vino su respuesta: «Me puedo equivocar, pero creo que es lo que hay que hacer...»

Aquel día comenzó el lento declive y el progresivo debilitamiento de *Diario 16*, en un proceso que tiene aún zonas ocultas que explican de forma clara la sofisticación y astucia, el diabólico maquiavelismo de González y sus colaboradores para desbaratar y destruir *desde dentro* un periódico.

Tan «democrático» proceder ni siquiera se ocultaba: ya en mayo de 1984, un importante miembro del recién llegado Gobierno de González llamó al entonces líder de la oposición, Manuel Fraga, al palacio de la Moncloa y en su despacho le pidió su apoyo para «cerrar el Grupo 16». Un desconcertado y sorprendido Fraga le respondió que él no había hecho la Ley de Prensa de 1966 y trabajado para traer la democracia a España para acabar cerrando periódicos.

En julio de 1992, pues, *Diario 16*, en tan grave situación económica —a pesar de que su difusión, entonces, rondaba los 129.000 ejemplares diarios de venta real—, seguía manteniendo sus catorce pagas y dos más «de beneficios». El consiguiente e imprescindible plan de saneamiento económico suscitó la reacción sindical prevista y ante tal ocasión, el *felipismo* aprovechó la ocasión utilizando sus terminales sindicales y políticos y provocó tal orgía de conflictos y huelgas que dejaron al periódico maltrecho y a merced de sus expectantes competidores. Seis días de huelga que impidieron la salida del periódico a finales de diciembre de 1993 y en enero de 1994 provocaron la pérdida automática de cerca de 70.000 ejemplares. Paralelamente, su propietario, Juan Tomás de Salas, que aceptó el nombramiento como presidente de Jesús de Ramón Laca —un candidato que contaba con la confianza de las principales instituciones financieras acreedoras del periódico—, siguió soportando la tremenda presión del Gobierno de

González. Varios ministros de su último gabinete se mantuvieron firmes y terminantes en su postura, a lo largo de las diversas entrevistas celebradas con Laca y con este autor, cuando acudíamos a intentar renegociar la mastodónica deuda acumulada con la Administración —Hacienda y Seguridad Social— superior a los catorce mil millones de pesetas. La respuesta siempre era la misma: «mientras Salas siga ostentando la propiedad de la empresa, no hay negociación posible...» De Salas era constantemente informado por mí de la situación. Incluso el 22 de febrero de 1994, con ocasión de una visita de directivos del Grupo francés Hersant —socio del Grupo 16 en el periódico—, le hablé una vez más de las presiones y exigencias del Gobierno para que hiciera el traspaso de la propiedad a Laca, y le ofrecí mi dimisión como director por si con ella podía contribuir a solucionar la situación.

Salas ni siquiera tomó la oferta en consideración, por entender que quien esto escribe era, tal como dejó inmerecidamente escrito —sin duda movido por viejos afectos— «el mejor director de *Diario 16*» de toda su historia. Finalmente, en julio de 1994, De Salas vendió sus acciones a Laca por una peseta —se trataba de una empresa en quiebra—, pero la situación no varió un ápice en cuanto al Gobierno socialista se refiere, que organizó otra operación a mediados de 1995 para eliminar a Laca y a este autor de la presidencia de la empresa y de la dirección del periódico, respectivamente, presionando a los bancos acreedores para que propiciaran la entrada de un nuevo propietario, José Luis Domínguez, un hombre de la cuadra y al servicio del entonces ministro de Comercio Javier Gómez Navarro, que se encargaría de la penúltima demolición, comenzando por mi cese como director, el 31 de enero de 1996. Espionaje, infiltrados, miembros del *staffy* hasta personal de redacción, administración y secretaría subrepticamente «contactados» y, algunos, recompensados más tarde, de todo hubo en aquel vasto operativo para destruir el Grupo 16.

ORWELL: «1984».

Sirvan estas líneas como mero apunte indicativo, como punta de iceberg de la conjura urdida para destruir un periódico histórico, democrático, plural, liberal, modélico y que, precisamente, tales virtudes convirtieron en presa fácil de quienes utilizaron esas características para destruirlo. El relato de la demolición, que se adentra en lo surrealista, se ha visto culminado con la penúltima broma de Felipe González, quien en septiembre de 1997, con motivo de la dimisión de De Salas —que había regresado y asumido la dirección del periódico un año antes, pactando con sus verdugos y con el sector sindical que había derruido el periódico—, incapaz de hacerlo viable y con la venta reducida a límites ínfimos y residuales, trató de responsabilizar de la salida de De Salas... al Gobierno popular

de José María Aznar. Asimismo, en la desesperada búsqueda de chivos expiatorios a los que endosarles la destrucción de *Diario 16*, llegaron a responsabilizar, también, nada menos que a quien esto escribe, que había sido cesado casi dos años antes —a finales de enero de 1996, cuando la venta real diaria todavía era de 78.881 ejemplares, a pesar de las acciones de sistemático y deliberado deterioro realizadas por su presidente de entonces, José Luis Domínguez— y hasta el propio De Salas, increíblemente, llegó a convertirse en propalador radiofónico de la calumniosa humorada. George Orwell en *1984*, su sobrecogedora metáfora del stalinismo fascista, no llegó a imaginar una falsificación semejante en su descripción del siniestro «Ministerio de la Verdad».

CORRUPCIÓN: EL «REINO DE LA FULLERÍA». Hemos hablado de la corrupción en la etapa de gobierno de Felipe González, desvelada por un reducido grupo de periodistas entre los que ocupan un lugar de honor los investigadores de *Diario 16* con los que tuve la suerte de trabajar. Desde el histórico y paradigmático «caso Roldán», desvelado por *Diario 16* el 23 de noviembre de 1993 —sin duda el mayor escándalo de la democracia, derivado de lo estafalario, lo surrealista de sus ingredientes: un director general de la Guardia Civil, teórico responsable del cumplimiento estricto de la ley y de la protección de los ciudadanos frente a quienes la quebrantan, que acaba embolsándose el dinero público en cantidades ingentes—, hasta el caso del túnel de Soller, que terminó sentando en el banquillo al presidente autonómico balear, el popular Gabriel Cañellas, que hubo de abandonar el cargo, una larga lista de casos de corrupción fueron minuciosamente investigados y desvelados por *Diario 16* en esta etapa. No fue, ciertamente, casualidad que en 1995 el diario y sus profesionales obtuvieran la más formidable avalancha de premios periodísticos por su labor, convirtiéndose en el periódico más premiado de la reciente historia de la prensa española: el Luca de Tena, el León Felipe, el Ortega y Gasset de periodismo, el Javier Bueno de la Asociación de la Prensa de Madrid, el del Club Internacional de Prensa, el Manuel Broseta, el italiano Sebetia-Ter, por citar sólo algunos de los más señalados.

España se había convertido, en afortunadas palabras del que fuera diputado de AP Miguel Herrero —quien, paradójicas de la vida, posteriormente pasaría a militar, como infiltrado *durmiente*, en las filas del *felipismo* encubierto, lo que demuestra, una vez más, que, al margen de cataduras morales, sigue siendo poco rentable cambiar de cabalgadura en mitad de una carrera—, en «el reino de la fullería».

La impunidad de la abrumadora mayoría absoluta nacida de las urnas del 28-O de

1982 propició la llegada al poder de toda una nueva clase de políticos que sometió a las arcas públicas a un auténtico saqueo, acaso como consecuencia de aquella intención enunciada por Guillermo Galeote en 1982: «Vamos a montar el PRI en España, y vamos a estar treinta años en el poder. Nos vamos a apoderar del diez por ciento de la riqueza nacional...»

Un país cívicamente desarmado —la amoralidad desvalijadora del felipismo tan sólo tenía enfrente los restos del naufragio de la UCD y la cercanía del régimen de Franco que aún impregnaba poderosamente las gerontocráticas filas de la Alianza Popular de Manuel Fraga— sin cultura democrática, quedó a merced del agarantismo generalizado, con lo que, la legión de desaprensivos instalados en las instancias del poder político hicieron su agosto. El desaparecido cardenal Tarancón —una de las personalidades clave en la transición política, en su condición de presidente de la Conferencia Episcopal— llegó a decir que la corrupción felipista era muy superior a la de los años más oscuros del franquismo.

DESARME MORAL Y «CAMBALACHE».

Acaso el desarme moral era la consecuencia más grave que se derivaba de la gran cantidad de personajes desvergonzados enquistados en la vida pública. Volvemos, una vez más, al tango, para recordar el *Cambalache* de Discépolo, impagable descripción del frenesí arrebatacapas *del felipismo*: «Vivimos revolcaos en un merengue / y en el mismo lodo / todos manoseaos... Hoy resulta que es lo mismo / ser derecho que traidor. / ¡Ignorante, sabio, chorro, / generoso o estafador! / Todo es igual / nada es mejor / lo mismo un burro / que un gran profesor / ... No hay aplázaos, ni escalafón / si uno vive en la impostura / y otro roba en su ambición / da lo mismo que sea cura /colchonero, rey de bastos, / caradura o polizón... Es lo mismo el que labura / noche y día, como un buey / que el que vive de los otros / que el que mata, que el que cura / o está fuera de la ley... No pienses más / sentate a un lao /que a nadie importa / si naciste honrao...» Proféticas estrofas las de Discépolo, ciertamente, que recuerdan aquel enunciado de un ministro: España es el país en el que se puede hacer uno rico más *rápidamente*...

Mención especial merece el tratamiento dado a la figura de Felipe González en estos veinte años, de la que me he ocupado constantemente en cientos de escritos de todo tipo —columnas, artículos, cartas del director, crónicas viajeras, entrevistas y, por supuesto, en libros, uno de ellos, compartido con Amando de

Miguel, especialmente resonante, *La ambición del César* y en gran parte de otro, *Miguel Boyer. El hombre que sabía demasiado*— y no solamente por el hecho de que González ocupara durante más de trece años la presidencia del Gobierno, ni por su indudable protagonismo en la vida pública española desde que accedió a la jefatura del partido en 1974. Desde entonces hasta las elecciones de 1982 —en las que fui vetado por los propios socialistas para participar en un programa de TVE para entrevistar a un González apoteósico que ya acariciaba el poder— mantuve una estrecha relación con el joven líder socialista, al que acompañé en infinidad de singladuras y viajes políticos, tanto en España como fuera de nuestro país.

No he de ocultar la decepción que González me produjo nada más llegar al poder en octubre de 1982 —momento en el que inicié mis ásperos comentarios sobre su acción política—, acaso por el gran afecto que le había profesado desde años atrás, cuando le conocí en Lisboa, a finales de 1974, en un acto del Partido Socialista Portugués, cuando el país vecino aún se resentía de las incertidumbres y avatares de la revolución de los claveles.

He de decir que siempre, dentro del afecto y hasta de la más cálida de las camaraderías —quien esto escribe fue uno de los más activos, animosos y convencidos partidarios y defensores del líder socialista—, siempre le censuré su poco respetuosa y autoritaria concepción de la prensa, vecina de la que profesaban los autócratas latinoamericanos, sus intenciones de transformar los periódicos y demás medios de España en meros instrumentos propagandísticos controlados por el partido. La vieja frase de Salvador Allende: «El periodista no debe servir a la verdad, sino a la revolución.» Nunca me hizo caso y ni siquiera el paso del tiempo, los terribles escándalos en los que sus gobiernos se han visto involucrados, la hostilidad de ciertos medios —derivada en muchos casos de meros mecanismos de defensa propia—, la pérdida de las elecciones generales de marzo de 1996 —sin duda consecuencia de la inacabable secuencia de escándalos durante sus mandatos— le han hecho recapacitar, plantearse al menos un mínimo proceso de autocrítica.

¿Se habrá planteado González el futurible sobre cómo hubiera discurrido la historia sin el proceso de megalómana prepotencia en el que cayó tras la abrumadora mayoría absoluta de doscientos dos escaños en octubre de 1982? ¿Se habrá interrogado González a sí mismo en alguna ocasión sobre lo que hubiera ocurrido si en lugar de convertir el panorama mediático español en un campo devastado, si en vez de incorporar a sus filas a una legión de franquistas disfrazados, hubiera diseñado una política de escrupuloso respeto a la pluralidad de los medios, de convivencia dialogante y pacífica con todos y cada uno de ellos, en su soberana y específica diferencia? No lo parece. Muy al contrario: las comparecencias y declaraciones de González, sus recientes insultos y descalificaciones hacia algunos periodistas y medios parecen indicar claramente que estamos ante un dirigente político instalado a perpetuidad en esa

actitud deplorable del *sostenella y no entnendalla*, atrapado por los más inquietantes humores de sus visceras, movido únicamente por el rencor y el deseo de venganza contra todos aquellos que, según él, le han desplazado del poder. Un político no puede permitirse error tan suicida como es el sucumbir ante las más bajas e incontrolables de sus pasiones, en lugar de extraer las correspondientes enseñanzas de sus errores. Pero lo que no resulta admisible es que alguien que se define a sí mismo como «un demócrata», actúe de forma semejante.

En cualquier caso, tendremos a González en el horizonte político durante años, con toda la carga de incertidumbres y pugnas que de tal circunstancia se derivan. Sin duda, también González ha sido una víctima más de los medios de comunicación, pero no porque éstos hayan desvelado el interminable rosario de escándalos ya citados, sino por el proceso psicológico que se ha desarrollado en la entonces tierna e inexperta personalidad del líder socialista tras el abrumador, azucarado y acrítico apoyo mediático del que disfrutó a partir de 1976, y del cual este autor fue, sin duda, uno de los más activos y convencidos responsables. Su candor provinciano le llevó a dejarse deslumbrar por ciertos *neones* madrileños.

Y como no tengo intención de sumarme a la lista de tantos creadores de autobiografías fantásticas, espero que este libro y muchos de sus textos dejen las cosas claras en este punto. Fui lo que fui y me siento razonablemente orgulloso de ello. Participé en la transición, desde mi modestísima atalaya, creí en ella y sigo pensando que, a pesar de sus imperfecciones, se culminó exitosamente.

Es cierto también, que González ha soportado la más apabullante y terrorífica ofensiva mediática que imaginarse pueda.

Y la resistió de forma encomiable, sin perder los nervios, salvo en su etapa fuera del poder, tras las elecciones de 1996, cuando, acuciado por la ira nerviosa y atemorizada, pasó a convertirse en un *orador de queroseno*, apocalíptico y amenazador. Este autor ha escrito cientos de originales ciertamente muy severos —y en alguna ocasión un tanto obsesivos y hasta irreverentes, tal como se desprende de la lectura hemerográfica de lo escrito aquellos años— sobre el líder socialista. Mis disculpas a él y a todos los que, durante estos veinte años, puedan haberse sentido ofendidos con alguno de mis comentarios o expresiones «al acetileno», según la etiqueta de un colega. Acaso mi pecado sea no creer en las rendiciones y muy poco en los armisticios, desde que leí aquella magnífica e irreductible máxima de *El viejo y el mar* que acabé haciendo mía: el hombre puede ser destruido, pero no vencido. Mas la respuesta, en una democracia, no es la eliminación de moscas —aunque sean cojone-ras— a cañonazos, la mordaza aplicada al periodista o la destrucción del medio, procedimientos que el dirigente socialista utilizó hasta la saciedad, también con quien esto escribe, en su obsesiva búsqueda de un escenario mediático en el que todo estuviera bajo control.

En 1985 «La ventana indiscreta», la columna diaria que entonces firmaba en *Diario 16*, dejó de publicarse por presiones de González, quien no estaba nada satisfecho con mis informaciones y opiniones sobre su gobierno y, en especial,

sobre el referéndum de la OTAN, y fui trasladado durante muchos meses a Bruselas para cubrir la última etapa de la adhesión de España a la Comunidad Europea.

Antes, en julio de 1983, una información firmada por mí, según la cual el entonces vicepresidente del Gobierno, Alfonso Guerra, ordenaba y controlaba escuchas telefónicas ilegales a través del entonces subsecretario de Interior, el guerrista Carlos Sanjuán, a los partidos de la oposición, especialmente a Alianza Popular y al Partido Comunista —informaciones que se revelaron como esencialmente ciertas—, dio con mis huesos en la Audiencia Nacional, tras interponer el primer Gobierno socialista una querrela criminal «por desacato» contra mí y contra el periódico, *Diario 16* y su director, a través del fiscal general del Estado, el desaparecido Burón Barba. Paralelamente, el portavoz del Gobierno de entonces, el periodista Eduardo Sotillos, siguiendo instrucciones del vicepresidente, lanzó tras el Consejo de Ministros una catarata de insultos contra *Diario 16* tildándolo de «basura amarilla». El juez de la Audiencia Nacional Dival Blanco desestimó el procesamiento solicitado por el Gobierno a través del ministerio público.

Aquel episodio sería el primero —me eligieron a mí para dar «un escarmiento»— de una larga e interminable secuencia de calumnias, difamaciones e insultos, ataques y persecuciones, en suma, contra la prensa independiente por parte del *felipismo*, que, como vemos, aún hoy prosigue con los más incalificables coletazos.

Mi expulsión de la dirección de *Diario 16* tuvo un único inspirador y responsable, Felipe González —que decidió jupiterinamente sobre mi destino—, y, posteriormente, cuando Luis María Anson, entonces director de *ABC*, me ofreció en abril de 1996 escribir una sección semanal, «Panorama a babor», también varios responsables del diario conservador recibieron algunas *sugerencias* en este sentido, que entonces no fueron atendidas.

En este punto he de reiterar, una vez más, mi agradecimiento a Anson, artífice de la reconversión de un periódico en dificultades como era el *ABC* en 1982 y convertirlo en menos de una década en uno de los más sólidos, influyentes y respetados diarios del país; también por el generoso prólogo que encabeza este libro.

Finalmente, creo que este apretado preámbulo no estaría completo sin una referencia a la tentativa golpista del 23 de febrero, que tan intensa y dramáticamente viví. Desde aquella tarde *aciaga* de febrero, en la que fui testigo y víctima —cuando tomaba un inofensivo café en el bar del palacio— del secuestro del Parlamento por parte del grupo de sublevados comandado por Antonio Tejero Molina, hasta el arduo y dramático juicio ante un tribunal militar, celebrado un año después en el madrileño Servicio Geográfico del Ejército, la peripecia de los gol-pistas supuso uno de los jalones más tensos y apasionantes de mi azarosa vida profesional.

En el momento de escribir este texto, cuando ya han transcurrido dieciséis años,

las amplias zonas de penumbra que rodearon aquella asonada de febrero se mantienen, aunque posteriores indicios sugieren que de todo lo que allí ocurrió los españoles tan sólo accedimos a una parte muy limitada de la información, y es posible que en el inmediato futuro nuevas revelaciones vayan clareando aquel terrible episodio de nuestra reciente historia que estuvo a punto de desbaratar la débil e incipiente democracia española, de provocar una auténtica catástrofe histórica que hubiera detenido, acaso durante décadas, nuestra incorporación a la Europa democrática.

Nuevamente, pues, el regreso en el tiempo, el reencuentro con el recuerdo, la nostalgia y la melancolía de la que escribió Le Pera, para que el bandoneón negocie sus melancólicas estrofas en algún perdido galpón del arrabal: Volver...

Tan sólo me queda apostillar en este nostálgico punto que, acaso, las nieves del tiempo hayan plateado mi sien, pero no mi espíritu ni mis fuerzas, ganas y disposición para seguir aportando mi modesto granito de silicio y tratar de conseguir que vivamos en un país mejor, más convivencial y habitable, con crecientes cotas de libertad y bienestar, con un lugar al sol para todos y cada uno.

Entiéndase, pues, este preámbulo, esta antología de textos, como un ajuste de cuentas conmigo mismo, un mero y pasajero descanso en el camino, el final de una etapa que precede al comienzo de otra singladura. Es mi particular y personalísima versión del «pasar página» del que tanto se habla ahora.

Siempre he tenido la tendencia innata a mirar hacia delante y dejar el pasado para los historiadores, los rencorosos, los ensimismados en su personal peripecia o los que hacen *camping* en su propio ombligo. A fin de cuentas, veinte años no es nada y los que se avecinan para inaugurar década, siglo y milenio, prometen ser tanto o aún más dramáticos, gozosos y apasionantes que los que se fueron. Lo escribí Leonardo como metafísica visión del líquido peregrinaje de los torrentes, como metáfora fluvial de ese continuo e indetenible discurrir que es la existencia: el agua que tocamos en los ríos, es la postrera de las que se fueron y la primera de las que vendrán: así el día presente.

JOSÉ LUIS GUTIÉRREZ Madrid, diciembre de 1997

LOS VIAJES DE FELIPE GONZÁLEZ

Los periplos de Felipe González, desde los primeros años en la oposición hasta sus viajes «de Estado», marcan, también, como jalones temporales, el distanciamiento del autor con respecto al progresivo autismo político del máximo inspirador y líder del llamado felipismo.

El autor —desde aquel primer encuentro, un invierno en Lisboa, en 1974— viajó con González por medio mundo, bien como líder de la oposición, bien como presidente del Gobierno. En este capítulo se recoge una breve selección de aquellos textos viajeros.

FELIPE EN LA URRSS: CALIENTE, CALIENTE

¡Hombre!, yo creía que en primera sólo viajaba Blas Pinar... Resulta que los socialistas también lo hacen... El hombre de negocios que el domingo 11, con sonrisa festiva ocupó su asiento en primera clase del vuelo de Iberia 162, hizo el anterior comentario un tanto a la ligera. Porque los billetes de primera clase de la delegación del PSOE, presidida por Felipe González, les habían sido proporcionados, sin costar-les un céntimo, por el embajador soviético en Madrid, señor Bogomo-lov, transmisor de la invitación que el Comité Central del PCUS había cursado al Partido Socialista semanas atrás. Al aeropuerto habían acudido el propio Bogomolov acompañado del señor Ivanov, consejero cultural de la embajada para despedir a los socialistas. «Usen gorros de piel. Hará mucho frío en Moscú», fue una de las escasas recomendaciones del embajador.

Una breve escala en París y la delegación abordó el vuelo 252 de las líneas soviéticas Aeroflot. Un Yak-42, avión soviético trirreactor, calentaba motores. En la bolsa de los respaldos, ejemplares en francés y en inglés de la nueva constitución soviética. Felipe y Alfonso Guerra aprovechan el tiempo de vuelo para repasar papeles y estudiar sus entrevistas con las autoridades soviéticas. Miguel Boyer lee un libro sobre la economía soviética y Francisco Ramos, setenta y dos años, viejo militante socialista, actual secretario de organización de los socialistas catalanes y diputado por Barcelona, recuerda sus veinte años en la URSS, donde se graduó como ingeniero industrial, diez de ellos como exiliado y otros diez en un campo de concentración, una «gracia» más del «caballero Stalin». «Nunca me dijeron la razón de mi detención y cautiverio», señala Ramos que acompaña a Felipe por su conocimiento del país y del idioma.

MUY IMPORTANTE SEÑOR.

A las seis de la tarde, en Moscú es de noche y las pistas por las que se desliza tras aterrizar el Yak-42 están cubiertas de escarcha.

Se abren las puertas de la nave y varias sorpresas aguardan a la delegación socialista. En primer lugar el bofetón de hielo que supone salir de los veintidós grados de temperatura del interior del avión y pasar a los quince grados bajo cero de la escalerilla. Alfonso Guerra recuerda las recomendaciones de Bogomolov, ataviado tan sólo con su liviana trenca. La otra sorpresa es la recepción cálida que contrasta

con la agresividad del termómetro. En la pista espera Boris Ponomaryov, miembro suplente del Politburó —Comité ejecutivo del Comité Central del PCUS—, importante personaje de la jerarquía rusa, responsable de las relaciones del PCUS, rodeado de funcionarios y periodistas. También está Eugenio Bregolat, encargado de negocios de la Embajada española, en ausencia del embajador Samaranch, que voló el mismo día a España.

Y la referencia a la tormentosa visita de Carrillo el pasado 2 de noviembre, a los actos del sesenta aniversario de la Revolución de Octubre, se hace inevitable. Carrillo fue recibido pobremente, sin los focos de televisión que ahora rasgan las nieblas de la pista, por un funcionario de rango inferior, como es Zimyanin, encargado de «asuntos culturales» en el CC. Hasta el hotel es distinto. La delegación del PCE se hospedó en el hotel Soviético, en las afueras de Moscú, que las autoridades utilizan para delegaciones poco importantes. Las del PSOE fueron al hotel de Octubre, en el centro de Moscú, que pertenece al CC y ocupan los altos personajes. El «Chaika» —automóvil destinado por los soviéticos a las grandes jerarquías: Breznev usa uno de este modelo— negro en el que viaja Felipe, seguido de los también negros y más modestos Volgas, abandona el aeropuerto, tras una breve recepción de diez minutos en el salón de autoridades. Hay vodka y canapés en la mesa y una discretísima, educada y terminante expulsión de este enviado especial de la sala en la que se había introducido, mezclado con la delegación y las autoridades soviéticas.

CON EL NÚMERO 3

Por si quedaban pocas dudas de la importancia que para los soviéticos tenía la visita del PSOE, a la mañana siguiente,

ante la gigantesca mesa de reuniones del salón de actos del Comité Central, la delegación socialista en pleno se sentó frente a Ponomariov y Zimyanin y acompañados nada menos que por Milhail Suslov, decano del Comité Central al que pertenece desde los tiempos de Stalin.

Suslov, uno de los catorce miembros del Politburó, está considerado como el principal teólogo del Kremlin, guardador de las esencias ideológicas del leninismo y tercero de la jerarquía soviética, tras Breznev y Kosigin y hombre de confianza del primero. La conversación —que se prolongaría por espacio de tres horas— se produce con una exposición de las respectivas situaciones en los dos países para pasar al terreno internacional posteriormente.

Felipe González calificaría más tarde el encuentro como «un primer contacto exclusivamente informativo». Suslov llevó la voz cantante por parte rusa, no improvisó nada y lo poco que habló lo leía en un papel, que era sujetado por una mano excesivamente temblorosa. El tema de la entrada en la OTAN surgió inmediatamente. El PSOE expuso su postura de oposición al mismo, siempre y cuando las circunstancias no aconsejaron lo contrario. Felipe señalaría posteriormente que el tema «es algo exclusivamente interno, que tiene que

decidir el pueblo español». Sobre Canarias, los socialistas fueron terminantes, Canarias «es territorio español, ocupado por españoles». Los soviéticos escucharon sin pestañear al traductor cuando les transmitió la queja velada de los españoles por la presencia del líder del MPAIAC canario, Antonio Cubillo, en una recepción de la embajada rusa en Argelia. Parece ser, según la versión soviética, que Cubillo no estaba invitado y que se «coló» sin que nadie le llamara. Los soviéticos aseguraron, de todas formas, que no volvería a ocurrir.

Otro de los temas que más obsesivamente preocupa a los líderes del Kremlin es la bomba de neutrones de EE. UU. (ingenio que destruye los seres vivos y respeta los objetos). Según los soviéticos, el artefacto es más peligroso y letal de lo que los norteamericanos dicen. Están convencidos de que es un arma estratégica, y no táctica como asegura Cárter. Por parte soviética existe un enorme interés en producir un movimiento propagandístico a escala mundial contra la bomba. Incluso han acudido a un aliado tan singular como la religión. Las catorce iglesias ortodoxas rusas y las otras cuatro restantes se reunirán en breve, si todo sigue el plan previsto, para condenar la bomba.

La actitud de los soviéticos puede interpretarse de dos formas: por una parte, un intento de llevar hacia adelante la distensión y la paz mundial que el Kremlin propugna. Por otra, si Moscú está en clara ventaja frente a Estados Unidos en armamento convencional y en clarísima desventaja en el atómico —en este último en una proporción de diez a uno—, «es lógico que intente reducir el potencial atómico de Estados Unidos», señaló un diplomático.

En el comunicado final conjunto, el PSOE redactaría el párrafo alusivo al tema de una forma un tanto descomprometedora: «Se pronuncian (ambos partidos) contra la creación y proliferación de armamento de exterminio masivo.»

Sin embargo, según ha podido pulsar este enviado especial en fuentes moscovitas, la política soviética va a cambiar en este sentido, en dirección a una limitación de armamento nuclear más real y efectiva y hacia un aceleramiento de la distensión.

En este sentido, es importante constatar el juicio positivo que el presidente Carter les merece a los mandarines del Kremlin.

Los NÚMEROS CANTAN.

Otros puntos tratados en la reunión fueron los del problema del Sahara, y el «aparente apoyo prestado por la URSS al régimen de Macías». Silencio soviético, en ambos casos, como procedía en una reunión de tipo informativo.

Las relaciones comerciales y la posibilidad de incrementarlas, fue otro de los temas, incluso propuesto por los soviéticos. Felipe habló de ello con Suárez antes de su partida, ya que éste es uno de los asuntos que más parece interesar al

Gobierno español en estos momentos. Esa misma noche, mientras Felipe cenaba en la embajada, recibió una llamada desde España del embajador Samaranch, quien le preguntó cómo había ido ese asunto. «Hay que apretar», le indicó el embajador, a lo que Felipe respondió que «los que tenéis que apretar sois vosotros en Madrid». Otro miembro de la delegación del PSOE fue menos diplomático y le indicó a este enviado especial: «Yo le hubiera respondido: ¿Ordena usted alguna cosa más, mi teniente?»

La siguiente jornada, el martes, fue claramente económica. A. V. Bachurin, primer vicepresidente del Comité de Planificación del Consejo de Ministros de la URSS, habló durante dos horas ante los socialistas sobre las grandes líneas estructurales de la economía soviética. Bachurin se explayó sobre el plan económico para el próximo año y declaró: «No hay crisis en la actual economía soviética, no hay inflación, los salarios aumentarán en un 3 por 100 y aumentará el sector privado de la agricultura, que con un 1 por 100 de superficie de labor produce el 20 por 100 de bienes agrícolas.» «Los soviéticos —señaló Miguel Boyer— se muestran muy satisfechos por no tener inflación, pero es evidente que el papel de los precios en el sistema no es comparable al que tienen en las economías de mercado: cuando un bien es escaso no sube su precio, pero entonces se agota o se raciona.»

La delegación visitó horas después una fábrica de coches de pequeña cilindrada en la que sus anfitriones insistieron en las ventajas sociales de que gozaban sus empleados. Todo tipo de instalaciones deportivas, de recreo y culturales. Alfonso Guerra, hombre de letras, charló durante unos minutos con el director de la fábrica sobre poesía. «A mí me gusta Evtushenko», dijo Guerra. «A mí no me gusta nada», respondió el dirigente fabril, contrariado. «Hombre, creo que es un poeta importante», añadió Guerra, a lo que el director contestó con un categórico y definitivo: «Bueno, ¿y qué», que zanjó la cuestión.

Tras una sesión de ópera, a las doce de la noche, Felipe y sus acompañantes tomaron el tren para Leningrado. La visita a esta ciudad, que fue interpretada por algunos como una despreocupación de los soviéticos por el PSOE, fue, sin embargo, decidida por los propios socialistas españoles, para lo cual hubo que alterar todo el programa. Entre otras cosas, no asistir a la reunión del Soviet Supremo (Parlamento) en la cual, los mil doscientos delegados, en medio de pesados y largos discursos en ruso, habían de aprobar —por unanimidad— el plan quinquenal y los presupuestos del Estado.

NOSTALGIA.

El tren, el «Expreso Rojo», es cómodo y rápido, y tiene que viajar a menor ritmo del que le permiten sus máquinas, para no llegar a Leningrado demasiado pronto.

De todas formas, en ocho horas cubrió —de doce de la noche a ocho de la mañana— los setecientos kilómetros que separan las dos ciudades.

A las ocho llegaron los socialistas a Leningrado. La primera visita fue al palacio de Smolny, donde Lenin presidió el primer gobierno soviético. Ambiente sacralizado y liturgias de sacristía por doquier. Una guía, con aspecto de devota del santo, explica cómo Lenin vivía de una forma «modestísima» y mandó castigar severamente a dos camaradas que pretendieron «subirle el sueldo».

Después, el acorazado *Aurora*, crucero histórico que se sublevó y lanzó con su cañón de popa el disparo que sirvió de señal para asaltar el palacio de Invierno. Felipe y Guerra tiraron de la cuerda del cañón y tomaron simbólicamente el palacio que fuera sede del gobierno provisional de Kerenski.

Posteriormente, una visita al soviet local —municipalidad— que los socialistas calificaron de «interesantísima». Es un concepto totalmente diferente del que tenemos los españoles. Aquí el municipio se ocupa de todo lo que necesita el ciudadano, desde que «nace hasta que muere».

Finalmente, el cementerio de Leningrado volvió a poner la nota emotiva de la jornada. Felipe depositó flores en el monumento a los caídos y firmó en el libro de honor. «Que se interprete como un homenaje a la paz», diría Felipe al poner las flores.

A la mañana siguiente, ofrenda floral en el Kremlin, con diecisiete grados bajo cero, ante el mausoleo de Lenin y la llama al soldado desconocido. Francisco Ramos, mientras asiste al acto, recuerda la *amarga* paradoja de su detención: «Y pensar que ahora estoy aquí y Stalin me encarceló por socialista...»

Una conferencia de una hora en el Instituto del Movimiento Obrero Internacional —perteneciente a la academia de la URSS— ante casi cuatrocientas personas que llenaban el local. Tres veces tuvo que cambiar de traductor —los dos primeros distorsionaban los mensajes, no se sabe si por ignorancia de la lengua o intencionadamente— en la que habló de la larga marcha española hacia la democracia, del Rey y del euro-comunismo. «El Rey —dijo—, ya saben, es un muchacho alto, rubio; yo soy republicano... Pero creo que ha sido un factor positivo en el proceso democratizador de mi país.» Sobre el eurocomunismo manifestó que aunque es un fenómeno de distinta índole en función de los diversos países del sur de Europa donde se produce, es «muy importante; en Italia ha obtenido más del 30 por 100 de los votos». Otra cosa es a nivel teórico, en cuyo terreno cree que podría darse otra discusión similar a la que tuvo lugar entre 1919 y 1921. (Se refería a la oferta a los partidos socialistas para entrar en la Internacional Comunista.)

COMUNICADO CONJUNTO.

Tras comer nuevamente con Ponomariov y Zimyanin, que se despidieron de Felipe, éste acudió a una rueda de prensa en la embajada española con la prensa extranjera poco antes de volar hacia Tokio, a una reunión de la Internacional Socialista. En ella, entre otras cosas, Felipe señaló que era «un error político la postura de abstención, seguida por España en la ONU, en el tema de la condena a Chile, que le ha restado al Gobierno credibilidad democrática». Añadió después

que cree que los dos presos socialistas que él defiende y que permanecen en las cárceles chilenas estarán en España en Navidad. Posteriormente se distribuyó el comunicado conjunto PSOE-PCUS: Conversaciones en ambiente de «camaradería y amistad», felicitación del PSOE por el sesenta aniversario de la Gran Revolución Soviética, y coincidencia en el anhelo del cese de la carrera de armamentos, peligrosa para toda la humanidad. Al día siguiente, toda la prensa soviética, con *Pravda* a la cabeza, publicaba el comunicado en primera página. La gran importancia dada por los soviéticos a la visita —indirectas para que visitaran a Breznev no cuajaron por supuesta enfermedad de éste— puede tener diversas interpretaciones. Por una parte, la «alternativa de poder» que el PSOE constituye, al ser el primer partido de la oposición. Por otra, una respuesta indirecta a la hostilidad de los comunistas de Carrillo a la Unión Soviética. Sin embargo, para otros observadores, la razón más importante está en el fundamental papel estratégico que juega España actualmente. Evitar su ingreso en la OTAN y las bases norteamericanas son temas capitales para Moscú.

Y en este sentido cabe señalar la información recibida de fuentes de absoluta fiabilidad, de que se están celebrando conversaciones hispanosoviéticas a muy alto nivel con vistas a instalar en las costas españolas una base naval, de tipo mercante. Los soviéticos estaban interesados en la bahía de Algeciras, pero el Gobierno Suárez no se ha pronunciado. Lógicamente, el «sí» tendría sustanciosas contrapartidas comerciales. Un funcionario soviético explicó a este enviado: «Nosotros no queremos tener bases militares en España. Los barcos rusos sólo llevan cargas pacíficas.»

(*Cambio 16*, 26 de diciembre de 1977-1 de enero de 1978.)

FELIPE EN NUEVA YORK

Había vivido Felipe una intensa jornada en Panamá, con entrevistas a «nicas» y guerrilleros salvadoreños. Habló incluso con el coronel Majano, que, sorpresa, pertenece a esa curiosa secta de los «rosacruces».

Voló después a Washington, y allí hubo encuentros en la embajada española, reuniones de la Internacional Socialista, sesiones de trabajo y hasta un acto con la feminista Gloria Steinham. Y luego, al final, Nueva York, *the Big Apple*.

Allí, un emocionante encuentro con los nostálgicos y magníficos ancianos de la Lincoln Brigade, la Brigada Lincoln, que luchó en nuestra guerra civil, que le hablaron de la represión y persecución que hubieron de padecer, al regresar a su país, por su aventura.

Una larga charla en el departamento de Sociología de la Universidad de Nueva York propició el encuentro con diversos profesores de la institución —algunos

de origen hispano— con el dirigente del PSOE.

A partir de entonces, Felipe se adentró en las junglas verticales de Manhattan, él, que tanto había luchado aquí, en España, contra aquel otro tipo de verticalidades. El líder socialista, durante un día, todo un día, fue libre en Nueva York, y en esta afirmación no hay el menor asomo de propaganda. Libre de los omnipresentes escoltas, de sus rígidos itinerarios de todos los días —de casa al coche, del coche al despacho, del despacho al Congreso, del Congreso al coche, del coche a casa—, de la imposibilidad de pasear por las calles sin ser reconocido, abordado, interrogado.

Acudió a una cueva de jazz a escuchar a un joven y prodigioso «saxo» tenor del grupo de Gillespie y al St. Michaels, a intentar ver y oír a Woody Allen y su clarinete, aunque no hubo suerte. Cenó hamburguesas en un viejo restaurante irlandés de la Tercera Avenida, y paseó en vaqueros las frías madrugadas «manhattanitas».

Tuvo, incluso, tiempo de acudir a hacer la compra a una pescadería china y a una frutería de puertorriqueños de la calle 76, y preparar una espléndida cena en el apartamento de unos amigos españoles. Porque a Felipe le encanta la cocina y es, además, un estimable cocinero. Pollo frito al ajillo y dos lubinas al horno con ensalada, rioja y fruta fue el menú con el que Felipe hizo las delicias de los comensales (...).

(Diario 16, 12 de diciembre de 1980.)

UN DIA DE EXCURSION CON FELIPE

Calle Pez Volador. Cuatro de la tarde. El barrio es una de esas áreas repletas de profesionales jóvenes, con árboles y ladrillo color burdeos. Es el domicilio de Felipe González. Afuera reposan, como los paquidermos de un marajá, los dos autocares.

España posee una floreciente industria de carrocerías para autocares y sus artesanos producen los modelos más bellos y suntuosos del mundo.

Al abrigo de tal reputación, una multinacional holandesa, la Van-Hool, decidió instalarse hace años en nuestro país y el resultado son estos dos animalitos con el alma de Pegaso, que en la espera rumian gas-oil y sueltan suaves bufidos por las fosas del freno. *Pffffff...*

Este cronista, habitual acompañante de Felipe en tantas singladuras, no quiere dejar pasar la ocasión de vivir una jornada de excursión electoral y sumarse a la apoteosis motorizada de la caravana socialista. Ha sido una buena idea esta de los autocares, posiblemente surgida de la cabeza de Julio Feo, ese sagaz sociólogo que apacienta informadores y cuida de Felipe como si fuera una madre. Julio asume con visible resignación de dominico la inexcusable necesidad de la antipatía. Socialdemócrata convicto y confeso, educado en Standford (California), una de esas pulcras granjas de

sociólogos que tienen los norteamericanos, de las que han salido todos los Amandos de Miguel con que cuenta el país, Julio, ahora, gana dinero en la empresa privada (...).

Cuatro en punto. Felipe aborda el primer autobús. Llega el líder con su pantalón gris marengo, jersey azul marino, corbata inglesa de punto de similar color, camisa azul cielo. *Look* muy francés, acaso también idea del omnipresente Feo o de los maquilladores de imagen.

Es la reencarnación exacta del póster, *de los diez millones de Felipes* que se encaraman a las farolas de España. Quizá un poco más gordo, el rostro ligeramente hinchado a causa del extenuante maratón, del pantagruélico hartazgo de distancias, nervios, fatiga, tranquilizantes. Y las gafas. La cantante Massiel tuvo la ocurrencia de regalarle unas gafas *Porsche design*, el último grito en las *boutiques* exquisitas donde reposta la *jet*, y los efectos multiplicadores que siguen al menor «tic» del ídolo ya se advierten en el autocar. Dos escoltas, dos periodistas («yo me las compré un año antes, rico», dice la gentil y radiofónica Anabe-la, *groupie* informativa del líder) y un compañero del partido, lucen las *Porsche*, a cinco mil duros.

Cuatro de la tarde. En el primer autorcar, el médico José Luis Moneo, Carmen Romero de González —traje de chaqueta gris, medias rosa, delgada, cara lavada y cansada sonrisa—, Julio Feo, *Peridis*, invitado de honor del líder. El cielo es de un irreprochable azul socialista, un póster impecable, cuando la caravana inicia la marcha. Cuenca será la primera parada, mitin en el polideportivo, y de allí, a Guadalajara.

LA PRENSA.

La prensa ocupa sus escaños en el segundo autocar. La legendaria Barbara Probst Solomon —aquella bella adolescente que vivió con Norman Mailer turbulentas aventuras antifascistas en la España de los primeros años de la victoria de Franco— me cede su último texto en el *New York Times*, mientras charla con Lucy Komisar, del neoyorquino *Newsday*, también encantadora, también locuaz, también judía. Circulan unas latas de cerveza, restos de la jornada anterior, cuando la prensa, los no habituados por primerizos, comienzan a sufrir las consecuencias de una concepción equivocada en el diseño de la suspensión del vehículo por parte del señor Van-Hool. El autocar comienza a cabecear con el balanceo marino de un barquito atunero en tarde de mar incómoda. *Oh, balancé, balancé...*

La oronda periodista sueca que navega a estribor me interroga, con delicadeza nórdica: «¿Necesito, por ventura, una bolsa de plástico?» Mi estómago, habituado a la ballesta sin contemplaciones, al bache y los guijarros africanos,

sucumbe ante los refinamientos mecánicos de la suspensión neumática (...).

PREGUNTAS,

Un alto en el camino. Felipe ha decidido cumplir el diario rito de pasar al autocar de la prensa e improvisar su comparecencia ante la canallesca.

Saludo a los nuevos y a los habituales y se instala sobre un cojín, el pupitre del asiento delantero, mirando a la voraz concurrencia. Rueda de prensa, nube de flashes, nube de preguntas. Los periodistas extranjeros preguntan esas cosas que, habitualmente, suelen preguntar los periodistas extranjeros. Felipe contesta a todos con mansedumbre.

Quizá el viejo tópico de la honradez de Felipe, no por tópico menos real, sea una de las causas de su magnetismo. Y quizá otro de los perfiles menos analizados en la personalidad del líder socialista sea el de su imaginación. Felipe es un político meridionalmente imaginativo. En cualquier conversación suya siempre surge una brizna de lo que ha estado mascando el minuto anterior, en el que siempre intenta ir «más allá». Hay en él una secreta voluntad de originalidad en sus reflexiones. Centroamérica, asunto favorito del líder, aparece en la pregunta y ruge la propuesta: una especie de mini-Helsinki para Centroamérica...

BESOS.

Manrique de Henares. Parada súbita e imprevista. Un grupo de personas se arremolina ante el autocar. Apenas tres o cuatro docenas, pero es necesario descender. El póster de Felipe sirve de bandera entusiasta, y aquellas mujeres que lloran como si estuvieran ante una Virgen le dan besos infinitos. Indescriptibles. Una de ellas enarbola una bandera roja del PCE, quizá como un coletazo de aquel eslogan de los comunistas en Andalucía —«Juntos podemos»—, acaso como portaestandarte rural e inconsciente de aquellas tesis de Dimitrov en la reunión de la Internacional del año 1935, que prescribía la estrategia de frentes populares, pactos o alianzas... Quizá sin entender de gaitas ideológicas. La entusiasmada campesina no tiene aspecto de conocer a Dimitrov.

Vuelve Felipe, algo turbado, y bromea: «Ya saben ustedes que esto estaba preparado por nosotros...»

Una típica pregunta de infiltrado sobre la OTAN trae un oblicuo chispazo de prudencia a sus ojillos picaros y una respuesta terminante: no es un asunto prioritario.

Hay otra pregunta, sobre la velada invitación de los portavoces de ETA militar, Herri Batasuna, a un diálogo para silenciar las armas eta-rras, en base a las alternativas KAS. La prudencia vuelve a hacer aparición, mezclada con la esperanza: yo soy un hombre de razón, un hombre de diálogo, y siempre estaré a favor del diálogo y en contra de las bombas...

CUENCA.

El polideportivo conquense está a rebosar. Niños, boinas, tarde de fiesta y la megafonía gritando el «Santa Engracia sound»: Hay que cambiaaarr... Virgilio Zapatero, uno de los juristas de PSOE, diputado de la cuadra de Peces-Barba, interviene con un discurso medido, pedagógico, muy Institución Libre de Enseñanza. La democracia es un sistema que permite a los ciudadanos equivocarse. Pero también les concede el derecho a rectificar esa equivocación...

Se inventaron la contrarreforma, la Inquisición, los «Cien mil hijos de San Luis», el caballero español..., los que «se inventaron» todo esto son, a juicio de Virgilio Zapatero, los responsables del secular atraso de este pobre pueblo, de España.

Y llega Felipe. La apoteosis hecha aplauso en los seis mil ocupantes del polideportivo. Pide silencio para no forzar su atormentada garganta, y habla. Y, por primera vez, Felipe habla de militares. De esos pocos, esas docenas de sembradores de odio y *cizaña*. Mensaje claro a los españoles de uniforme: esos pocos, esas docenas están fomentando la división de nuestras Fuerzas Armadas, esos pocos que preparaban un plan para tomar Madrid, en lugar de preparar un plan para defender Madrid.

Media hora después, y son las ocho, el autocar surca nuevamente la carretera hacia Madrid, camino de Guadalajara.

(*Diario 16*, 27 de octubre de 1982.)

CHINATOWN

YA HAY ZAPATOS DE DISTINTAS MEDIDAS

Al llegar a Pekín, el viajero constata, de improviso, dos certezas: la primera, el error de Hegel, al considerar que «los chinos no tienen historia». La tienen, y también en el sentido hegeliano de tal disciplina. La conocen y han extraído de ella provechosas enseñanzas.

El proceso de liberalización de las costumbres económicas y de otra índole en la China de Deng Xiaoping no es otra cosa que la revisión, el posterior desdén y, finalmente, el abandono de aquel viejo proverbio chino aplicado férreamente por Mao y sus «guardias rojos»: «Si el pie no entra en el zapato, hay que cortar los dedos...» El chino calzado a machamartillo que constituía «el hombre nuevo» maoísta por lo visto cojeaba visiblemente.

El proceso de liberalización iniciado por Deng Xiaoping parece ser que ha optado por la más razonable fórmula de fabricar zapatos de distintas medidas.

La segunda percepción que asalta al viajero al llegar a este Pekín húmedo y anchuroso, convertido en el atardecer de nuestra llegada en una auténtica

apoteosis ciclista, es el asombro que causa el advertir los niveles de imbecilidad a que puede llegar el ser teóricamente humano.

Cuando se contempla la realidad china y se busca en los restos del maoísmo — cada vez menos perceptibles—, no puede uno por menos que sentir un hondo sentimiento de generacional bochorno, por alguna rara veleidad pro china de la lejana adolescencia, y por todos aquellos burguesitos desclasados que desde el París de los sesenta hicieron maoísmo *vive gauche* y, como todo lo francés, lo exportaron a diestro y siniestro, España incluida. Si yo fuera Paca Sauquillo — antaño connotada pro china y hoy senadora socialista— me dedicaba a la filatelia.

El diputado socialista Xavier Rubert de Ventos, que acompaña al presidente González en calidad de asesor en este viaje a China, es, desde luego, más benévolo y se enzarza en consideraciones acerca de lo imprescindible que la lejanía física resulta a la hora de iniciar las singladuras de la utopía, y la pro china lo fue, como lo es para los católicos creer

en el cielo. A fin de cuentas, a China le dicen el «celeste imperio», pero también Marco Bellocchio dijo en un film que «la China está cerca».

Pues ni aún así y los chinos, el pueblo más viejo y juicioso de la Tierra, lo entendió mucho antes que Sanroma, la Sauquillo y otros maoístas de nuestra bella transición democrática. Sólo el ex chino Federico Jiménez Losantos llegó a sintonizar con Deng cuando el actual «hombre fuerte» de China aún permanecía en retiro forzoso tras aquella humillante autocrítica impuesta por Mao en aquel terrible octubre de 1966.

LA BODEGUILLA DEL EMPERADOR

Cortázar inventó aquellas historias de cronopios y famas, trasunto porteño de la concepción china del universo en torno a las dos fuerzas cósmicas contrapuestas del *ying* y el *yang*.

Un fama veía una tortuga y se reía de su lentitud prehistórica. Un cronopio, en cambio, se apiadaba de su córnea parsimonia, y dibujaba una golondrina de colores sobre la oscura pizarra de su caparazón.

Nada nuevo. En Pekín, en los viejos y miserables callejones que aún flanquean en las infinitas avenidas que conducen a la oceánica plaza de Tienanmen (puerta de la Paz Celestial), se agolpan ancianos que cuelgan de la puerta las jaulas de bambú con sus pájaros cantores. Entre los barrotes, sus dueños colocan platitos de porcelana con paisajes pintados en sus fondos, para que las aves no pierdan la sensación de vivir entre los sauces.

Pero ya quedan menos viejos con pájaros en Pekín, y también quedan menos callejones sórdidos, porque la inexorable excavadora los derriba y construye en su lugar asépticos bloques de once plantas.

En el ritmo imparable de la modernización impuesto por los nuevos amos de China, las llamadas «cuatro modernizaciones» —agricultura, industria, ciencia y tecnología, Fuerzas Armadas—, lanzadas en diciembre de 1978, están cambiando a

pasos agigantados la China actual.

Miguel Boyer asiste silencioso a los actos del viaje, mientras escucha impertérrito malintencionados chistes de inequívocas analogías fonéticas —¿le gustará a Boyer la China?— y, a veces, también suelta su bien templada ironía. Ayer, al preguntarle sobre la gran cuestión de este viaje, el escándalo del avión presidencial desviado y cuál era su opinión acerca de la elección de un plan de vuelo que contemplara el sobrevuelo de un país tan extravagante como el Irán de Jomeini, que además está en guerra y ha de soportar muy frecuentes bombardeos,

Boyer, lacónico, respondió: «No soy aviador.»

Anteriormente, en una aceleradísima visita del presidente y su séquito al Palacio Imperial o «Ciudad Prohibida», al contemplar una fuente donde los visitantes arrojaban monedas, Boyer comentó: «Es para tener suerte en las oposiciones a mandarín, que creo que son muy duras...»

También Odette Suárez de Puga, la secretaria de Carmen Romero, formuló un comentario, cuando menos transcribible, al atravesar los más íntimos apartamentos del emperador, tradicionalmente prohibidos al público y que fueron excepcionalmente abiertos para el presidente español y sus acompañantes: «Esta debía ser la "bodega" del emperador Ming.»

«EL DANUBIO» EN PEKÍN

El Danubio azul, de Strauss, sirvió a Stanley Kubrick de engarce sonoro de aquel bello ballet galáctico de una nave acercándose lenta, armónica y majestuosamente a la gigantesca base espacial de *2001, una odisea del espacio*.

El imponente Toyota que nos conduce, también majestuoso, por las avenidas interminables de Pekín, con el aire acondicionado en su punto de máxima potencia, tiene el estereo de a bordo conectado, casualmente, con una apacible versión de *El Danubio azul*, que parece acompañar y poner cadencia al plácido océano de ciclistas que nos envuelve con un despreocupado y lento pedaleo.

Tanto aman la música los chinos que, a veces, el cielo chino parece ser surcado por los sobrenaturales acordes de un órgano. No se trata de ninguna escuadrilla de querubines, reclamada por los jesuitas —recalcitrantes evangelizadores de esta tierra de paganos—, tan sólo una banda de palomas que vuela con tubitos de bambú, dispuestos como flautas, bajo las plumas del pecho y la cola.

El chino es un pueblo «bastante inteligente», como lo definió hace días el «premier» Zhao Ziyang, y prueba de su milenaria sabiduría y su acendrada sensibilidad para lo bello y lo delicado es este hermoso apólogo oriental de la paloma y el bambú. Todo lo hacen tan bello los chinos, que ambos elementos podrían muy bien convertirse en un plato de su legendaria cocina sin que el cambio resultara grosero, porque, para los chinos, la cocina parece ser otra más de las bellas artes: alitas de paloma *azucaradas*, con tallos tiernos de bambú...

Nosotros, sin embargo, venimos aquí a Pekín a ofrecerles el soez concurso del cemento y la petroquímica a este pueblo delicado, que sirve como entremés lonchas de flor de loto.

Al menos, los chupa-chups son mercancía más amable. Su vicepresidente —que figura en el grupo de empresarios— Javier Bernat Serra, hijo del dueño —así cualquiera—, espera endulzarle a los niños chinos la existencia con el caramelo y el palito.

De momento, la empresa catalana ya factura 17.000 millones anuales. Hay expectativas de que *Chupa-Chups* monte su primera fábrica en Pekín.

Mientras tanto, ayer, el libro de honor del monasterio lamaísta de la «Ciudad Prohibida», recogió una insólita presencia. Cuando el lama que mostraba a Felipe González el monasterio condujo al presidente del Gobierno hacia el libro para que estampara su firma, el jefe del Gobierno no pudo ocultar un gesto de sorpresa. En la misma página reservada para el presidente, alguien, la tinta aún fresca, acababa de estampar una singular dedicatoria: «En recuerdo de un viaje por el Extremo Oriente, Luis María Anson.»

LA PRENSA COMO PROBLEMA

Periódicamente reverdecen en el presidente González las actitudes de incompreensión hacia la función de la prensa, y este viaje ha sido una de esas ocasiones. Disgustado por el eco que el serio incidente del avión ha tenido, el presidente González no ha podido ocultar ciertos gestos de disgusto y tensa seriedad a lo largo de la rueda de prensa celebrada ayer en el Palacio del Pueblo de Pekín.

Ya en el viaje, de Madrid a la capital china, Felipe González omitió la tradicional charla con los informadores, que viene siendo habitual en los viajes presidenciales.

Posteriormente, el presidente lamentó el eco del incidente, que a todas luces ha deslucido este viaje y la importancia objetiva de los acuerdos alcanzados. Incluso Felipe González llegó a teorizar sobre lo que tiene o no tiene interés informativo, apostillando que el asunto «es algo de lo que no merece la pena hablar». Durante la rueda de prensa sugirió al traductor de inglés que no tradujera una de sus respuestas a un periodista. El corresponsal de la agencia yugoslava de noticias Tan-jug rogó «Translation, please» (traducción, por favor), tras lo que Felipe González rectificó: «Traduzca...»

Tan sólo la intervención del periodista Miguel Ángel Aguilar distendió el clima de la sala. Aguilar, a lo largo de las comparecencias presidenciales de los últimos meses, se ha convertido en una especie de «masajista informativo» del presidente, siempre presto a acudir en auxilio de las rodillas políticas de González con el benéfico linimento

del humor. Intrascendente y blando, muy propio para retirar la atención informativa de las cuestiones claves.

Aguilar cumplió muy bien su habitual papel de preservar los flancos informativos más débiles del presidente ante los malintencionados y malvados mordiscos de los perros de la prensa, en poderoso contraste con su posición de otros tiempos de defensa airada y sin cuartel de la libertad de expresión. Los tiempos y las siluetas cambian.

De momento, los periodistas no están muy contentos con tales actitudes, y la postura inicial de airear los logros y los perfiles amables de un viaje se han transformado en disgustos.

Hasta el hotel elegido es —¿deliberadamente?, dicen los mal pensados— intransitable. El Wan Shou es un antiguo caserón, a las afueras de Pekín, regentado por el partido —quizá Carrillo pasó por aquí—, desvencijado, incómodo, mal comunicado, con rojas e infinitas cucarachas entretenidas en vertiginosos *rallies* nocturnos.

Cuesta trescientos dólares diarios a cada informador. El traslado se efectúa en intolerables furgonetas. Los empresarios, en cambio, pasean en Mercedes, están en los mejores hoteles de Pekín y, además, con cargo al contribuyente. Todo gratis. Edificante.

Hace años los criadores de carpas de colores acostumbraban a mostrar sus más vistosos ejemplares en las lóbregas inmediaciones de la calle pequinesa de las Rejas de Bambú. Allí también solían anidar las llamadas «palomas ladronas». Sus propietarios las habían adiestrado pacientemente para que acudieran a los silos de arroz de otros barrios de la ciudad y llenaran de grano sus buches artificialmente engrandecidos. Cuando llegaban a sus nidos, el dueño les daba agua de alumbre y los pájaros vomitaban sus gástricos botines, tras lo cual, el dueño de las aves lavaba y secaba el arroz, para posteriormente almacenarlo en sus propios silos y venderlo.

Un criador que dispusiera de un centenar de palomas podía obtener cada día un pequeño capital al vender hasta un saquito de veinticinco o treinta kilos de grano.

Pekín es una urbe segura. En la noche las autoridades apagan casi todas las luces y la ciudad se sume en la penumbra; ciclistas y peatones no alteran su paso por ello.

Sin embargo, ¡ay!, la delincuencia también existe en Pekín, aunque no abunde ni mucho menos como en Occidente. Bandas de asaltantes y pequeños rateros se ocultan en los barrios de chabolas y ondulados tejados de cinc que las autoridades esconden tras el cómplice biombo de una tapia de ladrillos.

Deng Xiaoping lo ha denunciado en ocasiones. Y los taxistas de Pekín, que ya abundan en los alrededores de los lujosos hoteles, comienzan a utilizar pequeños

trucos con los usuarios extranjeros. Son los pequeños inconvenientes que trae consigo el desarrollo perseguido con el proceso de modernización.

Miguel Boyer, que anteaer inauguró la sede pequinesa del Banco Exterior de España con un discurso en inglés, calificó tal proceso de «irreversible».

Y hablando de Boyer, los chinos se han empeñado, dentro de esa extrema amabilidad con que nos tratan, en equivocar las partituras, y obsequiarnos con música española, que en la mayoría de los casos es mexicana.

El sábado, en la fiesta musical de despedida en Pekín, no se les ocurrió otra cosa que interpretar en presencia de la delegación española, eso de «ay chinita que sí, ay que dame tu amor...».

Y ayer, en Xian, el grupo musical, auxiliado por dos bien templadas voces — varón y hembra—, también recurrió a las canciones «españolas». *Adelita*, cómo no. Hay quien dice que cuando llegó eso de «la seguiría por tierra y por mar / si por mar en un buque de guerra», la estrofa siguiente se oyó como si dijera «si por aire y en avión militar...».

SHANGHAI

Shanghai es una ciudad oceánica, de humedad de ciénaga, acapul-queña. Caminar por sus calles es como recorrer una inmensa sauna de 6.100 kilómetros cuadrados en la que el estado natural del hombre es el del sudor. Sólo la piel laqueada y metálica de los chinos permanece imperturbable.

Shanghai ya no es aquella ciudad romántica de entreguerras, en cuyo puerto, henchido de juncos, recalaban los aventureros del mundo para sumergirse en la noche en una orgía de bruma y marineros ebrios, en las procelosas callejuelas portuarias.

De allí, seguramente, zarpó con el velamen presto un bergantín esbelto, «de nombre extranjero», a bordo del cual navegaba aquel marino «rubio como la cerveza» que inspiró las musicales lágrimas de nuestra legendaria tonadillera en la inolvidable canción *Tatuaje*.

Hoy, ciertamente, Shanghai es muy distinto, a pesar de ser la ciudad más cosmopolita de la China popular.

Pero hoy la ciudad, surcada por el «Río Amarillo», en cuyo estuario se recuesta el «bund», bulevard que acompaña al río a lo largo de su líquida peripecia urbana, ya no es la misma. El comunismo ha convertido los viejos edificios europeos de Shanghai en sedes oficiales.

Y, en cualquier caso, se advierte que aquí se fundó, en 1921, el Partido Comunista chino, siendo uno de sus padres fundadores un muchacho aficionado a la política, un tal Mao Zedong.

Por aquí pasó la «guerra del opio», Chiang Kai-shek y la guerra chino-japonesa. Y también, la «banda de los cuatro».

En la recepción que el alcalde de Shanghai ofreció a la comitiva

presidencial, en la mesa de este corresponsal se sienta Chen Nian Yu, director del diario *Liberación*, de Shanghai.

Chen padeció persecución y cárcel en los años de la «banda de los cuatro».

Los cargos: haber hablado del pasado de Jian Quing, la mujer de Mao. La «banda de los cuatro» se gestó aquí, en Shanghai, y junto a la esposa de Mao, antigua bailarina llamada entonces por su nombre artístico, *Manzana Azul*, ahora recluida en perpetuo arresto domiciliario, entretenida a base de artesanías: confeccionando muñecas.

(*Diario 16*, 5-10 de septiembre de 1985.)

MADE IN JAPAN

EL TÉ DE LAS ONCE

Japón, o la asepsia como patología. ¿Puede la limpieza alcanzar caracteres enfermizos? Entre los nipones, acaso sí. ¿Qué decir de un país donde los taxistas visten como los cirujanos y lucen incesantemente preceptivos e impolutos guantes blancos, a juego con las blanquísimas fundas de los asientos?

Japón es la placidez, la limpieza, la sencillez alarmante, la perfección como mística. Geometría por doquier.

El presidente González y su comitiva recorrieron ayer la villa imperial y el castillo Nijo, como despedida de su estancia en la antigua ciudad del shogun, el valido imperial, una especie de Godoy nipón.

Allí asistieron, a las once de la mañana, a la ceremonia del té, en un césped recién salido de la peluquería. ¿Qué es la ceremonia del té, llamada en japonés «la tradición del chado»? El profano occidental dirá, apresuradamente, que se trata de una disciplina que enseña a preparar

la aromática infusión. Falso. El «camino del té» se inició en Japón nada menos que en el siglo XII, cuando los monjes zen trajeron la planta desde China.

Los chinos son más vitalistas y, desde luego, menos ceremonioso que los japoneses y no tienen su sentido de la trascendencia. Por ello el chado se convirtió poco a poco en toda una filosofía de la vida. Es decir, que sólo los japoneses son capaces de convertir la preparación de una infusión en todo un arte marcial. Javier María Gil, un madrileño de treinta y tres años que cursa enseñanzas en la escuela Urakasenke, que sirve el verdoso brebaje al presidente español, asegura que en aprender el «camino del té» se invierte toda una vida y no se llega a dominar nunca.

El *chado* se apoya en el *wa* —armonía entre las gentes y la naturaleza, entre los utensilios y los movimientos—, el *kei* —el respeto hacia las cosas y las personas—

, el sei —la limpieza tanto física como espiritual, de ahí las resplandecientes calles de Tokio— y el jaku —la tranquilidad, la paz interior—. En torno a ello se ha trenzado un curioso y aromático sacerdocio, toda una práctica interdisciplinaria referida a cómo preparar el té, el aspecto de los utensilios, diseño de las estancias donde ha de servirse, la literatura, la paz interior, la descarga de energía mientras se muelen las hojas, o las prácticas de relajamiento al tiempo que hierve el agua. Los chinos, en cambio, se lo toman de un trago y en paz.

EL EDIFICIO EN FORMA DE L

Estos días tiene lugar en Tokio el gran campeonato de otoño de Sumo, esa modalidad de lucha japonesa en la que se enfrentan dos gordos inmensos en un círculo. Se trata de expulsar del ring al contrario. Los obesos gladiadores, alimentados como ocas para la lucha, se abalanzan furiosos uno contra el otro, creando un fuerte oleaje de grasas en el reducido ring circular.

Ayer en Tokio, los periodistas catalanes que nos acompañan perpetraron la celebración de un evento deportivo al menos tan exótico como el espectacular Sumo, y, desde luego, mucho más desternillante: la celebración de una típica torre humana, una «trobada de castells», pero a la viceversa, es decir, con los bajitos y débiles en la base y los gordos en la cima.

Fue tan sólo uno más de los actos que con motivo de la Diada nacional de Cataluña propusieron los informadores catalanes que acompañan al presidente del Gobierno en su visita a China y Japón.

Había sardanas, «campionat de butifarra e dòmino» y demás. Al final hubo copas y un pequeño festejo en la sala de prensa, al que asistió el ministro Solana, Chenchó Arias, director de la OÍD, y Fernando Puig, de la presidencia. Todos ellos entonaron *Els Segadors*.

Los animadores principales de este insólito guateque fueron los activos muchachos de TV-3, la tele catalana, la mejor y más rigurosa de España con mucha diferencia. A este viaje han enviado un equipo de siete personas auténticamente geniales.

Y en el mediodía de ayer un grupo de informadores visitamos el *Asahi Shimbun*, un discretito periódico que tira todos y cada uno de los días del año la modesta cifra de doce millones y medio de ejemplares. Algo así como el *Adelantado de Segovia*.

El gigantesco edificio en forma de L, en el que se aloja el *Asahi* el periódico de más venta en el mundo y, desde luego, el más avanzado tecnológicamente, está en el centro de la ciudad de Tokio y cuenta con tres mil periodistas, de los cuales mil quinientos trabajan en Tokio. Su sistema de trabajo bascula entre la tradición japonesa y la ciencia-ficción. Teclados de ordenador que recogen siete mil ideogramas o signos de escritura japonesa, y un gimnasio en la planta baja, donde los redactores hacen un *break* en la mañana para relajarse, meditar, hacer yoga, *jogging* u hostigarse los abdominales.

Símbolo y emblema del empuje poderoso de este país imparable que lleva

camino de convertirse en líder mundial en pocas décadas, el *Asahi* no cuenta con los casi setenta premios Pulitzer que tiene el *New York Times* en lá redacción, pero vende doce veces más.

GONZÁLEZ Y SOLANA, REPORTEROS

Roppongi es la encrucijada *in* y posmoderna de Tokio, la ciudad con las chicas mejor vestidas y los diseñadores de moda —Adolfo Domínguez *dixit*— mejores y más cotizados del mundo.

Nadie sabe por qué misteriosos mandatos magnéticos, súbitamente, las ciudades trasladan sus centros de reunión sofisticados y frecuentados por «gente guapa», que en todos los lugares hay, de una esquina a otra. Y por qué la *rive gauche* siempre fue distinta de la *rive droite* o el bulevar de la Castellana permanece insoportable en unas zonas, desértico en otras, tan sólo unos metros más allá.

El ser humano, animal de querencias, puede que se congregue atraído por invisibles pólenes primaverales, un vago microclima urbano, una sombra o un rumor.

En Tokio, en el cruce de Roppongi, donde se asienta la cafetería, *snack* y restaurante *Almond* y su fachada rosa, de seis a ocho de la tarde —los japoneses no son trasnochadores—, se congrega una densa multitud de jóvenes y no tan jóvenes de ambos sexos que buscan rápida y efímera pareja para la cena de la noche, la sobremesa y, si hay suerte, el desayuno. El lugar es angosto y hasta desangelado, y el *Almond*, un lugar algo destartalado, como el famoso *Rainbow* dubli-nés, ya desaparecido.

El ministro Solana paseó hace un par de días por Roppongi, pero a horas más inocentes y diurnas. Posiblemente buscando alguna *cámara* fotográfica como la del presidente González, ahora que a ambos parece haberles entrado una especie de frenesí vocacional por el periodismo tardío. Yo creo que los españoles hemos ganado dos políticos —no sé si buenos o malos, el tiempo y la historia lo dirá—, pero hemos perdido, en cambio, dos periodistas que a buen seguro hubieran sido de Pulitzer.

Solana, por su parte, se ha desvelado por atender a la prensa y sus *briefings*, hay que reconocerlo, son los más detallados y completos que hasta ahora hemos recibido de ningún miembro del Gobierno socialista. Lo hace muy bien, aunque hace encomiables esfuerzos para explicar lo que no tenía explicación.

La frustrada vocación por el periodismo se le nota a Solana en cada episodio con la canallesca.

Claro que a veces tiene algún ligero tropiezo. Ejemplo: hace días, hablando de una antigua cubeta de baño, al preguntársele si la madera exudaba algún tipo de olor, el ministro decidió convertirse en corrector de estilo; los olores no se exudan, sólo los líquidos, respondió, sin recordar esas maderas que con el calor exudan aromáticas resinas; desde luego fue un poco fuerte el lance, sobre todo para el

autor de aquel inolvidable *treceavo*.

(*Diario 16*, 12-14 de septiembre de 1985.)

ESTAMPAS DE UN VIAJE AGRIDULDE

El sábado 14 de septiembre, a las diez de la mañana, despegaba del aeropuerto de Tokio el avión presidencial con destino a Madrid, tras once días de intenso periplo por Oriente. Seis horas más tarde, sobrevolando el polo Norte, el avión rebasaba el paralelo 80 y súbitamente los pasajeros, en un einsteniano retroceso en el tiempo, revivíamos el pasado, la noche del viernes en el bullicioso Roppongi de Tokio, pero ahora con hielos, oscuridad y sin neones. Los altavoces de cabina lo anunciaron escuetamente al pasaje: «En estos momentos son, nuevamente, las once de la noche del viernes...»

ALASKA, EN CINERAMA. Como una wellsiana «máquina del tiempo», el DC-8 de la fuerza aérea española sobrevoló majestuoso los icebergs polares, como diez días antes hiciera con los nevados riscos del Hima-laya; nos mostró a los asombrados viajeros Alaska en cinerama. La estrella polar sobre nuestras cabezas y la aurora boreal —el propio Felipe González nos previno: «Estad atentos al espectáculo»— rasgando el negro cielo con inmensos jirones de blanca escarcha. A bordo la vida transcurría con el «tempo» y la monotonía aburrida de las turbinas, rota tan sólo por la esporádica visita de algún habitante de la zona noble que se aventuraba, de vez en cuando, a someter a una breve inspección ocular a la canallesca hacinada en la bodega de galeotes. Javier Solana, ministro de Cultura, que se desvive, ya lo hemos dicho, por informar y cumplir con su misión de portavoz. Odette, la simpática y activa secretaria de Carmen Romero —«sábado, sabadete, el cumpleaños de Odette», fue el chascarrillo de la jornada, a propósito del treinta y tres aniversario de esta chica—, nos sirve una tarta para festejarlo. Odette habla con descuidada displicencia, con esos dorsales, la «y» griega guaraní y otras fonéticas de cancillería que denotan sus orígenes de niña-bien muy bien criada, hija de embajador, y que, en cualquier caso, son muy propias para ese «gatopardo» a la viceversa que desde hace tres años escenifican en Madrid Felipe y Carmen, esos dos muchachos de provincias.

Han sido todas ellas, y en cualquier caso, pinceladas peculiares de un peculiarísimo viaje que comenzó con mal pie y se enderezó posteriormente, y que, al igual que algunos platos de la legendaria cocina cantonesa que disfrutamos en Shanghai, careció de sabores rotundos y dejó en la pequeña historia y en las hemerotecas un cierto aroma agridulce.

EL VIAJE DE LOS EMPRESARIOS.

La particular concepción que de la democracia tiene Felipe González presupone que con el voto se adquiere el jupiterino derecho a irrumpir en todos los ámbitos — prensa, jueces, empresarios, profesionales—, incluidos los que en las democracias permanecen siempre intocados por el poder político. Pero siempre subrepticamente, sin hacerlo a la luz del día. De ahí el intento previo de desvincular la represalia contra José María Cuevas, excluyéndole del viaje a China, de las críticas al AES del presidente de la CEOE.

En cualquier caso, la inclusión de treinta y dos empresarios en la comitiva presidencial ha sido una buena idea, tomada por otra parte de Margaret Thatcher, quien en cada viaje que realiza a un país extranjero se hace acompañar de una auténtica nube de empresarios ingleses, que se dedican a vender frenéticamente mientras *Maggie* reparte británicas sonrisas.

Felipe González ya pensó, antes de acceder a la presidencia, en utilizar a los empresarios para menesteres de Estado, y más específicamente en la diplomacia, como embajadores. «Si usted ha sido capaz de enriquecerse vendiendo maquinaria, pongamos por caso, yo le doy ahora la oportunidad de vender un producto mucho más sublime: España...» Esta era la idea, nunca puesta en práctica, de Felipe González.

En cualquier caso, la compañía presidencial ha sido un infalible catalizador para redondear y cerrar operaciones, y hay empresarios que le quedarán al presidente González eternamente agradecidos, y no solamente por la rara oportunidad de recorrer China y Japón en tan importante compañía, sino por lo que un empresario definió como la «vaselina del presidente».

Junto a las comerciales, las relaciones políticas y económicas entre los dos gigantes de Oriente son «óptimas», en opinión de una alta personalidad nipona. Una de las explicaciones: el adversario común —por no decir potencial enemigo— que es la URSS.

LOS TRIPLES LENGUAJES.

Los comentaristas que siguen al presidente del Gobierno, Felipe González, desde hace tiempo ya conocen sus debilidades y sus ganas de agradar repitiendo el mensaje que más les plazca a anfitriones o invitados. De ahí las contradicciones en las que a veces incurre la política exterior española y que ha sumido en la perplejidad en más de una ocasión a los embajadores acreditados en Madrid.

En este viaje Felipe González también ha caído en éste. La condena de la militarización del espacio por parte del «premier» chino Zhao Ziyang fue respondida por una terminante condena por parte de Felipe González del SDI o IDE, Iniciativa de Defensa Estratégica, o «guerra de las galaxias». Javier Solana informó amplísima y puntualmente del encuentro entre los dos líderes políticos, así como de la firme oposición de Felipe González al SDI.

Los titulares de los diarios en Madrid recogiendo tal postura hicieron que Felipe

González reprendiera a su ministro —«Esto no puede ser», le dijo durante la visita a la Gran Muralla— por su locuacidad, al tiempo que en posteriores comparecencias ante la prensa el propio presidente rectificaba a su ministro-portavoz, señalando que el Gobierno no tenía una postura fijada sobre el SDI.

Sería, sin embargo, en Tokio donde las palabras presidenciales provocarían un mayor grado de estupor y confusión entre el auditorio. Decir que el PSOE nunca ha sido marxista a buen seguro que ha sumido en la perplejidad y el desconcierto a los estudiosos del socialismo hispano, por no hablar de la Fundación Pablo Iglesias.

El pragmatismo, la moderación y la sensatez política son cualidades que adornan a Felipe González. Su curiosidad de espongiario le hace aficionarse y absorber las cosas más dispares, la penúltima de las cuales parece ser la sabiduría china embotellada en proverbios. Dice el Tao: «Quien puede dar nombre a las cosas es soberano de ellas...»

(*Diario 16*, 16 de septiembre de 1985.)

THE BUENOS AIRES AFFAIRE

EL COLECTIVO

Buenos Aires vive estos días sus primeros calores primaverales, que sorprenden a la comitiva presidencial española, instalada mentalmente en los lluviosos aires otoñales de Madrid. Las viejas calles porteñas, tan queridas e injuriadas por aquel ciego luminoso, que las historió como nadie, que fue Jorge Luis Borges, observan impávidas y distraídas el discurrir del autocar, el «colectivo» de los informadores españoles que realiza el trayecto desde el aeropuerto de Ezeiza hasta el centro de Buenos Aires.

El guía de Meliá que nos ilustra sobre los encantos y las peculiaridades turísticas de la vasta macrópolis (unos doce millones de habitantes, incluidos los cinturones del gran Buenos Aires, casi el 40 por 100 de los treinta y un millones que pueblan la Argentina) se llama Ignacio, un personaje tan desternillante como aquel tocayo suyo, *Ignatius Reilley*, el héroe de *La conjura de los necios*.

Ignacio, micrófono en mano, esmalta sus desordenadas descripciones del paisaje urbano con comentarios sociopolíticos que en nada envidian a los chistes de Lenny Bruce, como si fuera una especie de Woody Alien sarcástico, porteño y burlón.

El obelisco de la también vasta avenida del 9 de Julio, «de sesenta y siete metros, aunque aún no sabemos para qué sirve», le da pie para hablar de estudiantes, porque «hoy toca huelga de bancos». Las escuelas están repletas de estudiantes, porque, «como saben, la enseñanza en Argentina es gratuita en todos sus niveles...».

Ignacio, polaco de origen, es todo un prototipo del porteño socarrón, ingenioso y desencantado que se encierra en esa desesperanzada eclosión sentimental que a

veces es el tango —por allí está Corrientes... ¿Recuerdan aquel tango que dice: «Corrientes, tres, cuatro, ocho...»?—, que Ignacio tararea ante la constipada membrana del micrófono de a bordo, acaso para ahogar con el humor del desencanto la galopante inflación —el peaje de la autopista ha subido un 40 por 100 sobre el precio del día anterior— y los sueldos de miseria —un salario cualificado, doscientos dólares, unas veinticinco mil pesetas mensuales...

TANGO

Decía Schopenhauer que la música es tan inmediata como el mundo, significando la posibilidad de su existencia independientemente de la virtualidad del primero. Si la música es esencialmente pasión, el tango es la expresión nostálgica de esa pasión, a veces belicosa y pendenciera, lamento o desventura otras, y la esencia musicalmente más definitoria del alma argentina. (...)

En la noche del miércoles, el presidente Alfonsín ofreció a Felipe González y a su comitiva una espléndida velada musical en el soberbio teatro Colón, de Buenos Aires, grandioso coliseo, todo un vestigio de aquellas décadas de esplendor — finales del XIX, principios del XX— en las que la Argentina rivalizaba con las naciones más prósperas del planeta.

El variado programa, como ejemplo de la pujanza cultural y musical de la Argentina —el folclore del grupo Huancara, la misa criolla de Ariel Ramírez—, fue, sobre todo, la gran apoteosis del gran señor de la noche, el tango, el mismo que extasía a las audiencias de Broadway, a los reverenciales aficionados de Tokio o al público bullicioso y trasnochador del Viejo Almacén de Buenos Aires. María y Carlos Rivarola, bailarines de porcelana, son el preámbulo a la voz de un clásico, Roberto Goyeneche, olvidándose en la escena de su acelerado «parkinson» o la ensoñación académica de Julio Bocea —conocido y admirado por los aficionados madrileños— y Raquel Rossetti, o los treinta profesores — entre ellos, cuatro bandoneones y un arpa— de la Orquesta del Tango de Buenos Aires.

Tras la velada musical, las vastas galerías del teatro Colón acogieron a un público selecto, con gran profusión de esmoquines, el «todo Buenos Aires», que compartieron un *buffet* regado con champán Moët Chandon, detalle personal de Alfonsín, dispuesto a «que no faltara de nada» para sus huéspedes, «sus amigos españoles».

En la noche, algunos miembros de la comitiva acudieron al Viejo Almacén a disfrutar del «otro Buenos Aires», de la danza canalla y de puñales del arrabal, en una inacabable noche de tango ilustrada musicalmente por los inquietantes estertores del bandoneón.

VACA BLANCA, VACA NEGRA

El elaborado pragmatismo ideológico de Felipe González, junto a sus inocultables tendencias a un cierto didactismo, a veces de una en-ternecedora e

ingenua sencillez, le llevan a sentirse intelectualmente cómodo en ese parabólico mundo del Tao, cuya plasmación sintética más repetida se residenciaría en aquella ya legendaria frase de Deng Xiaoping y que González hizo suya, según la cual, «gato blanco, gato negro, tanto da. Lo importante es que cace ratones...».

En Argentina el presidente del Gobierno español —que ha vuelto a citar a Deng— ha parafraseado aquel aforismo oriental y felino para sentar un mensaje que, tras la conveniente transustanciación agropecuaria y porteña, podría quedar en algo así: «Vaca blanca, vaca negra, tanto da. Lo importante es que produzca leche.» Su pragmatismo ya ha sido convenientemente resaltado por políticos, observadores y medios de comunicación bonaerenses.

La obsesiva búsqueda de resultados, soslayando impedimentos de tipo ideológico o de cualquier otra naturaleza, le llevan al presidente a defender con energía, a veces excesiva, su indoblegable preocupación por las cuentas de resultados.

Su intento de explicar el socialismo democrático desde la ardorosa defensa de la economía de mercado le llevan siempre, indefectiblemente, a los viejos esquemas correctores del pensamiento democristiano que, desde siempre, propugna «la internacional verde», teledirigida desde Roma por los oscuros, enlutados y sagaces gurús de la economía cuasi confesional de la DC.

El socialismo, según González, está a favor de la economía de mercado, pero huyendo de los excesos del liberalismo salvaje. El Estado debe ejercer su papel de mediador y corrector de desigualdades, pero sin rebasar ese papel. Indalecio Prieto, y Felipe González le cita la sentencia con frecuencia, dijo aquello: «A fuer de liberal soy socialista.»

Lo único que sorprende es ese ingenuo y autosatisfecho pavoneo presidencial cuando dice «si liberales y derecha coinciden conmigo, qué le voy a hacer», y es que, si repasamos cualquier manualito en los que se presenta la sutil presencia de aquella doctrina católica nacida de las encíclicas papales, eso ya está todo ahí, desde hace décadas...

LAS «COLAS» PORTEÑAS

Una de las atracciones de Buenos Aires, junto al tango, la milonga y los atardeceres de sus calles, despiertas «por la corneta del manisero», reside, sin duda, en las legendarias «colas» de las porteñas. Nada que ver este vocablo local con las interminables hileras de frustrados consumidores soviéticos o polacos ante los despachos de leche y pan, ni siquiera con los refrescos, más o menos aproximados, de zarzaparrilla. Las «colas» son las posaderas, las popas, atributo que distingue, por su recia y especial morfología, a las felices paseantes de Buenos Aires.

Se diría que la sobreabundancia proteínica de la tozuda dieta cárnica de las porteñas se deposita preferentemente en esta ampulosa región de sus anatomías. Y ellas lo saben. Y cuidan y miman sus grupas, que, en los paseos vespertinos de la

Recoleta, producen automáticos, unánimes e indisimulados movimientos de cabeza en los porteños, desasosegados por pólenes primaverales de esta berrea urbana y totémica en torno al culo femenino.

Porque en Buenos Aires es primavera, y los anuncios de prensa de los gimnasios más desvergonzados lo explican diáfanoamente: «Llegó la primavera. Pon a punto tu "cola"...»

Se trata, en suma, de aplicar el *body-building*, el culturismo y las pesas, no a tríceps, trapecios o abductores, sino a los vastos y honorables glúteos bonaerenses, que son así esculpidos por poleas y mancuernas hasta adquirir su singular silueta, anchurosa y firme, oronda y respingona. Tras concienzudas y sudorosas sesiones de «*cola-building*» y después de enfundarse epidérmicos *jeans* o infinitesimales tangas se lanzan a las calles de Buenos Aires o a las arenas doradas y grandes de Punta del Este con el resultado ya descrito.

El presidente González llegó en la tarde del sábado a las cataratas del Iguazú, lugar de sinfónicas aguas, donde, probablemente, el Hacedor hizo el ensayo general para después escribir el Génesis. Allí posó, en «este paraíso», con su paciente y proverbial amabilidad, para todo el que quiso fotografiarle o fotografiarse. Entre éstos, un grupito de afortunadas poseedoras de «colas» indescriptibles, que tomaban el sol en la piscina del hotel Internacional, en el confuso reino del tigre, rodeadas de selva, iguanas y papagayos. El presidente de España puso así un cabal broche fotográfico a una visita oficial de cinco días, posando, como un Hugh Heffner tropical, rodeado de «colas» y, como el Primitivo y Celeste Promotor del Iguazú, el sexto y séptimo días, Felipe González descansó. Un día más, porque todavía hay clases.

(*Diario 16*, 30 de octubre-2 de noviembre de 1987.)

URUGUAY

MONTEVIDEO

El pasado pecuario y estabular de Felipe González, su juventud de ordeñavacas, encuentra en este viaje a América frecuentes ocasiones para la evocación de los cálidos y ácidos aromas de la ya lejana cuadra familiar, para ejercitarse en la pastoral nostalgia del estiércol. Sesenta millones de cabezas de vacuno en la abandonada Argentina, siete millones en el recién revisitado Uruguay, y, por si fuera poco, se estudia una escala técnica en Ecuador, donde Felipe hablará con el presidente, Febres Cordero —y fíjense en el nombre—, a quien Felipe confesaría en su último encuentro, tras la contemplación de un evento ganadero: «A mí, esto me tira...»

Pero hay otras cosas en Uruguay, además de cabezas de ganado. Montevideo, por ejemplo, que nos recibe gris y desierto, festejando el Día de Todos los Santos,

con sus gentes aún bajo los efectos de la resaca futbolera tras el triunfo continental del Peñarol. Montevideo sigue aún sin resolver la concienzuda controversia en torno a su bautizo —¿Monte Santo Ovidio o el grito del navegante portugués: *Monte vide eu* (veo monte)?—, aunque cree ser la primera hipótesis.

De momento, la ciudad «sin Tirano Banderas sigue liberada de re-publiquetas geográficamente hermanas —habla Juan Carlos Onetti—, repostada indolente y pacífica ante en el espejo gris en el que se muere el río de la Plata; ése que Gómez de la Serna tildaba de "río serio" por tener solamente una orilla». Y con mucha razón, porque el estuario platense esparce su vasta cintura fluvial en una distancia de doscientos kilómetros, paradigma de emblemas de este subcontinente colosal, don-de, como escribió uno de nuestros buenos hombres de pluma, todo es gigantesco, los crímenes y las tormentas. En Montevideo —1.200.000 habitantes, de un país que no llega a los tres millones, con una superficie algo mayor que la de Andalucía— demasiadas madres enseñan a sus hijos a hablar evitando el «papá, mamá» y otras pamplinas, para orientarse hacia construcciones gramaticales más complejas, pero de mayor eficacia recaudatoria: «Dame una moneda...»

REPÚBLICA DE LAS LETRAS

Hablemos hoy de los periodistas, esa infame turba que acompaña al líder y su séquito por tierras americanas.

Los antaño perseguidos, calumniados, injuriados, maltratados, despreciados, insultados, ofendidos *Satanes* de la prensa, hoy reciben *velvet treatment*, consideración de terciopelo por parte del séquito presidencial. Se alberga una sospecha en los que formaban este colectivo de malhechores: los tres millones de votos de clases medias urbanas ilustradas —dicen sus pedantes sociólogos— se han ido por el desagüe de papel de los periódicos hacia los pozos negros de la abstención, acaso algunos hacia más nauseabundas cloacas, huyendo inexplicablemente de la fragante rosaleta felipista.

Se constata así que les afecta y que el viejo principio pedagógico según el cual la letra —aun la constitucional y democrática— con sangre entra, sobre todo cuando la hemorragia se produce con los saludables palmetazos propinados con la vara de medir ciceros.

Nunca es tarde, aunque cabe el postrer desasosiego de pensar que la mansedumbre de hogaño es fruto, antes que de las convicciones, de la mera, taimada e instrumental reflexión pragmática y no de la coincidencia espiritual con aquel botarate de Nueva Inglaterra llamado Jefferson.

Aquí todo es, en cambio, distinto, y acaso nuestra representación debería tomar buena nota.

La República Oriental de Uruguay es, en realidad, una auténtica república de las letras, casi una gigantesca redacción. ¿Que por qué? Hasta los bedeles recogen en sus humildes *curricula* la fundación de un semanario.

El presidente de la República, Julio María Sanguinetti, es periodista de ancho historial como cronista, editorialista, director y fundador de revistas y diarios. Igual que su vicepresidente, Enrique Tarigo, ex director del diario *El Día*, fundador y director del semanario *Opinar*; o el responsable de presidencia, *Semino*; o el presecretario de la misma, Walter Nessi; o el poderoso senador y líder del Partido Colorado (en el poder), Jorge Batlle, hijo a su vez del también periodista Luis Batlle, ex presidente de la República y fundador de *El Día*.

Hasta Marta Canessa, señora de Sanguinetti, ha velado las armas informativas en semanarios, diarios y televisión.

Origen o consecuencia de tal frensí: un país con menos de tres millones de habitantes compra diarios de centenario historial con tiradas europeas, como *El Día* o *El Diario*, próximos a los cien mil ejemplares.

El resultado lo escribe Onetti hablando de Montevideo: «Como en todo el esférico mundo, allí se nacía y se moría, con preferencia en una cama...» ¿Enterados, señores González y compañía?

(*Diario 16*, 3-4 de noviembre de 1987.)

ATERRIZA COMO PUEDES II

Al presidente González, y de paso a todos los que le acompañan, no parecen sonreírles los hados aeronáuticos. Tras aquel accidentado viaje a China del año 1985 y la escala forzada por un fallo mecánico en Brasilia el pasado mes de junio, ahora, cuando el periplo por América le acercaba felizmente a su fin, pendiente tan sólo la breve estancia de dos días en México, el avión presidencial sufrió ayer una increíble odisea aeronáutico-bananera cuyos acentos bufos la asemejan a un inquietante y dramático vodevil amazónico.

La llegada al aeropuerto de Guayaquil tuvo lugar según el ceremonial previsto: los soldados montaban guardia en perfecta y marcial formación, la misma postura que seguían manteniendo, ya de madrugada, siete horas después, bajo una noche venturosamente cálida y estrellada.

El pabellón que nos acogió a delegación y periodistas —que, excepcionalmente, hicieron el trayecto desde Montevideo en el avión presidencial—, pomposamente denominado suite presidencial, es un pequeño edificio enclavado en las dependencias militares.

El secuestro del presidente Febres Cordero, a manos de militares, en enero de este año, que se saldó con varios muertos, acaso *añadía* dosis extras de tensión a los cuatro guardaespaldas que custodiaban al mandatario ecuatoriano, cada uno de ellos con una parda bolsa colgada de la cintura, en cuyo interior se advertía el hondo pistolón, el dedo y el gatillo.

Los periodistas físicamente más próximos a Febres Cordero sintieron en más de

una ocasión el perentorio y metálico contacto de las mochilas contra sus riñones.

Por el pabellón deambulaban soldados, oficiales y generales, pulcros y hoscos, obedeciendo a regañadientes, algunos de ellos, las órdenes de Febres. Uno de ellos, el general Raúl Cursini, expulsó de su despacho a los informadores que infructuosamente intentaron usar el teléfono.

A las cuatro de la mañana, por fin, se anunció la interrupción del viaje y los pasajeros acudimos al avión para recoger equipajes de mano.

Un desvencijado autobús Ford del ejército, que seguramente acompañó a McArthur en la campaña del Pacífico, realizó el traslado, y la «sencilla operación» que consistía en reemplazar una tuerca ofreció a los ojos de los informadores un espectáculo ciertamente aparatoso: dos de los gigantescos motores del DC-8 estaban abiertos chorreando aceite, mientras media docena de mecánicos forcejeaban frenéticamente con las metálicas visceras del viejo paquidermo, que ya lleva a sus espaldas más de veinticinco años de servicio.

Se hizo un oscuro silencio entre los periodistas que iluminaban la escena con los flashes de las cámaras de televisión y más de uno pensó que lo que allí faltaba no eran tuercas, sino tornillos. Y no precisamente al DC-8.

(*Diario 16*, 6 de noviembre de 1987.)

FELIPE, EN HARVARD

Cerca de los lánguidos y refinados escenarios de Scott Fitzgerald, de las lujosas costas del *Gran Gatsby*, donde aún se solaza la aristocracia americana de la Costa Este; relativamente próxima a los veleros de Hyannis Port o al trágicamente célebre puente de Chappaquidick, donde el senador Edward Kennedy enterró, junto con su secretaria, su futuro político; no lejos de allí, en Cambridge, estado de Massachusetts, se encuentra Harvard, la universidad más antigua de Estados Unidos —fundada en 1636— y posiblemente el lugar con mayor concentración de neuronas por metro cuadrado de todo el planeta, donde es posible, y hasta probable, que el visitante coincida con un par de premios Nobel consumiendo un frugal sandwich en un austero comedor estudiantil, acompañados por alguno de los 15.000 alumnos o de los 3.500 profesores que conviven en el modélico —González *dixit*— centro universitario.

De Thoreau a Russell o Henry James, pasando por Henry Adams, T. S. Elliot, Walter Lippmann o Norman Mailer, la nómina de celebridades que han transitado por las aulas de Harvard es interminable. Entre ellas, seis presidentes de Estados Unidos —incluido John Fitzgerald Kennedy— y también el virtual candidato demócrata a tal presidencia y gobernador del estado, Mike Dukakis, que se graduó en derecho en 1960 y, posteriormente, en 1979, sería profesor y responsable de uno de los cursos de la universidad.

Desde el pasado jueves, 28 de abril, Harvard cuenta en sus anales con un nuevo récord: la presencia, por primera vez, en una de sus tribunas de oradores, de un presidente de Gobierno de la España democrática: Felipe González Márquez.

En el auditorio musical de Harvard, bajo los nombres en caracteres romanos de Schubert, Mendelssohn o Chopin, posiblemente nunca la personalidad de un orador haya ofrecido un contraste tan áspero y chirriante con el legendario escudo de la universidad: los tres incunables abiertos, que sirven de soporte a las tres sñabas de una única palabra, solitaria, terminante y magnífica, escrita en el idioma de Virgilio: *Veritas*, Verdad.

SARCÁSTICO ADORNO.

La invocación del concepto, manantial originario del saber, la ciencia, la cultura, colocado bajo el podio de oradores que acogió al conferenciante, fue un sarcástico adorno para un viaje —el de Felipe González, durante los días 27, 28 y 29 de abril— que ha estado rodeado de una interminable retahila de silencios, ocultaciones, simulaciones, engaños, medias verdades o, simplemente, embustes, algo que ya comienza a ser divisa y rasgo definitorio de eso que llamamos *felipismo*. Ciertos colaboradores del presidente comienzan a parecerse en algunos de sus comportamientos a esos «albóndigas» de las películas estudiantiles americanas como *Zafarrancho en la universidad*.

Digamos, en primer lugar, que todo el viaje ha sido un cúmulo de frustraciones para los informadores que acompañábamos al presidente del Gobierno español, al que tan sólo pudimos acercarnos en la rueda de prensa del último día, sin participar en uno solo de los actos a los que estaba invitado.

El suceso más estrambótico, sin embargo, acaso fuera lo insólito que supone la comparecencia en tan docto ámbito, «sin un texto escrito», tal como se informó a la prensa. Por supuesto, no era cierto. El discurso estaba escrito —aunque el presidente siempre *añada* sus conocidas «morcillas» y repentizaciones— y de lo que se *trataba era* de que los periodistas no lo conocieran previamente.

Quizá, también por temor a la escasa sustancia del mismo, porque la intervención de Felipe González en Harvard, ante medio millar de personas, en su inmensa mayoría españoles, fue una sucesión de tópicos bien conocidos ya por los frequentadores de sus intervenciones, sin sistematizar, sin ideas originales y salpimentado por dos o tres «humoradas» que provocaron risas hispanas en la sala, acaso como tributo del presidente a uno de sus ídolos, el relator de chistes Paco Gandía.

Y un par de grandes inelegancias: hablar de transición española como si hubiera comenzado en 1982 —la inflación se redujo del 15 al 4 por 100, y no desde el 30 por 100 de 1976— y vapulear dialéctica y despiadadamente a un anciano que le preguntó por la ayuda española a Cuba, utilizando para ello todos los viejos argumentos del anticomunismo, mil veces manejados por González en el Parlamento español.

Al final, uno de los asistentes lo definió así: ha sido un *High School paper*, un

papel, una intervención de bachillerato.

González desaprovechó la ocasión para hacer un discurso de altura —los ha hecho otras veces— a tono con el escenario que le acogía.

CON MIKE DUKÁKIS.

La Cámara estatal del Gobierno de Massachusetts es un vetusto edificio construido a finales del XVIII, con una gigantesca cúpula recubierta de oro de veintitrés quilates, que sirve de mojón cartográfico de Boston, en una función similar a la del kilómetro cero de la Puerta del Sol madrileña.

En su interior tiene su despacho el gobernador y «gran esperanza blanca» del partido demócrata, Mike Dukakis, cincuenta y cuatro años, abogado y antiguo corredor de maratón —terminó la prueba en el puesto cincuenta y siete de la carrera celebrada en Boston en 1951—, casado con la hija de un violinista sinfónico, Kitty, una mujer elegante, refinada y judía, circunstancia esta última que a juicio de algunos observadores explica el visible apoyo que el *New York Times* otorga a este hijo de emigrantes griegos.

Dukakis habla un estimable castellano aprendido en Lima, en el seno de una familia peruana con la que convivió.

Un comentario lateral en una entrevista en TVE acerca de Felipe González —«parece un buen tipo»— acaso movió al presidente del Gobierno español a desplazarse a Boston, aprovechando una invitación de la Universidad de Harvard, para conocer a quien, hoy, ya tiene posibilidades razonables de convertirse en el hombre más poderoso de la Tierra, en presidente de los Estados Unidos de América.

La tosca estratagema de Moncloa, pretendiendo adjudicar a Dukakis la iniciativa para celebrar la entrevista —que duró treinta y cinco minutos, en su despacho de gobernador, con una biografía de González sobre la mesa—, no ha servido de mucho.

Es más, el encuentro puede ocasionarle al Gobierno español algún contratiempo, sobre todo, porque su posible rival republicano, Bush, es el vicepresidente de EE. UU., con cuyo Gobierno el Ejecutivo español tiene abiertas cuestiones tan delicadas como la renegociación del Tratado hispano-norteamericano. No es extraño que el encuentro entre Dukakis y González fuera calificado por un portavoz de la campaña electoral de Bush como *disturbing* (perturbador).

Conscientes del tropezón, los responsables de Moncloa han pretendido enderezar la situación a través de una supuesta imagen de equidistancia entre los dos candidatos, puesta de manifiesto por González en su rueda de prensa. Incluso han llegado al increíble gesto de manipular los informativos de TVE, propiciando que en las informaciones que se elaboraran sobre la entrevista con Dukakis se introdujeran imágenes de archivo que recogieran alguno de los

encuentros de González con el vicepresidente Bush.

Se trata de intentar mitigar así el malestar en el seno de la Administración republicana por lo que parece una sutil —y arriesgada, por otra parte— apuesta de Felipe González por uno de los candidatos, Dukakis, por más que a lo largo de la rueda de prensa, insistiera en restar importancia a la visita que calificó «de cortesía».

(*Diario 16*, 1 de mayo de 1988.)

GONZÁLEZ VIAJA A WASHINGTON

El presidente del Gobierno, Felipe González, viajará próximamente a Washington —del 17 al 20 de este mes— después de una larga ausencia de cuatro años. El viaje tendrá, inevitablemente, un fuerte acento electoralista, en el que el jefe del Gobierno utilizará *macluhaniana-mente* la televisión para derramar sobre el PSOE, desde la *aldea global*, el maná electoral *vía satélite* que se derive de una estruendosa cobertura televisiva del viaje presidencial. Está prevista, incluso, la realización de los telediarios desde Washington, con el rostro totémico de Rosa María Mateo como gran icono audiovisual de la visita.

Paralelamente, desde Moncloa se sensibiliza a la prensa internacional, en encuentros con los corresponsales extranjeros, a los que se suministra en cuidadísimas dosis las tesis exteriores de González. Y también las interiores.

Diversos corresponsales europeos hacen suya, incluso, esa variante suavizada de los hospitales psiquiátricos stalinistas transmitida por algunos dirigentes del PSOE, y que consiste en tildar de *locos* a algunos políticos de la oposición, especialmente a los socialistas que abandonan

el PSOE para formar parte de Izquierda Unida, como Paco Bustelo o Pablo Castellano, hasta tal punto que en la redacción de algún colega extranjero ha cundido la inquietud por el estado de hipnosis producido por el frecuentísimo y casi epidérmico contacto de sus representantes con González —que se ocupa personalmente de esta labor— y se estudia el relevo de alguno de sus corresponsales.

Opera en alguno de estos colegas un conocido síndrome que les lleva a desdeñar los aspectos digamos *formales* del respeto a las normas democráticas —tan lesionadas por el PSOE— para insistir esencialmente en los logros económicos del Gobierno socialista. Para ese viaje no necesitábamos alforjas, porque con Franco y López Rodó la economía española crecía el doble que ahora.

Sin embargo, con ser importante el aspecto *electoralista* de este viaje, lo cierto es que la figura de Felipe González es vista con creciente respeto por los responsables washingtonianos del *Spanish Desk*. Ya se ha olvidado aquel ruidoso tropiezo del presidente español cuando, en abril de 1988, viajó a Estados Unidos, a la prestigiosa Universidad de Harvard en Boston, y, en plena campaña

electoral, acudió a visitar a uno de los dos candidatos, al demócrata Michael Dukakis, gobernador del estado de Massachusetts, con el consiguiente disgusto de los responsables de campaña de George Bush.

El incidente está ya olvidado y la prueba fue aquel reconocimiento del propio Bush, cuando calificó a González de *gran líder*. Puede decirse que hoy los consejos del mandatario español son requeridos y cada vez más escuchados por la Administración Bush y muy especialmente en lo que se refiere a la situación de América Latina y la candente Centroamérica, cuyas realidades González conoce a fondo.

Y en estas áreas, la intervención de González es básicamente importante en dos puntos de gran preocupación estratégica para Estados Unidos, como son Panamá y Nicaragua. El presidente español considera que, con independencia de los resultados electorales que obtengan los sandinistas, la apertura del proceso electoral en el país centroamericano y ante observadores internacionales, inicia una fase irreversible que desembocará inevitablemente en una situación de democracia real y efectiva.

Caso distinto es el de Panamá, que González también conoce muy bien y cuya evolución ha seguido de cerca, desde los años en los que mantuvo una estrecha relación con el fallecido general Ornar Torrijos. Hoy, al frente del país del canal se encuentra el controvertido general Noriega, personaje muy distinto a Torrijos, con quien fue —entonces con el grado de coronel— responsable del famoso G-2, el servicio de inteligencia de la Guardia Nacional panameña. De los expeditivos métodos de Noriega tenemos abundante noticia, que hace innecesario el relato de aquella anécdota vivida con él por un periodista español, quien, en una tertulia con varias personas, hablaba de cierta hipótesis política que había que *eliminar*. Un Noriega distraído se volvió en su asiento y, predispuesto y animoso, le espetó: «Chico, ¿a quién hay que eliminar?» La situación panameña es ciertamente más complicada que la nicaragüense, por el *impasse* suscitado por la presencia de Noriega al frente de los destinos del país, tras haber abortado el reciente intento de golpe de Estado. La situación actual en Panamá no parece la más adecuada para facilitar un acuerdo entre Gobierno —acaso provisional— y oposición sobre la pureza democrática de los próximos comicios, que podría ser la solución más cabal al actual callejón sin salida. De todo ello hablará larga y detalladamente Felipe González en Washington, lo que convierte esta visita del primer mandatario español en algo más que un mero artificio electoral, aunque los responsables socialistas la utilicen para incidir profusamente, a través de RTVE, en el ánimo colectivo de los electores. Y también es posible que González hable del nuevo embajador de EE. UU. en Madrid, Joseph Zappala —uno de los masacrados por la desternillante tira del humorista americano Doonesbury, que imaginó una subasta tipo *Christie's*, pero con embajadas en lugar de obras de arte—, que no ha sido, precisamente, muy bien recibido por los medios de comunicación españoles.

(*Diario 16*, 12 de octubre de 1989.)

II

23-F: CRÓNICAS DE LA SOMBRA

El cuartelazo protagonizado aquel 23 de febrero de 1981 por Antonio Tejero Molina, con la invasión y secuestro del Parlamento y el Gobierno en pleno en el palacio de la Carrera de San Jerónimo, fue, sin duda, el acontecimiento más perturbador de toda la transición, ha asonada estuvo a punto de arruinar el proceso de reconversión democrática en nuestro país.

En las páginas de este capítulo, el autor recoge las crónicas de la algarada y, sobre todo, del dramático juicio que durante más de tres meses enfrentó a los treinta y tres justiciables con la justicia militar. Y, también, una frustración informativa: la que supone aceptar la constatación de la existencia de las grandes sombras que, aún hoy, velan aquel acontecimiento histórico, tan lejano y tan cercano al mismo tiempo.

EL «CIVILIZADO» GOLPE

Qué difícil resulta a veces ordenar, rebobinar y revisar las moviólas del recuerdo cuando los circuitos del estupor, del miedo y de la historia se entremezclan en un imposible cajón de sensaciones...

¿De qué color, cuál era el dibujo de la moqueta que has materialmente besado, cuyas viscosas hebras se han adherido a tus labios, durante treinta inmensos, infinitos minutos, bajo el oscuro, pavoroso y metálico mandato de la boca de un subfusil? ¿O ni siquiera había moqueta y era una alfombra? ¿O fue, sencillamente, el frío mármol el que te acogió, bajo las rizadas patas de la sillería isabelina del bar del Congreso de los Diputados?

¿Ha sido todo una pesadilla o el «civilizado» golpe ha sucedido, no en un país imaginario, sino en éste, tan angustiado e intolerante como real?

¿Soñábamos cuando el tropel de gente que, encabezado por el periodista Julián Lago, irrumpió durante unos segundos, en plena e insólita carrera, por la puerta del bar, para desaparecer acto seguido por el pasillo de la derecha? Los gritos de «¡Al suelo! ¡Al suelo!», y la casi inmediata presencia de un joven y barbado guardia civil con traje y visera de campaña que encañonaba a la treintena de personas que en ese momento ocupábamos el bar del Congreso, nos evitó el pellizco de rigor. Todo era desconcertantemente real, tanto como nuestros obedientes y silenciosos tendidos supinos. Allí estaba, a pocos metros de mí, silencioso como todos, el bravo vasco, curtido en mil refriegas abertzales, Txiqui Benegas. Se había quitado las gafas, quizá para pasar desapercibido al no ser ya diputado del Parlamento del Estado. Allí estaba Pujalte, inseparable director general de Pérez-Llorca. Allí estaba Luis Ortiz, el ministrable, amigo de Leopoldo Calvo-Sotelo. Y los periodistas Manuel Bueno, Pedro Altares, Raúl del

Pozo, María Antonia Iglesias, Lorenzo Contreras, Eugenio Suárez, Raquel Heredia, José Manuel Arija, Juanito van Halen... Y varios más que la confusión me ha hecho olvidar. Y allí seguía, pasadas las pavorosas ráfagas de metrallera que se habían escuchado en los pasillos, el joven guardia civil. «¡Silencio todo el mundo, todo el mundo sin moverse!» Luego vendrían los otros. Un joven de pelo negro y escueto, anorak verde oscuro, pantalón vaquero y un ominoso «farias» apagado en la boca, casi tan insólito como el negro subfusil que pendía de su mano derecha. Con aires de mando. Luego sabría por un escolta que pertenecía al Servicio de Información de la Guardia Civil. Y dos sargentos, también con traje de campaña y armados hasta el alma.

Después vendría el cacheo en busca de armas, en bolsos y cuerpos. Apareció aquel terrible guardia, sordo, con chorros de sudor nervioso que surgían bajo su tricornio, mientras en bandolera lucía el largo Cet-me. Era contenidamente agresivo, cacheaba sin contemplaciones a hombres y mujeres. «¡Vosotros, ahí, junto a la barra, y de rodillas, para que sufráis más...!» Después nos redistribuiría en círculo en las mesas y sillas adosadas a la pared del salón del bar y desapareció. Los minutos fueron pasando en un temeroso silencio. «Esto ha sido ETA», dirían algunos. La fugaz aparición de un perfil familiar por el pasillo, desveló las dudas. Juan van Halen había visto al teniente coronel Tejero.

Pasó el tiempo. Un somero experimento antropológico hubiera detectado la tímida aparición de esos elementales mecanismos de supervivencia colectiva que surgen cuando el grupo está en peligro. Hubo sutiles movimientos, inicios de diálogo con el hermético guardián, que no respondió. La llegada de otros dos centinelas cambió la situación. En seguida se advirtió que los guardianes eran, como mínimo, de dos clases. El convencido, intolerante, fanático y hasta violento, y el condescendiente, el «mandao». El autor de los cacheos, el que nos registró cuando aún permanecíamos en posición de buscar caramelos en aquel bautizo de pesadilla, era del primer grupo. Los vigilantes que después permanecieron con nosotros, recomendándonos tranquilidad, de los segundos.

Eugenio Suárez contemporiza con los guardianes, de los que consigue, mediante un piadoso eufemismo, que podamos tomar «un whisky», pero «sólo los que sufran del estómago». Poco después, y con gesto amablemente cómplice, el civil añadiría en un susurro: «y no le voy a pedir a nadie el certificado médico».

En el mostrador esperan tres botellas de JB, algunas de agua, tortillas, sandwiches y pinchos. Los camareros y el *mattre* que habían sido registrados también, podrán abandonar el edificio. Lo mismo que dos periodistas franceses de la agencia France Presse. Y los funcionarios de la casa.

Un periodista de *Pueblo*, Manuel Adolfo, rompe el cerco y logra ablandar a los guardianes para que le permitan acudir al baño. Me apunto inmediatamente, pero he de esperar el regreso de Manuel Adolfo. Y cuando llega, salgo del bar, por fin, y desemboco en el pasillo central que flanquea el hemicycle, por cuyas entreabiertas puertas de cristal contemplo fugazmente a ministros y señorías, inmóviles y en silencio. En los pasillos la gente ya se ha levantado del suelo y los primeros corrillos comienzan a formarse. Nadie sabe nada de lo que ocurre fuera,

de donde llegan lejanos y constantes aullidos de sirena. Tejero pasea sonriente, dando órdenes. Atravieso el pasillo y entro en el circular, popularmente conocido —merced al ingenio de este diario— como la M-30. Allí están los servicios y en la puerta me tropiezo con Fernando Abril, que me da una cariñosa palmada mientras me susurra: «Hay que hablar con Gabeiras.»

También Paco Ordóñez aparece y hace un gesto, pero es desviado por un guardia civil hacia el hemiciclo, y Paco apenas acierta a esbozar un gesto de incompreensión e impotencia.

John Ford, el maestro del caballo, el conflicto y la pradera, debería haber estado allí, vivo, para filmar. Porque, como en *La diligencia*, también hubo en las Cortes bellos gestos, del hombre solidario ante el cer-ceo del jefe comanche Tejero y sus bravos. Es el guardia-guerrero como elemento perturbador. Así, allí apareció Jiménez Blanco, ex presidente del grupo parlamentario centrista, y actual presidente del Consejo de Estado, «Lo escuché por la radio del coche. Me vine inmediatamente porque mi lugar está aquí, con mis compañeros diputados.» Al igual que el catedrático y diputado socialista Vidal Soria, que horas después haría lo propio. Y hasta Alberto Aza, que recorría los pasillos recomendando calma, en una actitud casi tan gallarda como la que poco antes había sostenido su jefe, Adolfo Suárez, en el hemiciclo.

Poco antes de los sucesos habíamos tenido Aza y yo una pequeña discusión. Me encuentra en un pasillo, rodeado de guardias civiles y me da un cariñoso abrazo, mientras hay disculpas mutuas e intercambio de información.

Logro hablar por teléfono con el periódico, desde el pasillo del «puente de los suspiros» que une los dos edificios, viejo y nuevo. En las ventanas, los visillos entreabiertos permiten observar los patios y la calle. Los patios están a oscuras, y las cancelas de hierro, cerradas. Hay un denso ajeteo de tricornios, de charoles negros, como un turbio remolino de oscuros y enormes coleópteros, mientras al otro lado de las vallas vigilan las fuerzas de la Policía Nacional.

Son las nueve y logro salir. En la calle me encuentro al general Prieto que me dice que ha hablado con Tejero: «¿Qué te parece esto?, me preguntó Tejero. Y yo le dije: Yo acostumbro a hacer las cosas bien...»

Por ahí anda en los *hit-parades* una canción de Diango, que habla de los amigos de la radio. Nunca tan a tiempo, porque éste ha sido el gran *scoop*, la gran exclusiva de los chicos de las ondas. De Martín García Vega, Armario, Céspedes, De Benito, De la Cuadra y demás colegas de Radio Nacional, y, sobre todo, de los maratonianos muchachos de la SER; Rafael y su testimonio que fue de Pulitzer; Antoñito Jiménez —el «Cinco crónicas»—; Obies, Encinas, González, Óscar, Miguel Pérez y los técnicos que lograron dejar abierto un micrófono en el hemiciclo, Labarrieta y Revilla. Y hasta el infatigable José María García, que le dio un tenue perfume de linimento a la transmisión. *Chapean*, a todos, y *chapean* a la tele, por ese increíble documento filmado.

(*Diario 16*, 25 de febrero de 1981.)

EL SUEÑO DE FEBRERO

Es como un extraño sortilegio. ¿Qué podría, si no, proyectar mi propia imagen sobre la espalda de Alfonso Armada, mientras, detrás de mí, se adivina un nebuloso ajeteo de uniformes, como una presentida neblina de generales?

Todo en la mañana de ayer fue como un sueño, como uno de esos borgianos juegos de espejos en el que se mezclan las imágenes con los gestos soñados y las facciones imaginadas que, de súbito, se vuelven dramáticamente familiares.

El grueso cristal antibalas de un levísimo tono verdoso refleja los rostros de los informadores sobre las espaldas de los treinta y dos acusados que se agrupan en dos filas de sillas, tapizadas con terciopelo rojo y orlas doradas.

Los mil metros de nave, con aspecto de hangar aeronáutico, que reciben la luz amarillenta de la mañana a través de las traslúcidas y rizadas láminas de uralita que cubren dos segmentos de la techumbre, han sido minuciosa y severamente acondicionadas para que todo esté en su sitio y haya un sitio para cada cosa, tal como reza el viejo aforismo militar. La gigantesca y belicosa águila de san Juan del escudo del Consejo Supremo de Justicia Militar preside, imponente, el impresionante escenario, sobre la cabeza del presidente del tribunal, el teniente general Luis Alvarez Rodríguez. Y a su diestra, la bandera, erguida, con el nuevo escudo de España, del que ha desaparecido el águila negra.

Las moquetas de lana y los grandes acondicionadores de aire le dan al recinto una temperatura agradable, en torno a los veinte grados, mientras fuera, en el patio del acuartelamiento del Servicio Geográfico del Ejército, el sol comienza a producir un placentero cosquilleo en los parroquianos, militares y civiles, que toman café en un improvisado bar rodante.

La organización es escrupulosamente castrense, y funciona casi a la perfección. Solamente los comedores son insuficientes para acoger a la prensa y a las familias de los encausados, que han de optar entre el bocadillo o cualquier restaurante de los alrededores.

Llegan dos mujeres en taxi —familiares de procesados, a todas luces—, y el breve diálogo que entablan mientras caminan hacia la entrada del acuartelamiento nos da una idea de hasta qué límites puede llegar la ofuscación y la desinformación, el apasionamiento ciego y desviado o la ignorancia más aterradora: «¿Has oído lo que dijo ayer el tipo ese, Fernando Onega, en Radio Moscú?» «Radio Moscú» es, lectores, la Cadena SER, una empresa convicta y confesa de liberalismo capitalista, donde las haya.

Las 10.15. Se entra en la sala de audiencias. Los acusados ya están en sus asientos, pero se giran con contenida curiosidad, escrutando los rostros de los periodistas, sus vecinos en la próxima retaguardia, apenas tres metros más atrás. Hay gestos socarrones, perplejidad, leves sonrisas burlonas. Por un momento, la pregunta surge en la mente: ¿De qué lado del cristal estoy? ¿Soy yo el espectador o, por el contrario, estoy siendo observado?

Los acusados presentan un aspecto pulcro, bien afeitados, con el cuello cuidadosa y recientemente recortado y los cabellos húmedos, como dispuestos a pasar

revista.

Saludan, sonrientes y con la mano en alto, a los familiares que se agrupan en las últimas filas de la sala. El teniente general Milans del Bosch, recién peinado y con los cabellos húmedos, con buen aspecto y la tez ligeramente bronceada, sonríe y saluda a algunos informadores.

Otros, como el teniente Alvarez, han engordado ostensiblemente. Y en algunos rostros los periodistas recuperamos, súbitamente, los gestos hoscos, los gritos y los disparos de aquella tarde aciaga del 23 de febrero en el palacio del Congreso de los Diputados, en la madrileña carrera de San Jerónimo.

Y comienzan las voces monocordes de los relatores, con el apuntamiento, los folios de las declaraciones de Armada, de Milans del Bosch, de los careos.

Los acusados asienten o deniegan en función de las manifestaciones que salen de la boca de los relatores. Hay risas disimuladas en algunos cuando el relato se adentra en el episodio en el cual Tejero intenta, infructuosamente, derribar al teniente general Gutiérrez Mellado con una zancadilla. Afuera se escucha, lejano, un cornetín, el mismo que había sonado con la llegada del teniente general honorífico Juan J. Orozco, codefensor de Tejero. El general Orozco llegó con la llameante pedrería de la Laureada de San Fernando individual brillando en su guerrera. Y también sonó el cornetín para el teniente general De Santiago —recuerden, «Situación límite»—, ex vicepresidente del Gobierno y codefensor del coronel Ibáñez Inglés.

Mientras la megafonía distribuye las voces de los relatores, no se oye ni un parpadeo en la sala. Los procesados se saben observados por jueces, periodistas, familiares y compañeros, y cuidan los gestos.

De todas formas, y al parecer por medidas de seguridad, los treinta y dos procesados —el único civil, García Carrés, no asiste a la vista por enfermedad— son vigilados por un circuito cerrado de televisión conectado con una de las estancias anexas a la gran nave donde se encuentra la sala de audiencias.

La atmósfera ha sido mucho, mucho más sosegada de lo esperado, quizá como consecuencia de ciertos factores próximos y lejanos.

El constante drenaje de tensiones que han supuesto la aparición en la prensa de las filtraciones del sumario ha eliminado sorpresas y sacudidas. Los recientes relevos en la cúpula militar pueden ser otra razón poderosa. Y, muy principalmente, la aplicación, por parte del fiscal, de los atenuantes comprendidos en el artículo 294 del Código de Justicia Militar a todos los procesados —salvo a Milans, Armada y Tejero— ha contribuido a conformar ese ambiente de preocupada calma que se captaba en la primera jornada del histórico proceso.

El artículo 294 señala, entre otras cosas, que los que «depongan las armas antes de haber hecho uso de las mismas y se sometan a las autoridades legítimas, quedarán exentos de las penas que les corresponderían como rebeldes...». Así dice el texto en lo concerniente a tropa o marinería. Para empleos superiores habrá reducciones de pena. El que el fiscal no sólo admita a discusión la posibilidad de aplicar los atenuantes del 294, sino que los acepte, ha sido considerado por fuentes próximas a las defensas como muy alentador y, de hecho, ha permitido rebajar sustancialmente las peticiones de

pena provisionales.

(*Diario 16*, 20 de febrero de 1982.)

EL JUICIO DEL 23-F

ESPAÑA COMO FETICHE

El teniente coronel Antonio Tejero Molina declaró ayer ante el tribunal que juzga la rebelión militar del 23-F. En sus intervenciones quiso explicar las razones que le indujeron a la acción. Se trataba, ni más ni menos, que de «meter a la nación en cintura» a través de un Gobierno de militares.

En las intervenciones del encausado coronel de la Guardia Civil Manchado García, cuya declaración finalizó en la mañana de ayer, se advierte la reiterada utilización de una especie de metalenguaje superpuesto a su condición de hombre del benemérito Cuerpo. Son ciertas adherencias terminológicas que suavizan el árido léxico militar, vocablos administrativos, curiosos eufemismos. El coronel Manchado se expresa de forma más parecida a la de un fresador, un encargado de taller, que a la de un guardia civil. El teniente coronel Tejero lamentaría posteriormente estas «bajadas de tensión» castrense.

Así pues, para el coronel Manchado el intento de golpe de Estado del 23 de febrero fue «un servicio» más de los que habitualmente presta el parque de automovilismo.

El promotor y principal interesado en tal «servicio» fue el teniente coronel Tejero Molina, que compareció ayer en el escaño de declarantes con la expectación prevista. Las sillas reservadas a la prensa, excepcionalmente concurridas, y hasta el decano del Colegio de Abogados, Antonio Pedrol Rius, que asiste como observador y que suele visitar las instalaciones del Servicio Geográfico a última hora de la mañana, ocupó su aterciopelado asiento desde primera hora.

Miles de páginas leídas, cientos de «visionados» del famoso vídeo, libros, crónicas radiofónicas, el haberse habituado a todos y cada uno de los cientos de acontecimientos que conformaron aquella pesadilla del 23 de febrero, no evitan que cuando el teniente coronel comience a relatar los hechos, los periodistas asistentes a la sala que también estuvieron presentes en el palacio del Congreso aquella tarde desdichada y bochornosa, sientan un ligero estremecimiento.

Curiosa personalidad la de Tejero. Temperamento y meridional ingenio, el caso del teniente coronel aparece cada vez más claramente como el resultado de una errónea yuxtaposición de «roles». Sus declaraciones no dejan ninguna duda para poder calificarle como un claro ejemplo de «hombre táctico», de acción. En la machadiana y metafórica división de los toros, Tejero nunca sería el único ejemplar de la manada ocupado en pensar, y sí, en cambio, cualquiera de las reses encargadas de la embestida. Todas sus declaraciones de ayer están salpicadas de

testimonios en este sentido: «Me puse a sus órdenes.» «Mi misión era no permitir que saliera ningún diputado...»

Y, sin embargo, Tejero asumió la peligrosa función de ponerse a pensar y con muy escasos equipamientos, y así nació el 23 de febrero.

Habla de «marxismo» como si fuera un virus, como una etiqueta totalizadora de todos los males y de su agresivo esquematismo se deduce que entre sus lecturas nunca estuvo *El Manifiesto*, las *Teorías sobre la plusvalía*, o *La sagrada familia*.

Utiliza Tejero, insistentemente, un tono despectivo para hablar de «políticos», «socialistas», «democracia» y demás, en un rasgo característico y aterrador de esos arquetipos que detestan todo lo que ignoran. Cuando habla de los «socialistas», Tejero probablemente no sabe que la Europa occidental, el rincón del planeta donde el ciudadano alcanza las cotas más altas de cultura, bienestar y felicidad, están o han estado bajo gobiernos socialistas y, desde luego, democráticos.

Así, por tanto, a lo largo de sus declaraciones no es difícil deducir que nos encontramos ante el retrato-robot materializado del golpista en su estado más puro.

Cuando el fiscal le pregunta por los antecedentes, Tejero llega a afirmar que la idea del asalto al Congreso o en su lugar al palacio de la Moncloa ya la tenía en la *cabeza* mucho tiempo antes. La puesta en práctica de la iniciativa se produce como consecuencia de que el procesado «encontró calor» en la III Región Militar. ¿Qué entiende el procesado por encontrar «calor»? Está muy claro: que muy bien, que adelante. «Dar el *okey*», en términos bananeros.

¿Y quién transmite «el calor»? El capitán general de la III Región, Milans del Bosch. No personalmente, por supuesto, sino a través de sus ayudantes, mas para Tejero esta circunstancia no altera para nada el mensaje, porque un ayudante es para el teniente coronel un simple elemento conductor, «como el cable del teléfono».

Y siempre, en el fondo de todo, España, fetiche abstracto para cualquier conjuro. ¿Qué entiende Tejero por «España»? No se sabe, pero conocido su famoso artículo y algunos testimonios aportados por el teniente coronel en la sesión de ayer, es posible que su idea se acerque a aquella inolvidable versión de «una unidad de destino en lo universal». A fin de cuentas, cuando el abogado Hermosilla le interrogó sobre las menciones a la «democracia», en las sucesivas reuniones de la conspiración, Tejero afirmó: «Yo conozco una democracia que se llama orgánica, que me parece excelente», expresión de obvias resonancias.

Es una idea de España desarrollada en aquel memorable artículo del *ABC* que habla de guisos, peroles y paisajes, y en la que, paradójicamente, por ningún lado aparece el ingrediente más importante; esto es, los españoles.

En un momento del interrogatorio a que fue sometido por Hermosilla, el abogado de Armada, uno de los pocos momentos en los que el letrado le hizo ver la contradicción en que incurría al decir que consideraba a Armada como el jefe de la conspiración y no obedecer sus órdenes de que llamara al Rey a la Zarzuela —orden que también le transmitió Milans, pidiéndole que obedeciera a Armada—,

Tejero respondió arrojando el fetiche al rostro de Herosilla: «Se nota que el letrado no ha tenido a España sobre sus hombros. Pues yo sí la he tenido. Yo sólo deseo que España vaya bien, lo demás no me importa.»

Todos deseamos lo mismo y obviamente las discrepancias residen en los procedimientos.

Y, sin embargo, hay un cierto patetismo en el personaje de Tejero, una dimensión solitaria y trágica. Resulta duro pensar que este hombre miente cuando formula sus declaraciones, y es difícil sustraerse a un cierto sentimiento de piedad ante una frase dicha con voz quebrada, patética y aterradora, de gran perdedor: «A mí me gustaría que algún día alguien me contara lo del 23 de febrero...»

Por lo demás, en las declaraciones de Tejero, al igual que en las del resto de los encausados, se advierte el reiterado abuso de esa singular mezcla de disciplina y ley del embudo, según la cual, la obediencia, la lealtad y la disciplina se enaltecen solamente cuando sirven a la rebelión y se silencian sus quebrantamientos al no respetar la legalidad y las instituciones de un Estado de derecho. Nadie habla de los sucesivos quebrantamientos de las ordenanzas en reuniones, contactos y comunicaciones previas.

Y han vuelto a reproducirse los ataques contra el CESID, la inteligencia militar, y muy claramente contra el comandante Cortina. Al lapsus de Tejero describiendo una reunión en la casa de Cortina con cierto detalle, este comandante, que siempre ha negado tal reunión, ofreció un nuevo elemento. ¿Cómo es posible que si Tejero dice que estuvo en el salón de mi casa, no describiera un retrato del Rey dedicado por Su Majestad?

Respuesta de Tejero: «Como no soy monárquico, no le doy demasiada importancia a esas cosas.» Tampoco el teniente coronel es, que se sepa, albañil ni carpintero, y sí se fijó, en cambio, en las baldosas «ajedrezadas» y en las puertas de la vivienda que confiesa haber visitado.

El incidente de Gutiérrez Mellado fue relatado bajo un nuevo prisma de mayor respeto hacia la figura del teniente general, quizá por recomendaciones de su abogado López Montero —recientemente se lamentó de no haberle golpeado en la cara con la pistola—. «Ya sé que me critican los *judokas*», pero, según Tejero, el teniente general no cayó porque tenía que usar una sola mano —en la otra llevaba la pistola—. «De todas formas, me alegré que no cayera...» Y no porque su caída hubiera significado un bochorno para el ejército —consideración que Tejero calificó de «bobada».

Toda la sesión siguió con un Tejero que rechazó los descansos ofrecidos por el fiscal y algún defensor, manifestando no estar en absoluto cansado. Ni una brizna de arrepentimiento en sus palabras. El mismo monolitismo inerte en sus ideas, el mismo desprecio hacia la política, el mismo aire primitivo y bravucón; cuando le pregunta el fiscal por el coronel de la Policía Nacional Alcalá Galiano, y si le dieron la orden desde Valencia de que lo desarmara, Tejero lo niega enérgicamente: «Si me lo hubieran ordenado, vaya que si está desarmado..., menudo es tu padrino para que le quiten el sombrero...» El chascarrillo andaluz no es del agrado del culto y sosegado fiscal, que le reprende: «Por favor, por

favor, teniente coronel...»

Pero el teniente coronel es un hombre tenaz, según propia confesión: «Si me propongo atravesar ese muro con la cabeza, a cabezazos se atraviesa.» Aunque parezca mentira, de las filas de familiares y público surgió un murmullo de risas.

23-F: CRÓNICAS MARCIANAS

El epígrafe que encabeza estas crónicas podría explicarse desde las atmósferas mitológicas de Marte, la guerrera divinidad de los romanos, deidad de centuriones y batallas, si bien antes recibió plegarias componedoras de estropicios agrícolas en la cosecha. No hay mejor y más vetusto vocablo que este adjetivo olímpico y cercano para ilustrar controversias a resolver entre soldados, y el histórico proceso del 23 de febrero lo ha sido.

Pero también es palabra de doble filo, arrastra un segundo significante inevitable en estos escritos (...) porque este juicio ha sido, en primer lugar y muy esencialmente, un encuentro bastante estratosférico, extraterrestre, marciano. Lluvia de estrellas de todas las puntas y colores, galaxias por doquier. Mas lo que en semántica «tecno» sería la «marcianitis total», útil para etiquetar al gran proceso, aquí sus contenidos aún van más allá de lo puramente emblemático. La bizarra nebulosa de Campamento se ha convertido en un extravagante planeta que ya navega libre y suelto por el cosmos hispano, asteroide en el que sus habitantes —los «campamentitas»— adoptan muy particulares hábitos. En él se residen los túneles del tiempo, las proclamas medievales, y el honor mal entendido, los crónicos daltonismos que truecan el blanco en negro, o en rojo la más inofensiva heterodoxia. Allí conviven la Historia, la historia y la historia mal contada, el pensador y el energúmeno, la mentira, la simulación y el *kamikaze*; el hastío, la amenaza, la tensión, el miedo, la extenuante —y estéril— indagación de un «más allá» que pervive confuso, sombrío y enigmático. Periodistas hostigados, reedición del mensajero degollado por transmitir malas noticias. El periodista en Campamento es un ser intrínsecamente perverso, una especie de miembro de una diabólica asociación de enemigos de los castillos, de ciertos castillos, de vendedores de horcas en casa de un ahorcado.

Servicios de inteligencia no menos insólitos, que comercian y transportan electrodomésticos —de la decadente y fracasada «línea blanca», además—. Testimonios suficientes para confeccionar la más abultada y enciclopédica antología del disparate. Como el eslogan publicitario de uno de esos films *demodés* y polivalentes, de todo hay en el planeta: acción, intriga, suspense, humor —en todas sus gamas, desde el zafio, paleta y revisteril, al negro, el marengo y hasta el escatológico—, romances, drama...

La singularidad de este juicio comienza en sus mismas estribaciones. El llamado ingenuismo socialista de Gregorio Peces-Barba en el debate en las Cortes de la reforma del Código de Justicia Militar propició los pasajes y el tendido de línea

para este periplo agotador e infinito —al suprimir el dispositivo penal del juicio sumarísimo— que ha dejado a la Renfe como espejo de seriedad, rapidez y puntualidades.

Tampoco se libra el máximo representante de la política del Gobierno en asuntos de Defensa, Alberto Oliart, de responsabilidades. Todo un año para preparar el proceso y al final los montes parieron un corderito y, con malformaciones. Los dos mil millones de pesetas invertidos por la justicia italiana para el juicio reciente de los miembros de las Brigadas Rojas ofrecen un contraste desfavorecedor y lastimoso con los cincuenta millones de pesetas aportados al proceso por la que ha sido dado en llamar décima potencia industrial del mundo: barracones prefabricados, sospechosamente idénticos a los que usaba la RAF inglesa en sus aeródromos en la Segunda Guerra Mundial, apretones, angosturas, aire acondicionado de insuficiente cilindrada, promiscua mezcla de periodistas, observadores, abogados, familiares, tropa y hasta procesados. En atmósferas altamente conductoras, la proximidad de los electrodos conduce inevitable, inexorablemente al chispazo. De ello da fe, además de la ciencia física, el recital de incidentes.

Los estrategas de Oliart no han salido demasiado bien parados con el desarrollo de la causa 2/81. Se supone que los tratadistas de ciencia militar prescriben el estudio y la ponderación minuciosa de toda la casuística prevista que se sospecha ha de seguir a cualquier movimiento propio.

El estruendoso escándalo en que se vio envuelto el director de este diario —cuya expulsión aún se mantiene a la hora de redactar estas apresuradas líneas—, el plante de los procesados, el asqueamiento del teniente general Milans del Bosch, durante la deposición del general Santa María, la quebradiza salud presidencial del por otra parte entrañable teniente general Álvarez Rodríguez, la recusación del letrado Nieto Funcia, las recibió el Gobierno durante la siesta. Excepción obligada resulta la balsámica, tranquilizadora, siempre componedora y diplomática presencia de Carlos Abella, director general de coordinación informativa y representante del Gobierno en el interior de la sala. Abella —bautizado, según el recientemente rito acróstico de nuestros ejércitos, como el «Sestinfo», divertido y eufónico jeroglífico estampado en su credencial, que responde a Secretaría de Estado para la Información— evitó en muchas refriegas que la crispación alcanzara valores insostenibles, a veces incluso renunciando visiblemente —en favor del militar de turno— a su legítimo rango de máxima autoridad gubernamental presente en el acuartelamiento.

El procesado coronel Ibáñez Inglés, en su deposición hablaría con un inocultable tono irónico y despectivo, de «la política». «Yo no soy un animal político», diría este militar que pasa absurdamente por ser el estratega de los procesados, remitente incorregible y recalitrante de papelitos con instrucciones a defensores y justiciables. Al margen de su voluntaria y anecdótica inclusión en el reino de los seres irracionales, al rechazar el motivo aristotélico que diferencia al ser humano, Ibáñez Inglés —obesidad nada marcial, que presagia desajustes hormonales— no hizo otra cosa que explicitar ese visceral rechazo que parece ser moneda de uso común en el seno de nuestras Fuerzas Armadas, hacia todo lo que desprenda el

menor aroma «político», sus hombres, sus ideas, sus procedimientos. Similares comentarios fueron escuchados en la sala en labios de otros presuntos. El propio teniente coronel Tejero rechaza constante y enérgicamente su vinculación a grupos o las acusaciones —por nadie formuladas, aventuradas en todo caso por los propios defensores— o sus supuestas veleidades políticas. Otro tanto ocurriría con ese oficial berroqueño, numantino, marcial, intolerante y esencialmente mal informado, que es el comandante Pardo Zancada, quizá el encausado que abandona la sala con menores índices de deterioro personal y profesional.

Las «alergias» políticas de numerosos miembros de nuestras Fuerzas Armadas ya han sido analizadas por Oehling con singular puntería: en su obra *La función política en el Ejército* señala que «la mala reputación de la concepción vulgar de la política», como sinónimo de partidismo, ha producido en gran parte el descrédito genérico... y la política, sinónimo entre los militares de cosa oscura, incierta y nada digna de caballeros».

En ningún colectivo militar podría detectarse esta aversión con más nitidez que en el planeta del Servicio Geográfico del Ejército. La política apesta, o cuando menos, hace torcer el gesto a los centuriones, acostumbrados quizá a desenvolverse en su entorno, de acuerdo a códigos menos complejos y maquiavélicos, más primarios y rotundos. Así, «democracia» es, por tanto —según esa extensísima sensación—, el enjuague ideal y paradigmático, el óptimo caldo de cultivo en el que nacen, crecen, se desarrollan —prodigiosamente— los políticos, los politikeos, los electoralismos, los enfrentamientos extenuantes y devastadores, los intereses de grupos y partidos por encima del sublime bien superior de la nación.

Tal síndrome, esta «politicofobia», ha estado presente en testimonios de encausados, en los informes de las defensas y, por encima de todo, en las insólitas figuras procesales de los codefensores.

Hasta las deposiciones de connotados testigos viraron hacia esa tonalidad acida ante el estímulo y la presencia de «la política». El propio general Gabeiras, a una interpelación del abogado López Montero en la que le presumía militar «constitucionalista», reacciona airado para autodefinirse como «militar a secas». Se supone que el adjetivo «constitucional» es, cuando menos, sospechoso. Podría estar contaminado. A fin de cuentas, nuestra Carta Magna fue elaborada en confusas noches de consenso por esos seres incomprensibles y dudosos, los políticos.

AVISTAMIENTO DE OGNIS¹

Hablábamos ayer de Campamento como asteroide marciano, universo de fantaciencias, androides y otros pormenores galácticos. Pero en cualquier ciencia-ficción que se precie, no pueden omitirse los avis-tamientos. En la causa 2/81 se han prodigado con tal esplendidez que habrían hecho las delicias del

ufólogo más exigente.

Claro es que han sido oteamientos de cierta rareza: el vuelo inexplicable de los OGNIS, siglas que, como es notorio, corresponden al fenómeno de los Objetos Golpistas no Identificados.

¹ Ogni: Objeto Golpista no Identificado.

Las sesiones kilométricas de la causa, en algunos episodios tal parecían meros *sketches* de aquel antiguo juego infantil «Justicias y ladrones». Ingenuas, reveladoras consignas sobrevolaban incesantes las diligencias procesales. «Verde y con asas», «Duque de Ahumada», «La bandeja está grabada»... hasta los desahogos conyugales de los encausados se ocultaban bajo el pudoroso rebozo de una frase-biombo: «El niño está dormido», apercibimiento al compañero de habitación para que no franqueara la puerta —sin cerrojo interior— porque dos es compañía, etcétera. (La revelación en la prensa del inocente artilugio no gustó en la sala.)

Ningún «ogni» recabó, no obstante, tanta atención de los cronistas, tanta tinta como el misterioso «elefante», o el «elefante blanco», salvoconducto que debería esgrimir la autoridad competente, «militar, por supuesto», para acceder al Congreso. El bautista sería el comandante Cortina, que se lo comunicó al teniente coronel Tejero, según versión de este último, que el primero incansablemente niega. ¿Quién es «el elefante»? Los tres meses corridos de vista fueron un insistente y fracasado safari de la prensa, una interminable descubierta en busca del evanescente paquidermo. Una reedición en sesión continua del libro de Orwell, *Cazar un elefante*. Al final, el humor anónimo del colectivo de informadores acuñaría el perogrullesco y apócrifo acertijo: ¿De qué color es el elefante blanco de Santiago? Las analogías de la broma nada tienen que ver con la presencia en sala del ex vicepresidente del Gobierno y teniente general De Santiago, codefensor de Ibáñez Inglés, faltaría más.

¿Más ognis? Ahí está, inédita e inexplorada, si es que alguna vez existió y no es el espejismo de una asonada febril, surrealista y chapuza, la famosa «trama civil». Discretas y estériles indagaciones policiales en torno al «león de Fuengirola», José Antonio Girón, jefe natural del encausado Carrés, intérprete, junto con Tejero, de unos diálogos platónicos, barrocos y culteranos de una finura antológica, a través del hilo telefónico, aquella noche negra de febrero. Exponentes, al menos intencionales, de ese sombrío iceberg parecen ser algunos de los invitados a la causa. Sánchez Covisa, que asistió en dos ocasiones a las sesiones de la vista, «ultra» histórico y recalcitrante merodeador asiduo en todos los tumultos de las tramas negras.

El propio Edmundo Alfaro, ex señor de Fidecaya, procesado y encarcelado, y de quien la prensa llegó a sugerir extraños contactos con los presuntos, acudió asimismo a una de las sesiones de la vista.

Hay, sin embargo, dos ognis especialmente voluminosos, invisibles y

desconocidos. Dos personajes anónimos y misteriosos, ocultos en las brumas de un juramento. No se conocen ni formas —¿eran cilíndricos?, ¿acaso circulares?, ¿quizá fusiformes?— ni graduaciones. Por fin, parece ser que alguien ha recogido las sugerencias de este cronista y se va a realizar el «tour del 23 -F», Ideal si contara con un coronel-cicerone, pongamos por caso. Desayuno en el hotel Cuzco. Visita a los alrededores de la DAC, recorrido por las calles Juan Gris y Biarritz, comida en el mesón Gerardo —refectorio veraniego de Tejero y García Carrés— y copa de vino español en los entornos del Congreso.

Dos militares sin rostro acompañan a los citados. ¿Quiénes eran? Las tentativas del ministerio fiscal de averiguarlo fracasaron estrepitosamente. Ninguno de los presentes estuvo dispuesto a abrir la boca.. Naturalmente, teniente coronel Tejero, no nos va a decir quiénes eran los dos misteriosos caballeros, diría el fiscal. No puedo mi general. Sonrisa pícaro y cómplice de don Jaime Milans del Bosch. Ninguno, que se recuerde, de los defensores habló de ellos. Por ejemplo, el ya coronel Carlos de Meer —especie de Torquemada de biquinis nórdicos en sus años de gobernador civil de Baleares, coleccionista casi depravado de títulos universitarios, licenciado, gracias a las posibilidades convalidatorias de la universidad española, en derecho, ciencias políticas y económicas, sociología y arquitectura técnica—, defensor del capitán Dusmet, como era de esperar en él, al igual que en el resto de las defensas, no entró en el asunto.

Tampoco fueron interrogados los testigos sobre este pormenor. Es el caso, digamos, de Valencia Remón, quien tras la intentona de febrero ascendió a general y tuvo una leal y esclarecedora charla con el ministro de Defensa, Alberto Oliart. Valencia Remón, considerado por Milans como hombre «de confianza», era el coronel del Regimiento Villaviciosa en el febrerazo, de donde salieron las fuerzas hacia Televisión Española. En su deposición como testigo, este jinete, elegante, cetrino y agitanado, recibió un comprometedor cuchicheo del capitán Muñecas: «Tendrías que estar aquí con nosotros, pero no te queremos...» Nadie, ni siquiera el fiscal, le interrogó sobre los dos anónimos personajes de General Cabrera. Quizá, dados sus estrechos lazos de amistad con muchos de los encausados, podría haber sido partícipe de alguna confidencia que hubiera podido desvelar el misterio de los dos enmascarados.

Testimonios gaseosos, huellas inconfundibles, hierba quemada. Convicciones firmes en los cronistas de que los ognis, visitantes de otra «galaxia», estuvieron allí entre nosotros, compartiendo el mismo mostrador.

El caso es que este bestiario de febrero ha sido sometido a pesquisas demasiado elementales, en exceso epidérmicas.

Los 12.000 folios obtenidos en la fase de instrucción del sumario, recabados por la denodada labor del general García Escudero —memorable cinefilo, director general de Cinematografía en aquellos años de esplendor del llamado «nuevo cine español» de los Saura, Picazo, Patino..., estudioso de curiosidad y paciencia orientales en sus ilimitadas visitas a bibliotecas y archivos— ofrecían ya, desde la partida de la causa, infinitas líneas de indagación, que quedaron resueltas con una improvisada «brigada antigolpe», obcecada en seguir los pasos de José Antonio

Girón de Velasco.

Nadie, al parecer, se ha molestado en rastrear lugares, sucesos y personas, en contrastar la verosimilitud de las coartadas del comandante Cortina en sus excursiones de *week-end* por la sierra madrileña. En los viajes de Armada. En la maleta y el paradero del capitán de la Guardia Civil Gil Sánchez Valiente y sus correrías por Centroamérica y Europa, Andorra incluida.

Los cabos de los que tirar son incontables y tal parece que los responsables del Gobierno en el esclarecimiento de lo que realmente pasó antes, mucho antes, durante y después de la intentona, se refugian en el acomodaticio y, por otro lado, peligroso escondrijo del «mejor no meneallo», no vaya a ser que, tras la punta de un inocente bramante, aparezca el ovillo inoportuno de cualquier conspiración.

Mientras tanto, la desestabilizadora variante de «radio macuto» —tan eficazmente adiestrada en la siembra de especies en los años de negrura informativa del franquismo— ha persistido en la práctica de estas inquietantes rastreras agriculturas. El procedimiento es inasible. Se lanza multidireccionalmente la especie, y cuando llega a tus oídos, no se sabe si quien transmite es portador de convicciones o de venenos. O de ambas cosas a la vez. El procedimiento depositó a lo largo de las sesiones de la vista, en los oídos de quien quería escuchar, tres grandes conspiraciones además de una nevada de chismes menos atendibles, de menor cuantía. Desde la «Operación Sol y Sombra», que debería desplazarse en su metástasis rebelde por un itinerario de regiones (militares) de acuerdo a la trayectoria que sigue el sol, hasta la revuelta —cruenta, este adjetivo era especialmente remachado— de los coroneles, pasando por una fantasmagórica «Operación Sadat» que habría de explotar en el Día de las Fuerzas Armadas, a celebrar en Zaragoza, el próximo día 30 de mayo. El «run run» que no cesa.

PASEO POR EL HONOR Y LA MUERTE

A buen seguro que tras la vista de la causa 2/81 que desasosegó a España durante tantos meses, don Pedro Calderón de la Barca se habrá revuelto inquieto en su sarcófago. «Aquí, la más principal hazaña / es obedecer /, y el modo como ha de ser / es ni pedir ni rehusar...» Depositiones y testimonios oídos de labios de los justiciables durante el proceso hacen temer que todos ellos son lectores de un solo libro o, cuando menos, de un solo autor, el sufrido, renombrado y barroco creador de *El príncipe constante*.

Al rey hacienda y vida le habéis de dar, más el honor..., el honor es patrimonio del alma, y el alma sólo es de Dios, decía el alcalde de Zalamea. Justiciables y defensas entraron a saco en el pobre Calderón. Ha sido todo un involuntario y sin par homenaje al dramaturgo en el tercer centenario de su muerte. Consumo ingente de autos sacramentales, comunión diaria con don Pedro.

La real cédula de 11 de junio de 1765, reinando Carlos III, prohibió la

representación de sus autos en todo el reino, por considerarlos la jerarquía irreverentes y casi heréticos, y en 1932 un grupo de estudiantes católicos interrumpía en Soria la «sacrilega» representación de *La vida es sueño*, Y don Pedro Sainz Rodríguez cree que no les faltaba algo de razón. En Campamento debería haber sido, asimismo, declarado ilegal, pero por estrictas razones de buen gusto. El nada sospechoso Menéndez Pelayo hablaba de don Pedro y sus dramas teológicos, «sin pasiones humanas, sin caracteres ni afectos, entre seres alegóricos, vicios y virtudes, ideas puras...». En ningún paisaje estético podrían instalarse los encausados con mayores comodidades, que en las vastas praderas metafísicas que imaginara Calderón, para dar salida a sus atormentados duendes espirituales.

El uso y abuso de Calderón surgió por esa especial toxicomanía que parecen padecer los procesados, enganchados a una de las sustancias esenciales de la dramaturgia calderoniana: el honor. Allí se juzgaba a hombres de honor, a soldados de España. ¿Qué es el honor? Ya se ha dicho: una cosa que es patrimonio del alma y el alma sólo es de Dios (*szc*). Cualidad de la persona que por su conducta es merecedora de la consideración y respeto de las gentes y que obedece a los estímulos de su propia estimación, dicen los diccionarios. La cúspide acusatoria, el fiscal, en su informe postrero, afirmó que la condición de hombres de honor de los justiciables no había sido puesta en duda, quedaba a salvo. Agradecimiento cerrado de las defensas.

Tampoco este cronista va a poner en duda la honorabilidad del banquillo, sino remitirse a las definiciones y a la imagen que la ciudadanía conserva de esta gavilla de salvapatrias. La condición de «hombres de honor» de los justiciables está, pues, asegurada en el seno de la familia militar. Lo que opine la sociedad española, el pueblo, no parecía inquietarles demasiado. Ni una sola vez fue mencionado por ellos. Tampoco vamos a exigir que los procesados asumieran la concepción leninista de los ejércitos como vanguardias revolucionarias, o los idearios de Mao, Ho Chi Minh, ni siquiera del general Giap. Pero a lo largo de sus deposiciones, los treinta y dos encausados militares no explicaron cómo entienden la relación ejército-pueblo.

Hay abundantes ejemplos históricos para iluminar las zonas a donde conducen la disociación entre los dos conceptos: al golpe o a la revolución. Las Fuerzas Armadas más poderosas del Oriente Próximo, las iraníes, se disolvieron como un azucarillo cuando el pueblo enfurecido se lanzó a las calles, incendiado por el verbo de un iluminado ayatollah.

Los detonadores gruesos de la asonada, ya se ha redicho, fueron el estado de necesidad —terrorismo, desmembración de la nación, crisis económica—, el amor a la patria, el honor de sus soldados... Acampada confortable en las abstracciones calderonianas. Desprecio de las ciencias sociales como instrumento de diagnosis de una realidad cambiante, convulsa, complejísima.

Si en la historia se registraron casos de golpes de Estado por una simple palabra, por una conjunción, hasta por un signo ortográfico traspapelado en cualquier Constitución, aquí se disponía de todo un arsenal de retórica. La patria, por

ejemplo. Patria o muerte. Espejo de patriotismos son los treinta y dos justiciables. Es una vieja historia, aún más añeja que la del honor. Si ya Alfonso X el Sabio recogía en *Las Partidas* la cuestión de la «onra del home enfamado» para el que «mejor le sería la muerte que la vida», «la república» platónica fija filosóficamente la interrelación Patria-Ejército, en la que el segundo elemento del binomio aparece como salvaguarda del Estado. Platón establece claramente la supremacía del poder civil sobre el que detentan los usuarios de las armas. El comandante de Estado Mayor Hilario Martínez, en su tesis universitaria convertida en libro de análisis de las relaciones entre las Fuerzas Armadas y la política, trazado eminentemente desde las perspectivas de la psicología, analiza el sentimiento patriótico anclado en los vínculos de sangre y suelo, la comunidad de idioma, costumbres, alimentos, creencias..., el patriotismo como prolongación social del vínculo madre-hijo, cuyas patologías conducen a veces a la «fijación incestuosa». La desintegración mórbida de la personalidad patriótica remite, según este militar, al nacionalismo exacerbado y al «patrioterismo», «que no sólo envenenan las relaciones del individuo con el extranjero, sino también sus relaciones con los individuos de su propio clan y aun consigo mismo».

La proyección de tal patogenia sobre los pronunciamientos es clara para el autor: no hay militares (salvo excepciones, suponemos) vesánicos que ambicionen el poder político, sino, casi siempre, militares prestigiosos que por su fuerte personalidad y servicios prestados tienden a resolver de un cuartelazo «los graves problemas que afectan en ese momento a su patria..., sin percatarse de que las estructuras, los intereses y las motivaciones de ahora son radicalmente distintas de las que operaban cuando la clase de guerreros, con su autoridad, conducía a un pueblo hacia un esperanzador futuro. Por eso el golpismo no resuelve el futuro de los pueblos». La historia corrobora lo certero de este análisis. Hasta la fisonomía de algunos justiciables encaja milimétricamente con «esos militares prestigiosos» de «fuerte personalidad». Los generales argentinos, ensangrentados hasta la locura, proclaman ahora, con una nación de increíbles riquezas sumida en la miseria, lanzado el país a una guerra estúpida, su firme convicción de la necesidad del regreso a un régimen constitucional y de libertades democráticas. La concepción retórica y joseantoniana de patria como «unidad de destino en lo universal», no sólo fue citada por algunos procesados. También lo hizo uno de los más connotados codefensores. Otras citas autoritarias las aportó el general Cabeza Calahorra, destinado al parecer a dotar a los justiciables del sostén teórico en que apoyar sus acciones y alegatos. La definición va en contra de la propia pretensión de los portavoces de las FAS de hablar de un ejército despolitizado, que, sin embargo, hace uso del obvio «tic» histórico procedente de nuestro pasado político más próximo, extraído de la ideología hegemónica del alzamiento de 1936.

El amor a la patria quebró, en la intervención final, algunas gargantas, próximas al llanto, inspiradas posiblemente por esta otra reflexión: «La emoción del pueblo sencillo que aplaude el paso de un ejército por sus calles está impregnada de una espiritualidad indefinible, de una carga de valores morales. Y son estos valores morales, más o menos sintetizados en la noción compleja de patria, los que el

pueblo aplaude...» No parece razonable, no obstante, utilizar el fervor de domingo de la ciudadanía que contempla un desfile militar, para extraer dudosísimas legitimidades como sostén a la energúmica acción de secuestrar con el uso de las armas al Gobierno en pleno y al Parlamento, elegido libre y soberanamente por esa misma ciudadanía.

Al final, la sentencia de Clausewitz planea como una losa sobre la techumbre de la sala: «Un ejército valdrá lo que valga su cuerpo de oficiales.»

AL CÉSAR LO QUE ES DEL CÉSAR

A finales de abril, el ministro de Defensa Alberto Oliart, mostraba al Parlamento un ambicioso plan de renovación y rejuvenecimiento de las Fuerzas Armadas que contemplaba mejoras tecnológicas, previsiones estratégicas, políticas de alianzas, todo ello muy razonable.

Se advirtió en el informe, no obstante, una ausencia ominosa, incomprensible: la inexistencia de un análisis —con prescripción de posibles remedios— de ese universo cerrado, monolítico y aislado que es el mundo militar.

El teniente general Milans del Bosch, en su alegato final tras la intervención de las defensas, habló del «estado de necesidad» en España —la recordada «Situación límite» del histórico artículo del teniente general De Santiago en el diario *El Alcázar*, poco antes del febrero-zo—. Era una situación, según este príncipe de la milicia que inundó Valencia de tanques, aún peor que la que atravesaba España en julio de 1936.

En idéntico sentido se pronunciaron infinidad de procesados y defensores. Es razonable pensar que —usemos el símil de Campoa-mor, del general Armada en su deposición— Milans del Bosch tenía una visión de la España de febrero obtenida a través de un espejo convexo, obviamente deformada. No es, lamentablemente, una opinión particularísima y única la del teniente general. Bien al contrario, semejante óptica se detecta en un sector muy concreto de oficiales, jefes y generales del ejército.

Tan esquemática como injusta visualización de los males de España tiene orígenes y procedencias múltiples. La bazofia propagandística que algunos órganos de la extrema derecha suministran machaconamente al ejército —con informaciones malignamente deformadas y falsas, embates destructores de las instituciones democráticas, incendios apocalípticos— es naturalmente una de las concausas, pero no la mayor. El terreno donde germinan estas oscuras literaturas está bien abonado por la historia, por las particularísimas condiciones sociológicas de nuestro ejército.

La famosa endogamia de las Fuerzas Armadas españolas. Cincuenta mil generales, jefes y oficiales, con sus familias, conviviendo en una hermética campana de cristal, un introvertido invernadero. El general Ornar Torrijos, hombre fuerte —hasta su fallecimiento, el pasado verano— del régimen panameño, acostumbraba a explicar cómo una de sus principales preocupaciones, tras la toma del poder

en 1968, fue la de entreverar a los miembros de la Guardia Nacional con el pueblo panameño, con sus aficiones, sus diversiones, sus vivencias, sus problemas. Aquí no hay nada de eso.

Los militares trabajan juntos, estudian juntos, viven juntos, se divierten juntos. Los mismos médicos, idénticos centros recreativos. Su contacto con el mundo exterior es circunstancial y leve. No ha de extrañar que muchos consideren que las posibilidades estéticas de la arquitectura y el urbanismo se agoten, pongamos por caso, en los mamotréticos y moscovitas bloques del Patronato de Casas Militares. El madrileño Club Deportivo Militar de la Dehesa —lugar del célebre incidente de las coplas de Tejero— obsequia a sus miembros con conciertos —soprano y pianista— de Mozart, Schumann y Granados.

(En un boletín vecino, junto a la información recreativa, publicidad ilegal de todo un *buffet* de parafernalia «kung-fú», palos, espadas, «estrellas» y demás aperos de matar utilizados por los practicantes de las llamadas «artes marciales».) En la Dehesa —o en cualquier otro-centro similar— se encuentran, conviven, se divierten generales, jefes y oficiales con sus familias, se relacionan sus hijos, se traban amistades, germinan noviazgos, cristalizan matrimonios con posibilidades de que el varón sea, a su vez, alumno o egresado reciente de la Academia Militar de Zaragoza, cualquier «joven Torless» hispano. El ciclo comienza de nuevo, perpetuando el alarmante aislamiento social del colectivo, el semillero de cesares. Los psicólogos sociales nos hablan de los peligros que tal aislamiento conlleva, pero, infortunadamente, en los planes de modernización de las FAS expuestos por el ministro a los miembros de la Comisión de Defensa de la Cámara Baja no se contemplaba, no ya los remedios a tal soledad social, ni siquiera el enunciado del problema.

A esto se ha de unir el especial sentido del orden y la tranquilidad ciudadana acuñado en el seno de la familia militar, los hábitos autoritarios desarrollados a lo largo de los últimos cuarenta años por muchos de sus miembros, todo un código muy particular de actitudes y conductas desprendidas de este condicionante histórico, el cesarismo, el protagonismo social, el «síndrome de casta» privilegiada. El citado comandante Hilario Martínez reseña esta ideología arquetípica en el soldado que se siente «depositario por derecho propio, avalado por la misión de los ejércitos de esas esencias (patrias), cuya quiebra o menoscabo arrastrarían a su patria por el sendero del deshonor y de la vileza».

Cuando Milans hablaba en su alegato final del estado de necesidad, de la caótica situación en que se hallaba España en los momentos previos a la asonada de febrero, «peor que en julio de 1936», sus palabras no surgían de una actitud demagógica, justificadora del pronunciamiento. Eran dictadas por un convencimiento hondo y sincero, enraizado en una diagnosis «militar», esquemática, parcial, distorsionada y evidentemente errónea. Ni un esquimal despistado compararía la España de 1936 con la de 1981. La idea del sosiego social que anida en estos sectores de la milicia no contempla la participación ciudadana a través de partidos, organizaciones sindicales, lugares de encuentro, debate y negociación, la expresión popular libre y soberana expresada a través de la infinidad de cauces de que dispone un sistema democrático. Repugna. Es una

concepción mesiánica y redentora del bienestar de la nación, cuartelera y férreamente jerarquizada sin ocasión para discusiones, confrontaciones y debates. Una de las demandas platónicas para los ejércitos, una «cierta tendencia a la cólera», será el detonante para arrinconar el segundo presupuesto del pensador socrático: los guerreros «no serán feroces los unos para con los otros... Es preciso que sean suaves para con sus amigos y que guarden toda su ferocidad para los enemigos...».

La concepción que la familia militar tiene de su sagrada misión (volvemos a Hilario Martínez) —atender a las perturbaciones exógenas y a las interiores para «oponerse a la subversión o a la violencia y asegurar el cumplimiento de las leyes»— se incardina con ciertas interpretaciones prepotentes, cesaristas y desmesuradas del rol político que han de jugar las FAS. De ahí surge toda la algarabía constitucional montada a lo largo de la larguísima causa 2/81, de las sesgadas y heréticas interpretaciones que allí se hicieron, de la pintoresca y estremecedoramente cómica lectura del artículo octavo de nuestra Ley de Leyes.

Las Fuerzas Armadas como garantes de la «integridad territorial» es un postulado que justifica la acción del 23-F, pues tal integridad estaba en peligro por los embates terroristas y separatistas. Se omite el pequeño detalle de que es el Gobierno quien detenta y ostenta legítimamente el poder de tomar todas las decisiones. Idéntico argumento al que podría esgrimir un invasor de pisos desocupados, amparándose en el mandato constitucional que establece que todo español tiene derecho a una vivienda digna.

Caso similar —y aún más preocupante— es el del apoyo que los encausados buscaron en la idea de una supuesta —posteriormente admitida por ellos mismos como errónea— voluntad real en la conjura. Al margen de lo maligno y descabellado de la insidia, lo inquietante reside en el desconocimiento constitucional que supone tal creencia. Pocos días después de la asonada de febrero, este cronista asistía a una tensa cena en la sede del Ministerio de Defensa con el ministro, laJUJEM en pleno —Junta de Jefes de Estado Mayor— y numerosos generales y almirantes.

Un prestigioso general, ejemplarmente respetuoso con el vigente ordenamiento, respondía así a la pregunta inocente de este informador: «Si el Rey se hubiera sumado al pronunciamiento, todo el ejército le hubiera seguido como un solo hombre.»

La aseveración es tan elocuente que no precisa añadidos, y revela, por otra parte, que en ese artificial y postizo conflicto de soberanías entre la Constitución y la Corona, en las FAS existe el convencimiento general de que la última palabra corresponde al Jefe del Estado y Comandante supremo de los Ejércitos.

Tan sólo el abogado Nieto Funda, en su nonato informe —fue rechazado por su defendido, el teniente Vecino—, se atrevió a poner las cosas en su sitio.

El Rey es «irresponsable», no tiene, por tanto, responsabilidad legal, es descabellado pensar en la persona regia deponiendo como testigo, tal como intentaron algunas defensas. Su poder, según la Constitución, es arbitral, moderador, nunca ejecutivo. Los reales decretos siempre refrendan una decisión

del Ejecutivo.

He aquí, somera, tenuemente expuesto el gran interrogante: ¿cómo se transforma este mundo endogámico, febril, aislado y recocado que habita en algunos espíritus militares, que sin menguar un ápice la tensión patriótica, se convierte en un colectivo permeable, abierto, integrado activamente en la gran sinfonía unívoca, pacífica y libre de la gran nación española?

CAMPAMENTO SOMOS TODOS

Lo relata Borges. Son historias de jinetes, de aquel estanciero uruguayo que buscó un capataz gaucho y cuando éste llegó a Buenos Aires, alquiló una habitación de la que no salió en tres días, porque los gauchos temen a la ciudad.

O aquel regimiento de caballistas que tomó la ciudad de Paraná y se paseó por ella galopando y dando alaridos y pifias, como un juego de hombría. O los mongoles que tomaron Pekín, pasaron a degüello la población, saquearon las casas y les prendieron fuego, no por sadismo, sino por encontrarse desconcertados. Acostumbrados a la vida esteparia, no sabían qué hacer con el reino más viejo y culto de la Tierra. Las «eternas especies del jinete y de la ciudad» son como arquetipos universales e imperecederos del guerrero que batalla frente al hogar del raciocinio y la singladura del saber, y también hicieron su aparición en la causa 2/81. Numerosos procesados sugirieron su acomplejado respeto, una especie de tímido retraimiento ante el «templo de la palabra» invadido. Entre ellos, naturalmente, no estaba el energuménico teniente coronel que ingenió el asalto, pero sí, a guisa de ejemplo, ese correcto comandante de Estado Mayor, Pardo Zancada. Interrogado por el fiscal si había penetrado en el hemiciclo donde permanecían retenidos el Gobierno y la Cámara, respondió que no. Dio permiso a algunos «soldadi-tos» que sentían curiosidad por ver a los moradores del interior de la Cámara, pero el oficial ni siquiera se acercó a las acristaladas puertas.

Semejante actitud de receloso respeto hacia la Cámara en algunos letrados de la defensa, puesta de manifiesto en preguntas, o informes, o en los interrogantes lanzados al único parlamentario que depuso como testigo, el socialista Enrique Múgica.

Curioso paisaje el de los defensores. Algunos, incluso, siguiendo su fervor patriótico, se presentaron a los encausados, poco después de su arresto y detención, para ofrecerse como defensas. Hay de todo entre ellos. Desde el profesional serio y respetado como es el caso de Ramón Hermsilla o de Nieto Funcia, al rocambolesco y zigzagueante Ángel López Montero, viajero en un incomprensible recorrido ideológico que arrancó en el socialismo, atravesó un liberalismo *sui generis* para acabar en las devastadas zonas del pensamiento «ultra».

La retórica florida y golpoide de Adolfo de Miguel, patriarca de los togados; el inclasificable coronel Carlos de Meer, que convierte, en la comparación, al líder de Fuerza Nueva, en un inofensivo liberal; el impresentable Gerardo Quintana,

antiguo mercenario en Kinshasa; Pedro Martín Fernández, letrado de putas y esquineras, etcétera. Ya ha sido escrito por doquier.

Digamos que las conductas procesales de los defensores son susceptibles de ser clasificadas en tres apartados: apocalípticos, integrados y suplantadores de Dios. Varguitas Llosa, hablando del universal libro de caballerías valenciano *Tirant lo Blanc* habla de su autor, Martorell, como uno de esos privilegiados creadores que etiqueta como «suplantadores de Dios», fabuladores de universos profundos e imaginarios. En los escaños de las defensas no se escuchó demasiado buena literatura jurídica, pero sí alegatos hirvientes e imaginativos, ensoñación de fantasías y mundos imaginarios.

El martilleo incesante sobre las neuronas de los presentes en la sala de mensajes dóciles y actitudes sumisas de los procesados, de su amor a España, su respeto a Su Majestad el Rey, su intención de proteger la Constitución llegó a sumir a algún observador ingenuo en la dolorosa duda de si allí no se sentaban las ánimas benditas.

Los letrados de la defensa cumplían con su sagrado deber de intentar la exculpación de sus defendidos, pero de muy distintas maneras. Desde los apocalípticos Escandell, Quintana, De Miguel, Zugasti, López Montero, Hernández Griñó, Ortiz Ortiz, entre otros, a los integrados fen el respeto al ordenamiento constitucional y la profesionalidad estricta —Novalvos, Nieto, Hermosilla, Esquivel, Villalonga, Segura...

Jacques M. Vergés, letrado francés experto en procesos políticos —él mismo fue abogado del FLN argelino y de los comandos palestinos—, traza dos tipos de actitudes, de estrategias a seguir en materia de defensa política (y el proceso del 23-F lo ha sido más que ninguno): los procesos llamados *de connivencia*, en los que el acusado respeta las reglas del juego aceptando la legitimidad de las leyes por las que es juzgado, la competencia del tribunal, las personas que lo conforman, y, un segundo caso, el de los *procesos de ruptura*, en los que el acusado se erige en acusador de los representantes legales de un sistema que considera injusto. Vergés añade que ante la atenta mirada de los medios de comunicación que garantizan la difusión mundial del proceso, los de ruptura son siempre más eficaces, tanto para la idea defendida como para el interés individual del procesado. Un prestigioso general, pocos días después del intento de golpe de Estado, aseguraba que si algunos implicados no hubieran adoptado una actitud dubitativa e insegura, el golpe se hubiera consumado con éxito —aunque no aventuraba una duración superior a las veinticuatro horas con los rebeldes en el poder—. Pues bien, en el desarrollo de la vista, la actitud de algunos procesados y defendidos sobrenadó entre las dos aguas de la *connivencia* y la *ruptura*. Milans del Bosch, el propio Tejero y algún otro justiciable aseguraron que en situación similar reaccionarían y actuarían de forma idéntica. López Montero, defensor del teniente coronel Tejero, basó un extenso episodio de su informe en la presunta mutabilidad de las Constituciones, que hoy son ley, mañana papel mojado, simple historia. Es la ley impuesta por el vencedor y el escarnio a quien fracasa. Idéntico argumento fue utilizado por otros defensores, el teniente Hernández Griñó, entre

ellos.

Y un segundo aspecto. Vergés estima que en la mayoría de los procesos de ruptura, la defensa persigue más aún que la absolución del acusado, sacar a la luz sus propias ideas. Propaganda política a toneladas en las sesiones de Campamento.

Desde los burdos y descarados mítines de García Carrés en su deposición, en la fase de interrogatorios y alegato final, hasta las filtraciones sibilinas de defensas y codefensores. Y el broche de oro: como Sócrates mofándose de sus jueces, Tejero Molina llamó cobardes y traidores a la patria a «una buena parte» de jefes del ejército.

Y una estrategia común en todas las defensas: igual que en Nuremberg, aquel otro gran proceso-espectáculo, los togados se aferraron al concepto de disciplina y «obediencia debida». El ejército dejaría de existir como arma eficaz si cada orden debiera ser consultada previamente en caso de duda ante una posible inconstitucionalidad.

Así, los justiciables apelaron a la «fuerza». La «fuerza», abstracción invencible, mística de intervención esgrimida frecuentemente por los procesados que hablaban de ella con el mismo embeleso reverencial que los caballeros *Jedi* de Obi Wan Kenobi en *La guerra de las galaxias* cuando mencionaban el misterioso fluido de La Fuerza.

Al final de estas apresuradas líneas de resumen, la sentencia de Alfredo de Vigny, sus palabras: «El ejército es mudo y ciego. Golpea delante de él allí donde le ponen. No quiere nada por sí, obedece por resorte. Es una cosa grande que movemos y que mata. Pero también es una cosa que sufre...» El ejército español sufre con este maldito, necesario, doloroso proceso. Que el tiempo alivie su dolor y cicatricen las llagas.

No sería justo terminar estas crónicas sin un memorial breve y solidario a esa tropilla original y anarcoide que ocupaba perpleja y amenazada los escaños de la prensa. Las fuerzas democráticas, partidos y sindicatos fueron en esta ocasión, merced a un pacto no escrito, «el gran mudo» ante el proceso. Sólo la prensa, con su invisible poder, su fuerza colosal, fue el rompeolas inmóvil y rocoso que se enfrentó a las galernas de la involución. Y se ha pagado un precio en los frágiles cuerpos del entrañable grupo.

Algún redactor-jefe ya se expresa como si fuera un coronel, y quizá posibles psiquiatras incrementan la nómina de sus clientes con la presencia de informadores con depresión, neurosis o manía persecutoria.

Revisión de hábitos, de «tics» y de opiniones. Alucinaciones y pesadillas. Pilar Urbano sueña con proboscídeos que barritan; Pedro V. García piensa en trapenses meditaciones tras el injusto juicio que merecieron sus escrupulosamente objetivas crónicas; Calvo Hernando murmura desolado y asqueado; Martín Prieto revisa su método de análisis caracteriológico, basado en el brillo y la insistencia de las miradas, tras ser atravesado, como un acerico, por las córneas feroces, las cerbatanas de la ira.

González Ferrari, Antoñito Jiménez —antes el «Cinco crónicas», hoy el «Cinco

depres»—, los chicos de Efe y Europa Press; Paco Mora, el *look* prerrafaelino y vikingo de Victoria Lafora; Merce, la chica del *Avui* —el *seny* elegante en Campamento—; Castillo Meseguer, «Sestinfo dos», los chicos de la radio —la fiel infantería—; Jordi García Candau, el micrófono adorable, casi tan buen barítono como periodista; los «MCSE», García Brera, los chicos de la ínter, los corresponsales extranjeros; el pintor José Luis Verdes —dispuesto seguramente a recobrar el pincel tras la catarsis—, todos... ante la desesperación a veces sólo cabe sublimar nostalgias y solidaridades.

Y este discreto abajo firmante tras mascullar y ahuyentar tentaciones de desenterrar viejos oficios olvidados, aterriza en una constatación irreversible: Campamento, ya, somos todos... Que brille la justicia.

(*Diario 16*, 27-31 de mayo de 1982.)

LA ÚLTIMA SESIÓN

Comienza, quizá ha comenzado ya a la hora en la que el lector recorra estas líneas, el último y acaso definitivo episodio de aquella locura que fue el «febrerazo» de 1981, esta vez en la última instancia, la sala segunda del Tribunal Supremo.

La vista de los recursos de casación se iniciará con la lectura del informe del fiscal general del Estado, Luis Antonio Burón. Informe que arroja las novedades ya conocidas: traslación del liderazgo de la intentona del general Milans al general Armada —al parecer, Armada llegó a confesarle a dos compañeros suyos de generalato que se había sumado a un golpe «y he perdido»—, la presunción de nuevos delitos, como el de atentado, previsto en el artículo 233 del Código Penal, y una redacción del texto que revela múltiples y heterogéneas plumas, citas aportadas por muchas manos, párrafos estilísticamente inconfundibles y sin parentesco con sus vecinos.

Resulta, por otra parte, cabal la presunción de tal delito de atentado en el teniente de la Benemérita Ramos Rueda —aquel personaje agreste y montaraz que iba a cultivar, aquella tarde de febrero, su huertito en la carretera de Burgos, cuando recibió el correspondiente aviso por el radio-teléfono del coche—, al que se le ve en la filmación del vídeo zarandear al general Gutiérrez Mellado. No está ya tan clara la misma acusación contra el teniente Bouza Carranco. En cualquier caso, muchos observadores consideran que resulta jurídicamente discutible, y hasta inviable, traer un nuevo delito en la fase de recurso de casación, aunque otros tratadistas sostienen lo contrario.

Los abogados, por su parte, se han preparado colegiadamente para ello. En una reciente cena celebrada en Madrid por todas las defensas, López Montero —defensor de Tejero— y Adolfo de Miguel llegaron a sugerir al resto de los letrados la realización de una defensa conjunta y solidaria, propuesta que fue rechazada por las palabras de algunos, y el silencio de la mayoría.

Asimismo, el propio López Montero llegó a proponer que si el Tribunal le retiraba la

palabra a alguno de los abogados, el resto, solidariamente, se pusiera en pie y abandonara la sala. Tal propuesta de plante fue, asimismo, rechazada. No resulta habitual que los magistrados del Supremo le retiren la palabra a un defensor, pero conociendo el pelaje de alguno de los abogados que defienden a los implicados en la intentona del 23 -F, no es extraño que ocurra.

Porque al lado de caballeros como Segura Fern —defensor del general Milans, entrañable y tierno cascarrabias, que en el patio de Campamento hizo las delicias de los informadores que tuvimos la ocasión de tratarle— se alinean especímenes de difícil descripción. Véase si no esta gema: el abogado Ortiz Ortiz, defensor del teniente de la Guardia Civil Izquierdo Sánchez, aseguró en la citada cena de abogados que él pensaba decirle al representante del ministerio fiscal tras la lectura de su informe: «Señor fiscal, usted no tiene vergüenza...» Compañeros más sosegados y sensatos le sugirieron no intentar tal proeza.

También Adolfo de Miguel —abogado de Camilo Menéndez— aclaró en la mencionada cena las razones por las que había renunciado a defender a los citados militares: haber sido presidente de la sala segunda, temer que tal condición quizá ocasionara penas más duras contra sus defendidos y no estar dispuesto a tolerar que los magistrados, antiguos subordinados suyos, le levantaran la campanilla para retirarle la palabra...

(*Diario 16*, 6 de abril de 1983.)

EL FISCAL

En el viejo almacén de Campamento, donde se ubicó el doloroso y accidentado *happening* forense del 23 de febrero, circulaba hace un año por estas fechas aquel adagio músico-legal según el cual la justicia militar es a la Justicia lo que la música militar es a la Música.

Pues bien, el palacio de la plaza de París, enclave del Tribunal Supremo, empañó ayer sus estucos y cornisas, sus atormentadas arquitecturas, con melodías procesales de muy diferente coloración tonal a los wagnerianos estruendos que durante más de tres meses torturaron los sufridos tímpanos de quienes asistimos al vía crucis del Servicio Geográfico del Ejército.

En el Supremo han dejado de oírse percusiones y metales para escucharse otras músicas más pausadas. Estamos ante la Justicia, su templo y sus «gurús», los magistrados de la sala segunda del Supremo.

Tenía razón uno de los defensores —reunidos todos ellos pocos momentos antes en una cafetería de las proximidades— al señalar que el informe del fiscal general del Estado, Luis Antonio Burón Barba, había ignorado la particular idiosincrasia de los hombres de la milicia. No está muy claro, en cualquier caso, por qué habría de ser tenida en cuenta, cuando se juzga algo tan serio como es un intento de golpe de Estado.

Un ambiente «civil» arropó desde un principio las palabras del fiscal, a diferencia de aquel asfixiante hervor de estrellas, medallas y galones que nos cohibía y amedrentaba en Campamento. Hasta el conocido y pro soviético fiscal Chamorro estuvo presente en la sala.

Cabe reseñar, sin duda, y al margen de las discrepancias, el respetuoso ademán del fiscal general hacia las sentencias y actitudes del Consejo Supremo de Justicia Militar.

Y también la hábil y definitiva maniobra, por parte del fiscal, de destrucción de los monocordes y unitemáticos argumentos de los encausados del «amor a la Patria» —esa patria de obedientes mujeronas, fabada y casas regionales, tan inolvidablemente descrita por Tejero Molina— y el «estado de necesidad». A lo largo de todo el proceso, los encausados se empeñaron concienzuda y sistemáticamente en amar a España hasta el paroxismo, pero sin tener para nada en cuenta a los españoles. Cánovas, en los labios de Burón Barba, les dio la respuesta: «Con la patria, con razón o sin ella, como con la madre», para recalcar posteriormente: el amor sectorial no es excusa, «salvo el amor a la patria en común». Para insistir poco después, señalando un olvido incomprensible, el zarandeo de que fue objeto el teniente general Gutiérrez Mellado: «Este es un atentado gravísimo de un militar sobre otro superior..., algo que nos avergüenza.»

Y se ocupó posteriormente en llenar las lagunas que a su juicio habían dejado los ilustres miembros del Consejo Supremo de Justicia Militar constituidos en Tribunal. Armada era el jefe político de la rebelión, el coronel Manchado —aquel oficial que se expresaba con lenguajes de taller, salpicando sus exordios de valvulinas, amortiguadores y baterías, y que fue quien prestó las fuerzas y vehículos a Tejero—, aunque no fue un promotor, colaboró en la rebelión cediendo fuerzas propias.

No procede, asimismo, y siempre según el fiscal, la eximente de obediencia debida en el caso de los siete tenientes de la Benemérita, que «pudieron y debieron deshacer cualquier duda sobre el carácter delictivo de sus actos...». La primera intervención de las defensas corrió a cargo de Segura Fern, abogado-estrella del colectivo de defensas, letrado del general Milans y, dado su éxito en Campamento, defensor asimismo del coronel Ibáñez Inglés, los capitanes Muñecas y Dusmet y el teniente Carricondo. Tal aglomeración de causas obligó a Segura Fern al esquematismo y a una mayor incidencia en su principal defendido, Milans del Bosch.

Mientras tanto, en la sala, semivacía de público, el ultraderechista Sánchez Covisa, inevitable en este tipo de festejos; el capitán de la Benemérita, Acera —que negaba con la cabeza algunas afirmaciones del fiscal— y la señora de Menéndez, esposa del marino Camilo, fragante floréenla otoñal en las primaverales tardes de Campamento. Es como una segunda representación de la vieja pesadilla...

(Diario 16, 7 de abril de 1983.)

LA SENTENCIA

Ayer, lectores, al conocerse la sentencia definitiva del Tribunal Supremo sobre los recursos de casación del 23 -F, este país cerró un capítulo trascendental de su historia más reciente, un episodio aterrador que aún produce escalofríos, y que este columnista ha vivido con especial intensidad en todas sus fases.

La sentencia definitiva de la justicia civil ha llegado envuelta en una atmósfera de impenetrable misterio y sigilo que ni siquiera el Gobierno fue capaz de penetrar. El presidente del Gobierno, Felipe González, veinticuatro horas antes de que se hiciera público, no conocía ni un solo dato del contenido del voluminoso —más de doscientos cincuenta folios— *dossier* del Supremo, aunque en algunos medios —este periódico así lo anunció hace ya días— se estimaba que se produciría un notable aumento de las penas, como así ha sido.

En primer lugar, no hay más remedio que recordar que los magistrados de la sala segunda han venido a coincidir en el espíritu con la actitud editorial de este diario, que consideró inadmisibles las condenas impuestas a los golpistas por el Consejo Supremo de Justicia Militar.

IX UN PREMIO Y TRES «TERCERAS»

El autor, que colaboró durante algo más de un año con el diario monárquico y conservador ABC —aquí se recoge su primer artículo— fue galardonado con el premio Luca de Tena, en su edición de 1995, por un texto publicado un año antes en Diario 16, «Tal como éramos...», En este capítulo se publica el texto premiado y el discurso que pronunció en la entrega del premio, «Vigencias y mutaciones de la censura».

Asimismo, el autor publicó también varias «terceras» —artículos de la tercera página del periódico— en el citado diario, tres de las cuales se incluyen en este capítulo.

TAL COMO ÉRAMOS...

(Premio Luca de Tena)

Como esas raras coincidencias cósmicas, en las que astros y satélites enhebran una invisible, prodigiosa y gigantesca línea recta hasta negociar el eclipse, en la noche del pasado lunes, Pilar Miró, la que fuera directora general de RTVE y reputada directora de cine, compareció en la tribuna madrileña del siglo XXI. Habló de su antiguo partido, hoy ya abandonado —el PSOE—; de la crisis moral que vive España —responsabilizando en gran medida a los gobiernos socialistas del actual estado de cosas—, de González, al que comparó con César (Bruto se alzó contra César «no porque le amara menos, sino porque amaba a Roma más»)... Y, naturalmente, de Guerra, en el que residenció todos los males y vicios políticos y *tics* autoritarios del partido y, en buena medida, de toda la clase política española. «Tal como éramos» era el título de su conferencia, tomado del film de Pollack, en torno al cual trenzó sus reflexiones a medio camino entre la nostalgia, la decepción y las presentidas imprecaciones. O, acaso, del título de uno de los artículos más bellos y memorables que se hayan escrito a lo largo de toda la transición, con similar epígrafe. «Tal como éramos» fue la irrepetible pieza firmada un 7 de diciembre en el diario *El País* por uno de los siete ponentes que elaboraron la Constitución, Gabriel Cisneros —entonces, miembro de UCD; hoy, diputado del PP—, amigo desde la adolescencia de Pilar Miró y presentador de la conferenciante.

Para explicar las analogías no sólo generacionales de Cisneros y Miró, releamos el primer párrafo de aquel texto: «Cada cual disfruta de su *Swann* particular. Yo no necesito el olor del barniz de la escalera de Combray. Ni siquiera los estribillos de Richard Hagemman obligando a marcar el paso a Victor McLaglen para disipar la majestuosa borrachera de *Fort Apache*, o la balada de Cyril Mockridge haciendo bailar a Linda Darnell y Henry Fonda en *Pasión de los fuertes*, A mí es la prosa torturada de la Constitución la que me pone a punto la memoria y me dispara a tope los mecanismos de la evocación. No sólo para recordar cómo se hizo, quién la hizo o por qué se hizo y quiénes la hicieron. Sino, más radicalmente, para evocar —¿o para reconstruir?— por qué éramos como éramos, cómo éramos quienes la hicimos: tributarios los siete, prisioneros los siete, orgullosos los siete, responsables los siete de nuestras propias biografías.

»Eramos tres "mesetarios" y cuatro periféricos...» Etcétera. La larga cita del magistral artículo de Cisneros que traemos a esta página no es baladí y engarza ciertamente con la compartida pasión por el cine como ilusorio y mágico refugio generacional frente a las irrespirables atmósferas de aquellos cuarenta años. También hay en los textos de ambos —Miró y Cisneros— todo ese reconcentrado y atolondrado vitalismo de aquella generación, genial y grandiosamente despistada. Cine, pasión, libertad, política... «Fuimos —decía Cisneros en su presentación—, como Pilar recuerda después, una buena

promoción (Facultad de Derecho de la Complutense de Madrid, cosecha de 1959) de buenas gentes. Ella también tiene el buen gusto y la pulcritud intelectual de no exagerar, aunque extienda sobre el conjunto de la promoción rasgos de identidad de más problemática aceptación. Pero dicho quede que de aquella promoción formaron parte S. M. el Rey —en su ciclo de estudios jurídicos— y nada menos que tres de los siete redactores de la Constitución española de 1978. Y Pilar Miró. Comprenderán ustedes que sintamos la tentación de sacar pecho...» La coincidencia de ambos, en los enrarecidos tiempos que vivimos, con todos los «tótems» culturales, generacionales y nostálgicos compartidos, convierten la conferencia de Pilar en un acontecimiento inusual.

Cisneros, sin embargo, fue mucho más severo en su presentación a la hora de analizar nuestra realidad de hoy. Memoria, entendimiento y voluntad, las tres potencias del alma. «El empeño de privarnos de la memoria, desarraigarnos como adanes, tergiversar la historia de España, asegurar que sólo somos europeos del siglo XIX y ejercer una aprobación indebida de la transición, el proceso constituyente, el advenimiento de la democracia y lo que les echen. E ignorar, por ejemplo, que el 26 de octubre de 1979, con la UCD en el poder, fue el primer día en más de dos siglos, al menos, en que no había ni un solo preso en las cárceles españolas por motivos políticos, ni un solo español exiliado fuera de nuestras fronteras por los mismos motivos. Es sabido que la memoria es subversiva y por eso, recordar tal como éramos es un saludable ejercicio de subversión...»

Cisneros —es una pena que la política nos haya hecho perder a una de las plumas más gloriosas del periodismo político de las últimas décadas— responsabiliza a Miró de haber contribuido, desde su sensibilidad estética, a la creación «de ese mito, apoteosis del peor barroco tardío, extraído del casticismo más deleznable de nuestra picaresca que es el presidente que nos gobierna...».

Miró, en cambio, no es tan severa con González, reconoce sus virtudes, con la boca pequeña —aunque sucumbe a una tentación tan dudosamente original como es la de llamarle «César»— y únicamente le responsabiliza de no haber sabido optar, con el toro asido por las astas, para eliminar las influencias «guerristas» en el partido. González, sin duda, tiene sus pros y sus contras. Pero en esta historia de González, Miró y Cisneros, acaso todo se reduzca a la intuición del director de cine Andrés Linares, quien, en un reciente artículo en este periódico, aseguraba: «El presidente no va al cine.» Tal como éramos...

VIGENCIAS Y MUTACIONES DE LA CENSURA

(...) me siento especialmente satisfecho por compartir esta noche el escaño de los galardonados con tan ilustres compañías. El premio Nobel de Literatura Octavio Paz, cuyo sentir lírico e inspirada agudeza ensayística me han servido de nutriente espiritual e intelectual durante tantos años; desde que, hace ya más de

dos décadas, acudiera a entrevistarle y a hablar con él sobre México y España, de política y de literatura. Seguramente Octavio no recuerda a aquel joven y fogoso periodista, un tanto impertinente, que le interrogó durante horas en un vago apartamento en el Distrito Federal que se me escapa de la memoria, en una estancia blanca y luminosa, repleta de figuras, ídolos y máscaras esculpidas por lejanos e inciertos cinceles.

Y una tercera satisfacción: compartir este acto con Tomás Serrano, joven y agudo humorista de pincel y rotulador, premio Mingóte —nuestro legendario y querido Antonio Mingóte— precisamente por quien dirige un periódico como *Diario 16*, que ha sido calificado, creo que justamente, como el diario con el mejor humor gráfico de Europa.

Me gustaría ahora aprovechar una tribuna de tanta resonancia como la que me brinda esta casa, para hablar de periódicos y de periodistas, y, sobre todo, del ingrediente esencial que encabeza la particular tabla de elementos que hacen posible la existencia de ambos. Hablo de la libertad de prensa, de la libertad de palabra y pensamiento, de la libertad a secas y con mayúscula. O, acaso, de su más mortal antagonista, la enlutada y amarillenta dama de la tijera, la censura, ese extraño y enésimo pasajero, proteico y mutante, que se fragmenta en un millón de vidas con ánima y forma propias.

Este organismo es un ser aeróforo, que precisa para nacer y reproducirse de los ecosistemas mefíticos y sin atmósfera, y muere al contacto con el aire libre y la luz de los taquígrafos.

Aquí la tenemos en todo su siniestro vigor y pujanza desde hace décadas, siglos, acaso milenios.

Su esencia mutante la faculta para adoptar infinitas formas, aspectos y ademanes, para convertirse en una melaza espesa, viscosa y paralizadora.

Los estudiosos que han rastreado sus orígenes la descubrieron ya en el Antiguo Testamento. Y en Platón, cuando recomendaba a los bardos griegos no componer nada que contrariara a los sabios, a los justos o a los poderosos, que sus versos no llegaran nunca al pueblo antes de que los censores y los guardianes de la ley mostraran su satisfecha aprobación.

El Pulitzer Arthur Schlesinger Jr. diagnosticó sus más secretos orígenes, como una consecuencia iatrogénica de la interminable pugna entre el poder y el pensamiento, entre el afán de dominio y la palabra. El instinto que propende a suprimir las ideas perturbadoras que alimenta a la censura, está afianzado en lo más hondo del alma humana y se aferra a pulsiones tan irracionalmente incontenibles como son el miedo y la fe, la capacidad del espíritu de sentir temor y de creer más allá de lo que aconsejan la inteligencia y los sentidos.

Todo creyente sin dudas, religioso o laico, es, siempre, un censor en potencia, un servidor entusiasta y acrítico de la censura. Quienes albergan certezas absolutas sobre dónde está la verdad, se sienten moralmente respaldados para suprimir cualquier pensamiento herético.

El fanatismo es el terreno más propicio para la aparición de la censura y Salman Rushdie o los familiares de los periodistas asesinados por el integrista en

Argelia, seguramente estarán de acuerdo con estas palabras. Como lo estaría Giordano Bruno antes de que, en el año 1600, fuera quemado vivo por la santa Inquisición en una campa a escasos metros de la plaza de San Pedro en Roma, por abrazar la concepción heliocéntrica del universo de Copérnico.

Otros la padecieron de forma menos trágica que Bruno. El librepensador Cyrano de Bergerac, acaso el primer escritor que se atrevió a especular, en pleno siglo XVII, sobre la hipótesis de la existencia de vida extraterrestre, hubo de pasar a la posteridad por una comedia satírica que agigantó malintencionadamente su normalísimo apéndice nasal.

Bruno, Maquiavelo, Shakespeare, Voltaire, Rousseau, Hobbes, Milton, Bergerac, Wilde, Lawrence, Joyce, Henry Miller, nuestros fray Luis y san Juan de la Cruz, y un infinito etcétera, son nombres con un denominador común: todos ellos fueron víctimas de la censura utilizada en nombre del Estado, la moral, la religión, o las buenas costumbres.

En el tiempo presente los cambios políticos, los avances tecnológicos, los hallazgos de la ciencia y la secularización de las sociedades modernas, han dado paso a más sutiles formas de censura. Stephen Spender, escritor y periodista alineado con la izquierda moderna europea, establece dos tipos de censura: la negativa, la que suprime las voces molestas —como ocurría con los disidentes soviéticos— y la positiva, la que se genera desde el poder mediante el control de los medios, a los que utiliza como plataforma de informaciones parciales, interesadas y de propaganda.

La genial intuición de Orwell, en 1984, la espeluznante premonición de la llamada fórmula estalinista, diseminada en tres atroces y cibernéticas dictaduras —Eurasia, Oceanía y Estasia—, se apoyó en los presupuestos teóricos de un libro que circuló clandestinamente entre los miembros del Partido Comunista Soviético, *Teoría y práctica del colectivismo oligárquico* escrito por un tal Enmanuel Goldstein, pseudónimo tras el que se ocultaba León Trotski. «Los dos objetivos del partido son conquistar toda la superficie de la tierra y extinguir de una vez por todas la independencia de pensamiento. Hay dos grandes problemas que el partido está decidido a resolver. Uno, descubrir, contra su voluntad, lo que cualquier ser humano piense, y el otro, cómo matar a cientos de personas en unos pocos segundos sin aviso previo.» El escalofriante párrafo pertenece al libro mencionado de Goldstein-Trotski. Orwell también se inspiró, para diseñar su ministerio de la Verdad, en la reescritura constante de los artículos de las distintas ediciones de la Enciclopedia soviética —que, por cierto, definen el trotskismo como movimiento «pequeño burgués»— y en las purgas de los años treinta, en los que dirigentes del partido eran forzados a confesar crímenes que no habían cometido. La sociedad de autómatas estabulados que perfiló Orwell a partir del libro de Trotski, ni siquiera permitía la tenue rendija de los disidentes, auténticos mártires de la libertad de pensamiento y expresión.

Los modernos ingenieros de la propaganda, de la mentira manufacturada, apenas han avanzado, en cuanto a hallazgos para comprar conciencias se refiere, más allá de donde fue la intuición luminosa de George Orwell, que también se inspiró en sus experiencias en la Guerra Civil española.

Hoy, aquí, corren malos tiempos para la lírica, porque nuestros ogros particulares han dado asiento a la iniquidad, en el lugar que el poeta había dispuesto para la filantropía.

La censura hoy, aquí, tiene formas más refinadas y sutiles. Desde la atemorizada autocensura que llevó a André Gide y a otros intelectuales franceses a no escribir sobre los nazis, arguyendo que sus escritos no alterarían para nada el curso de la conflagración bélica; el cuestionamiento, mediante la agresión y la coacción, del papel de la prensa, suplantando los mecanismos de un sistema democrático —la separación de poderes, la soberanía de los jueces para llevar a cabo acciones punitivas como mecanismos correctores de los excesos de los medios—; la ridiculización de disidentes y críticos —la nariz de Cyrano o los manuales nazis de ridiculización de los judíos y los artistas e intelectuales llamados «decadentes»; el silencio cómplice ante las acciones del poder, tendentes a silenciar medios o voces críticas; la aceptación inerte de las versiones interesadas y parciales de la información proporcionada por el poder; la aceptación de la no operatividad de los mecanismos de control y fiscalización de las instituciones; el silencio o la sordina ante los abusos de poder, ante la corrupción; la reescritura de la Historia, por supuesto, y tenemos un ejemplo reciente en las palabras de Jacques Delors en España; las prácticas de espionaje a los ciudadanos, cercanas al estado policiaco... Todas son formas vigentes de censura, teñidas de pusilanimidad o de colaboracionismo.

En 1818 un piadoso editor inglés, Thomas Bowdler, lanzó una singular edición de las obras de Shakespeare. Se llamaba *Shakespeare en familia* y se trataba de una versión convenientemente expurgada de textos escabrosos o procaces, que permitieran que Shakespeare pudiera ser leído, en voz alta, en el seno de una familia cristiana. A partir de entonces se acuñó el verbo *bowdlerizar*, cuyo significado no es preciso explicar. Aquí, ahora, vivimos también en una sociedad un tanto *bowd-lerizada*.

Pero la lucha por la libertad frente al fanatismo, la intolerancia y el absolutismo que conducen a la censura, es una pugna que difícilmente tendrá un final completo, aunque la guerra de la libertad de expresión frente a la censura, en sus mil formas, se esté ganando.

Quisiera finalizar con una memorable sentencia de Elmer Davis, pronunciada en los momentos de mayor esplendor represivo del ma-carthismo: «Esta tierra sólo será la de los hombres libres, en la medida en que también sea el hogar de los intrépidos.» De los capaces de vencer el miedo...

(Discurso en la entrega del premio Luca de Tena Madrid, 14 de junio de 1995.)

TRES “TERCERAS”

PERFUMES

Las brumas prenavideñas son siempre el prelude de esa atosigante y a veces insoportable invasión de fragancias que nos traen los *spots* televisivos y, como cada año, siempre pienso en él. En aquel abominable y deforme Jean-Baptiste Grenouille, que nació bajo la mesa de un puesto ambulante en un mercadillo miserable, entre putrefactas cabezas de pescado, en el París del siglo XVIII, cuyas calles apestaban y los hedores dejaban tras de sí insoportables estelas, casi sólidas, perceptibles al tacto, pues las bacterias aún no habían sido profilácticamente detenidas en su pestilente y corrosiva laboriosidad. Aquel París hediondo y mefítico vio nacer, sin embargo, al Grenouille, monstruosamente inodoro, que imaginó el talento expresionista de Patrick Sus-kind y, junto a un Sena maloliente y pútrido, deambuló la portentosa nariz de Jean-Baptiste, un poderosísimo ajedrecista de los olfatos, instintivamente capaz de seleccionar, etiquetar y archivar miles de olores, que, sabiamente combinados después, podían crear el más sublime de los aromas, tan enervante y enloquecedor que pudo llevar a aquella muchedumbre de mendigos al espantoso ritual del canibalismo, a devorar, en una ceremonia eucarística y bestial, al perfumista prodigioso. Junto al repugnante río, al hedor infernal de cadáveres putrefactos, y gracias a los virtuosos matraces de Jean-Baptiste, convivió un mundo exquisito y embriagador, el del almizcle y la tintura de bergamota, el estoraque, el cuero, el cedro y el tabaco, la esencia de lavanda y de azahar, el extracto de rosa, el romero o el jazmín.

Desde el mismo París, dos siglos más tarde, nos llegan ahora los aromas que los nuevos druidas del perfume preparan para nosotros, para que seduzcamos y agradeamos a nuestro alrededor.

Pero también los perfumes son, en sus ilimitadas aritméticas combinatorias, señas de identidad de los tiempos que vivimos. Cada época tiene sin duda sus fragancias y algún día acaso emprenda la ardua y apasionante singladura ensayística de escribir sobre ideologías y perfumes, si antes no se apropia de la idea alguno de nuestros innumerables cleptómanos oficiales.

Desde la percepción *naif*, de aromático turismo rural con olor a espliego, a requesón fresco, a era y a pañales infantiles, del Heno de Pravia que tranquilizaba mi nariz de *lobisome* adolescente, a aquel ingenuo y apasionado romanticismo creo recordar que del «Embrujo» de Myrurgia —escenificado por un fogoso violinista que besa desmelenado y calenturiento a la dama del piano— hay todo un acompañamiento aromático a las pautas de comportamiento social imperantes, azuzado por los avisados ingenieros de marketing de las grandes multinacionales de la pituitaria.

Corren malos tiempos para la lírica y también para los perfumes, hay dislocamiento y subversión de los valores de ayer mismo y las nuevas y coyunturales señas de identidad aconsejan a los artistas de la probeta la

adecuación lampedusiana al momento olfativo. Los impulsos solidarios —véase el espanto de Ruanda mientras Clinton y Dole se despedazaban en lo suyo— se refugian en las viejas pautas de la caridad cristiana residenciada en las «oenegés», tomadas ahora al asalto por los supervivientes políticos del derrumbe del Muro de Berlín. Puestos a elegir, me quedo con los misioneros combonianos antes que con Bandrés, Mendiluce o Jorge Semprún, los tres con sus lapiceros y sus huchitas del Domund, no vaya a ser que las donaciones recibidas acaben financiando sabe Caritas qué. ... —

Pero hablábamos de perfumes, en un mundo creciente, espantosamente insolidario. Ahí tenemos, por ejemplo, a la firma que nos exhorta a consumir un aroma muy en línea con los tiempos que corren: se llama «Egoist» y su etiqueta ya lo dice todo, subrayando la refriega pu-gilística del modelo televisivo con su amenazadora, autónoma y desobediente sombra, como una recreación subconsciente y olfativa del país de «Nunca Jamás», del síndrome de Peter Pan en el hombre que se negó a envejecer...

La xenofobia también tiene su aroma. Un tal señor Patrick rescataba, con los enérgicos y expeditivos ademanes de un impecable y pul-quérrimo Indiana Jones, vestido de blanco «Woody Alien» —*real Un-nen people*— a la aterrorizada y también blanca y rubia modelo, extraviada en un aproximado y oscuro mercado norteafricano, repleto de amenazadoras chilabas, miradas tenebrosas y oblicuas y sonrisas de cimitarra. La fragancia del intrépido caballero no se le olvidará jamás a ella, ese azul y frío y limpio estilete de tabaco y lavanda abriéndose paso como un salvador y perfumado Amadís, entre las calurosas vaharadas de muladar del apestoso zoco morisco invadido por las moscas.

También estos pasados tiempos de iniquidad tienen, cómo no, su perfume. Esa sinfonía tan mediterránea de maletines y extorsiones de estos trece últimos años; esos misteriosos e innumerables viajes a Suiza; ese frenesí de yates, fincas, constructoras y chalets —«Cosa Nostra» siempre sintió debilidad por el sector de la construcción, como desternillante, genialmente, historió el citado Woody Alien en su *Broadway Danny Rose*—. En fin, esos diseños «políticos» que repugnarían incluso a Dirty Harry, a *Harry el Sudo*, tienen también su aroma para estas fiestas. Se llama «Vendetta» y el *spot* que lo promocionaba hasta ahora nos mostraba a una modelo airada, cimbreante y cetrina lanzando dagas con las pupilas, que encaja como un guante en los estereotipos y las cosmogonías de la metralleta y la extorsión, la venganza —«ti prometo vendetta...»—, el disimulo y el engaño de Mario Puzzo. También ha de ser premonitoria casualidad que una de las ramas maternas que convergen en el linaje de Miguel Boyer Salvador, fuera y siga siendo fundadora y propietaria de la histórica perfumería GAL...

Hay, pues, fragancias para todos: para motociclistas, fetichistas, deportistas, banqueros, machos virtuales —«Vuelve el hombre...»—, *yup-pies*, anoréxicos, *jasps*, *okupas*, *bollycaos*, tercera edad, incluso para sa-domasoquistas: «¡Y que sufran...!», exclama, recreándose, la voz atribuida a la joven que hace esperar

eternamente a su joven hombre en la esquina de un atardecer lluvioso... El indeleble aroma de su perfume compensará, desde la agrídulce evocación olfativa de la incerti-dumbre, la interminable espera que marchitó el ramo de flores de un amante desasosegado por la tardanza.

Grenouille, con sus maravillosos preparados, consiguió rejuvenecer al viejo perfumista Baldini, trasladarle, mediante la tremenda fuerza rememoradora de las fragancias, a sus años de adolescente, al trino de los pájaros, al romance juvenil de un atardecer napolitano de su olvidada juventud. Hoy Jean-Baptiste, su asombrosa nariz de perfumista, catalogaría toda esta infinita galaxia de fragancias televisivas que se «ven» antes de ser inhaladas, como un retablo de olores amorfos, despersonalizados y sospechosamente parecidos, cuya carga emotiva reposa más en la pericia y eficacia del guionista y el realizador de los *spots* televisivos, que en la capacidad evocadora de las esencias. Grenouille, el infame Miguel Ángel de los perfumes, hoy estaría en el paro...

(*ABQ* 20 de noviembre de 1996.)

BORGES EN INTERNET

Lo relató, en un primoroso manuscrito —mutilado en su primera página y datado, según se conjeturó, en 1839—, un misionero presbiteriano oriundo de Aberdeen (Escocia), llamado David Brodie, cuyos afanes de predicador de la fe cristiana en las tórridas mesetas centro-africanas o en las selvas tropicales de Brasil no pudieron atemperar su persistente curiosidad de librepensador que satisfacía a través de las pesquisas antropológicas. El manuscrito nunca vio la imprenta y sólo la minuciosa curiosidad de bibliófilo de su «transcriptor» hizo posible que se nos transmitiera la impagable narración.

Brodie recaló en la región centroafricana que servía de territorio a la inconcebible tribu de los Mlch, cuyos miembros, apenas un escaso millar, bebían leche de murciélago, devoraban los cadáveres crudos de los hechiceros y los reyes,

manifestaban su predilección por los parajes de las ciénagas y el fango al tiempo que desdeñaban los manantiales, los bosques y la hierba de la meseta. Insensibles al dolor y el placer, carecían extrañamente de memoria, aunque esta insuficiencia de los Mlch era compensada por una cualidad no menos peculiar, como era la de predecir el inmediato futuro: «Ahora, allí, cantará un pájaro... allá caerá, después, una rama...» (Si los cosmólogos estiman que el tiempo no existe y tan sólo se trata de un mero y apriorístico signo convencional que imaginamos ¿por qué hemos de revivirlo sólo en una única dirección y siempre la misma? ¿Por qué no recordar el futuro? Los Mlch, misteriosamente, habían resuelto, como vemos, la otra mitad de tan metafísico enigma.)

Su idioma era ciertamente complejo. Carecían de partes de la oración, porque no existían las oraciones sino meras acumulaciones de palabras monosílabas y llevaban hasta su culminación el apresuramiento fonético de los portugueses, por lo que su extravagante lengua carecía de vocales. Hacía mucho tiempo que habían olvidado el lenguaje escrito —vestigios olvidados y dispersos de su escritura sugerían ciertas semejanzas con las «runas» escandinavas— y desde entonces permanecían recluidos en el reducido universo de los sonidos, en la comunicación oral. Su primitivismo no les había desposeído, en cambio, de la virtud intelectual de la capacidad de abstracción, y las palabras de los Mlch tenían la misma dispersión, concatenación y pluralidad de significados que los ideogramas. Sólo contaban hasta cuatro, utilizando los dedos —uno, dos, tres, cuatro, muchos...—, por lo que el infinito comenzaba en el pulgar.

Supongo que no es preciso aclarar que todo lo dicho de David Brodie y de los Mlch no es otra cosa que una soberbia fabulación de aquel apócrifo y burlón «arqueólogo» de las más improbables bibliotecas que fue Jorge Luis Borges, quien nos legó el célebre «informe» del misionero presbiteriano para general gozo y regocijo de sus lectores pasados, presentes y venideros.

Mis primeras brazadas como «internauta», como primerizo navegante por la *Web* de Internet trajeron a mi memoria *El informe de Brodie*. Desconozco cuándo, dónde y por qué, quién o quiénes bautizaron uno de los principales «índices de búsqueda» de «la Red» con el inspirado, expirado, ajustadísimo y enigmático vocablo de «Yahoos» que es, precisamente, el nombre con el que Borges, a través del bueno de David Brodie, bautizó la imprecisa y bestial tribu de los Mlch.

Porque la *Web* de Internet, que crece exponencialmente día a día —decenas de millones de personas conectadas ya a este bendito artefacto al que aún no han llegado los policías del alma y los burócratas de las mentes, aunque ya se muevan inquietos, imaginando mordazas, en sus imperturbables sofás— incorporando a millones de usuarios en imparable y salutífera metástasis, acabará conduciéndonos, a través de formas semióticas, lingüísticas y de comunicación inesperadas, impensables, desconocidas, a la silueta de un hombre nuevo que ya se adivina en las estribaciones del fin de siglo y que *acabará* por condicionar y configurar las relaciones políticas, culturales, económicas, sociales y, en suma, el gobierno y dirección de la colectividad humana.

Los foros o tertulias de la *Web* aparecen crecientemente esmaltados por una lluvia de signos que cobran vida propia a medida que el nuevo lenguaje se ramifica y adquiere mayor complejidad, densidad semiótica y capacidad de expresión y representación. El contacto instantáneo con el resto del mundo permite entrever cómo, a modo de ejemplo, símbolos del tipo de :-) (sonrisa), :-# (silencio), 8-) (usuario de gafas), no son más que el atisbo de los nuevos códigos de comunicación que se abren paso y se completan con todo un infinito enjambre de iconos y signos que configuran la incipiente lengua que cada día cobra vida propia en un nuevo «planeta» que nace, invisible e imparable, ajeno a idiomas o alfabetos convencionales. Acaso estemos ante la nueva «escritura cuneiforme», ante los inicios de la nueva «piedra Roset-ta», con Bill Gates como un reencarnado Jean Francois Champollion del tercer milenio.

Si, según Heidegger, el lenguaje es el hogar del ser, quienes crean sus símbolos y signos serán sus últimos guardianes. Wittgenstein acuñó su celebrado aforismo: «Los límites de mi lenguaje son los límites de mi mundo.» El propio Nietzsche, en su vasta obra lingüística, concluyó luminosamente que aunque la conciencia humana, la cavilación filosófica, el mero acto de pensar no pueden ser entendidos sin la herramienta del lenguaje, su origen se sitúa inequívocamente en el de los impredecibles ámbitos del instinto. Y Chomsky clasifica el lenguaje como una emanación biológica de la herencia genética, como pudiera serlo nuestro sistema inmunológico.

Si el aprendizaje de una lengua en un niño se realiza a través de procesos podríamos decir que similares al del crecimiento de su esqueleto, ¿cómo serán, pensarán, hablarán, sentirán, se comunicarán entrado ya el próximo milenio, esos adolescentes que hoy ya utilizan los aún rudimentarios códigos, signos, símbolos, el incipiente lenguaje, en suma, de la *Web*, con tan alarmante y vertiginosa desenvoltura? ¿Qué harán, cómo se comportarán cuando los ingenieros del silicio imaginen *chips* —que ya están ahí— cien, mil, un millón de veces nemotécnica-mente más capaces, infinitamente más rápidos que los que hoy conocemos? ¿Acaso serán todos como el premonitorio Bill Gates que comenzó, con apenas once años, diseñando programas en su rudimentario ordenador infantil y hoy es ya ese turbador venusiano que fragmenta la realidad y la vida y acto seguido la ordena, sistematiza y clasifica en programas, archivos, iconos y carpetas y que nos visita fugazmente para presentar a la «aldea global» su penúltimo hallazgo informático, como un «Moisés» que desciende sobre «Silicon Valley» con las tablas de la ley *input-output* del Office 97 lanzando rayos láser y destellos fabulosos?

Pese a que el número cuatro era el último de que disponían los Mlch —llamémosle como los «internautas», y en recuerdo de Borges Yahoos—, los mercaderes árabes que traficaban con ellos nunca pudieron engañarles, porque en el canje todo se dividía en lotes de uno, dos, tres, cuatro, muchos...

(ABC, 12 de marzo de 1997.)

ANSON, EL HOMBRE QUE FUE JUEVES

Confieso que en los tiempos de dimisiones, recambios, ceses, renunciaciones y relevos más o menos generacionales que corren —francos y sentidos, unos, tácticos o simulados otros— mi predilección se decantó el pasado 19 de junio por un acto íntimo, limpio y sincero, y también emocionante por lo sencillo, sin mayores ceremoniales, sin otras presencias que las de esta Casa, la silenciosa «boiserie» de su biblioteca, la bicéfala y centroeuropea mismidad del tapiz-símbolo que la preside.

Seis de la tarde y dos centenares de personas, entre las que se entreveraba una abultada representación de *jeans*, de periodistas en flor, proustiano exponente de ese juvenil ramaje que crece y se hace raíz, tronco y estructura, que contribuye a dar vigor, chispa, audacia, contemporaneidad y vocación de perpetuidad a una institución centenaria, a dar explicación de por qué un periódico no es otra cosa que una impresa prolongación, negro sobre blanco, de la vida misma. Él estaba allí, inmóvil y solemne como un «cherokee», con el rostro hierático como el de uno de sus tótems en el que la vida, la emoción a borbotones férreamente contenida, tan sólo se intuían en la levísima y apenas perceptible película de rocío que velaba sus pupilas. No hablé, seguramente persuadido de lo inapelable de la conseja que induce a callar cuando no se puede mejorar el silencio, y en su caso, el silencio fue cierta, magistralmente sobrepasado por su propio mutismo. Nunca este hombre, cuya facundia es ciertamente legendaria, había demostrado un dominio tan apabullante de esa suerte que es el silencio, antagónica de la heráldica locuacidad que le distingue, entendido ese «no ser» en la palabra como muestra suprema de musicalidad.

Es ese contenido virtuosismo el que probablemente marca la diferencia entre el artesano y el genio. Beethoven, Mozart, no serían sin las pautas incoloras y vacías que encadenan la explosión cromática de los sonidos, los lamentos de las cuerdas, el jadeo de los metales o la apoteosis de cueros y maderas en el genesíaco epílogo de las sinfonías. Es el silencio como medido y calculado acto de inteligencia.

Anson, Luis María —que de él escribo—, guardó silencio el día que entregó el

testigo de la dirección de esta Casa, de este periódico. Las miradas humedecidas por el afecto, incluso las lágrimas, que las hubo, estuvieron en los demás, saludados o abra2ados por él en la puerta de salida, uno a uno, gracias por haber venido...

Quienes de él hablaron, lo hicieron con inteligencia y, sobre todo, con sentido común, menos común cuando la emoción puede nublar el entendimiento. Guillermo Luca de Tena para dar, una vez más, muestras de su serena elegancia, de su tolerante liberalidad. Ni despedidas, ni bienvenidas, porque nadie se va ni nadie llega... Gracián hubiera asentido ante tan conceptista y acertada síntesis. Francisco Jiménez Alemán, el nuevo capitán de la nave —a quien conocí hace ya más de dos décadas en otras singladuras de menor calado, pero igualmente ilusionadas—, acreditó, al menos, tres aciertos: el rescate memorialista de Ben Bradlee, el mítico director del *Post* que desveló el Watergate, quien ya constató en los lejanos parajes de Massachusetts el papel esencial que jugaron en la defensa de la libertad de prensa las grandes familias norteamericanas propietarias de periódicos, para quienes su trabajo fue y es una tarea «sagrada», y de cuyo impulso nació aquel gran manifiesto del «Right to know», el «derecho a conocer» de los ciudadanos. Porque puede decirse que, tras los cataclismáticos cambios geológicos que se han dado en el ecosistema informativo español durante los últimos años, Guillermo Luca de Tena aún permanece como uno de esos magníficos y escasos representantes de los que habla Bradlee.

El nuevo director se recreó en un mensaje aglutinador e ilusionante y, también, en el recuerdo a Anson: «Sería iluso pensar que a Luis María Anson lo puede sustituir un ser humano... A Anson ha de sustituirlo el sistema...» Ciertamente, aunque dudo que los «sistemas» puedan sustituir a las personas irrepitibles.

Es de Anson de quien quiero hablar aquí, como lógico y modesto reconocimiento a quien ha sido mi director durante un año —acaba de cumplirse el primer aniversario de mi colaboración con el periódico—, a quien, desde hace algunos años, he tratado con especial frecuencia, intensidad y afecto.

Anson, por lo que se me alcanza, es, antes que nada, un ser esencialmente excesivo y la intuición del director de este periódico es certera: no es sustituible por un ser humano. Su curriculum, que no describiré, resulta sencillamente odioso por resultar simplemente inalcanzable para cualquier mortal, y no es extraño, por tanto, que en el país-arquetipo de la envidia igualitaria su poseedor figure como imprescindible diana en todos los campos de tiro. Más de catorce años al frente de este barco acreditan sus logros, que la conocida prueba del nueve del «antes» y el «después» explicitan sobradamente, pero lo que sigue siendo un enigma, lo que mantiene el asombro en mí es la pervivencia de esa misteriosa amalgama de pasión, energía, ideales e ideas fijas que siluetean su personalidad irrepitible de consumado jugador de múltiples y simultáneas partidas de ajedrez.

El chestertoniano epígrafe que encabeza estas líneas no alude para nada a ocultas veleidades libertarias en él, faltaría más, hombre conservador y de derechas donde los haya; acaso un tanto a la equiparación en el misterio, las máscaras y las plurivalencias que sugiere aquel «hombre que fue jueves» en el secreto consejo de los «siete hombres» —uno por cada día de la semana— como prolongación de la atormentada imaginación de Chesterton, y la encendida pugna del apasionado y católico poeta de la ley y el orden, Gabriel Syme, frente a Luciano Gregory, el incomprensible y turbulento juglar de la anarquía.

Anson dejó la dirección de este periódico tras permanecer en él durante más de catorce años, todos y cada uno de los jueves de cada uno de ellos, incluidos esos tres que relucen más que el Sol —Jueves Santo, Corpus Christi y el día de la Ascensión— en los que se recreaba, con socarrones telefonazos, llamando a algunos de sus colegas —entre ellos, el que suscribe— que en cualquier Virgen de agosto seстеábamos distraídos y distantes de los tórridos asfaltos y los enmudecidos teletipos de Madrid, donde él permanecía haciendo no se sabe muy bien qué y convirtiendo a Alexei Stajanov —aquel minero soviético capaz de extraer, en una sola jornada, siete veces más mineral que cualquier compañero de galería, y que acabó etiquetando con su apellido a todos los «stajanovistas» que en el mundo han sido, a los más esforzados y eficaces a la hora del rendimiento— en una especie de paradigma del absentismo laboral.

Anson, por fin, ha dejado la dirección de *ABC*, el pasado 19 de junio. Era jueves...

(*ABC*, 23 de junio de 1997.)

«PASAR PÁGINA» Y PASAR «LA PÁGINA»

Supongo que lo preceptivo, lo correcto, cuando toca acogerse a la anchurosa y plural hospitalidad de esta Casa, es presentarse ante sus muchos y avezados lectores. Brevísimamente. Todavía sobrellevo los vagos estigmas familiares de la España ausente y peregrina y, en mi familia, medio siglo después, cuando se habla de lo del 36, aún se acostumbra a bajar la voz. En lejanas adolescencias intuí Euskalherria —en conjeturas posteriormente afianzadas en correrías informativas por batzokis, casas del Pueblo y herriko tabernas— y supe que allí, en el Norte, todo era grandioso: los crímenes o las infamias, la generosidad, los fogones y las galernas. Y asimismo viví, largamente, Cataluña, en los abruptos paisajes pirenaicos que recorrió el juvenil e irrepetible Camilo José Cela. Los quiero también. Por ahora, oficio como periodista, quizá escritor, acaso juntapalabras —rescato la paráfrasis de los remotos astilleros de Onetti— que no otra cosa somos los miembros integrantes de la «espantosa máquina», la «infame turba» cervantina.

Mi modesta firma vio la luz primera en las mismas estribaciones de la transición, en los penúltimos años de la década prodigiosa, los sesenta. En los desarrollistas preestertores del régimen anterior —más generoso a la hora de proporcionar proteínas que sustento para el espíritu— sobreviví como pude y, apenas tomé la pluma, tomé también asiento en los escaños de las incontables jurisdicciones de la época.

De aquellas leves tribulaciones de las sanciones administrativas, los tribunales ordinarios, los fiscales militares o los togados de los Tribunales de Orden Público, me alivió el auxilio de amigos de la incipiente izquierda, entre ellos un entrañable vecino de estas páginas llamado Gregorio Peces-Barba.

Conocí a un tal González en el 74 portugués, mucho antes de que sufriera su extraña y asombrosa mutación, su muy particular y comentado *viaje a la semilla* que le transformó de espléndida mariposa en oruga amorfa y devastadora. Fui amigo y hasta propagandista, pero gratis total. En 1995, cuando esta Casa me galardonó inmerecidamente con el premio Luca de Tena, alguien me entrevistó, preguntándome si había renunciado «a las ideas de izquierda». Respondí escuetamente que los asesinos y los ladrones no eran «de izquierdas».